This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

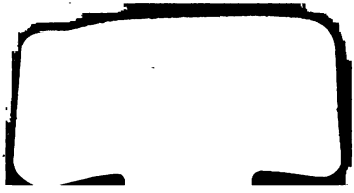
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

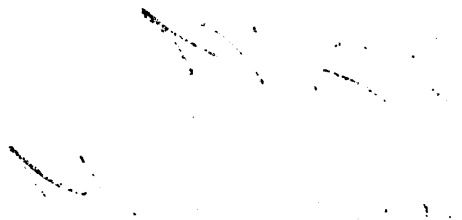
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07584008 6





☆Dr. R. Wiener

CARTAS

PERSIANAS.

TOMO II.

(Montesquieu)
NKT

CARTAS
PERSIANAS

ESCRITAS EN FRANCES

POR MONTESQUIEU;

PUESTAS EN CASTELLANO

POR D. J. MARCHENA.

TOMO II.

NUEVA EDICION.

CÁDIZ:
EN LA LIBRERÍA DE ORTAL Y COMPAÑÍA.
1821.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
212619
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.
1901

CARTAS PERSIANAS.

CARTA LXXXIII.

USBEK *á* REDI, *á Venecia.*

SI hay un Dios, amado Redi, es fuerza que sea necesariamente justo, porque á no serlo fuera el mas perverso y mas imperfecto de todos los seres.

Es la justicia una relacion de congruidad que realmente existe entre dos cosas; relacion que siempre es la misma, sea cual fuere el ser que la considere, ora sea Dios, ora un ángel, ora finalmente un hombre.

Verdad es que no siempre ven los hombres estas relaciones, que muchas veces las ven y se apartan de ellas, y que lo que mejor ven siempre es su propio interes. La justicia alza el grito, pero apenas se oye con el alboroto de las pasiones.

Los hombres pueden cometer injusticias, porque tienen interes en ser injustos, y prefieren su propia satisfacion á la agena. Siempre obran en virtud de un retroceso en sí propios; que ninguno es malo sin motivos; menester es que haya una razon determinante, y esta siempre es razon de interes. Mas es imposible que cometa nunca Dios injusticia ninguna; una vez que vé la justicia es fuerza que necesariamente la siga, porque no necesitando de nada, y bastándose á sí propio, fuera el mas perverso de todos los seres, pues seria injusto sin interes.

De suerte que aun cuando no hubiera Dios, siempre debiéramos amar la justicia; quiero decir afanar por hacernos semejantes á este ser de que nos formamos tan sublime idea, y que, si existiera, seria necesariamente justo; y exentos del yugo de la religion no le debiéramos estar del de la equidad.

Esto me hace creer, Redi, que es eterna la justicia, y no pende de los pactos hu-

manos. Y si de ellos pendiese, fuera esta una verdad tremenda que debiéramos esconder de nosotros propios Cercados vivimos de hombres mas fuertes que nosotros que nos pueden perjudicar en mil maneras diversas, y las tres cuartas partes de la vida impunemente: ¡pues con cuanto descanso sabemos que en el corazon de todas ellos hay un principio interno que milita en nuestro favor, y nos preserva de que nos asesten sus tiros! Sin eso deberíamos vivir en continuo susto; pasaríamos junto á los hombres como junto á los leones, y no estaríamos ni un punto seguros de nuestro caudal, nuestra honra y nuestra vida.

Todas estas meditaciones me irritan contra los doctores que retratan á Dios como á un ser que ejercita con tiranía su poder; que afirman que obra como no quisiéramos obrar nosotros mismos por temor de ofenderle; que le achacan todas cuantas imperfecciones castiga en nosotros, y en sus contradictorias opiniones le figuran ora como un ser perverso,

ora como uno que aborrece el mal y le castiga.

¡Que satisfaccion es para un hombre, cuando se examina, ver que es justo su corazon! Aunque tan severo sea este contento, le debe colmar de júbilo; que se mira tan superior á los que no le disfrutan como lo es á los tigres y á los osos. Sí, Redí; si estuviera cierto de seguir inviolablemente la equidad cuya idea arquetipa tengo presente, me reputaria el mayor de los humanos.

De París, á 1 de la luna Gemadí, 1715.

CARTA LXXXIV.

RICA *á* . . .

AYER fuí al cuartel de inválidos, y si fuera príncipe mas quisiera ser autor de este establecimiento que haber ganado tres batallas. En todas partes se descubre aqui la mano

de un gran monarca, y creo que es el mas respetable sitio de la tierra.

¡Que espectáculo es contemplar reunidas en un lugar mismo todas estas víctimas de la patria que solo por defenderla alientan, y que habiendo perdido la fuerza, sin perder los brios, solo se quejan de que no se pueden volver á sacrificar por ella!

¡Que cosa hay mas portentosa que ver estos guerreros quebrantados observar en este albergue una disciplina tan rigorosa, como si se hallaran en presencia del enemigo, buscar su satisfaccion postrera en este simulacro de la guerra, y partir su inteligencia y su corazon entre las obligaciones de la religion y del arte militar!

Quisiera yo que se conservaran en los templos los nombres de los que pierden la vida por la patria, y se escribieran en archivos que fuesen como el manantial de la nobleza y la gloria.

De Paris, á 15 de la luna de Gemadí, 1, 1715.

CARTA LXXXV.

USBEK, *á* MIRZA *á Ispahan.*

YA sabes, Mirza, que varios ministros de Cha-Soliman habian proyectado obligar á todos los Armenios de Persia á salir del reyno, ó que se hicieran mahometanos, creyendo que siempre estaria profanado nuestro imperio, mientras conservase estos infieles en su seno.

Allí hubiera dado fin la grandeza de la Persia, si se hubieran escuchado en este lance los consejos de una ciega devocion. No sabemos como no se llevó el plan á efecto; que ni los que hicieron la propuesta, ni los que la desecharon conocieron las consecuencias que acarreaba, valió el acaso por la razon y la política, y se libró el imperio de mas grave riesgo, que el que con la pérdida de una batalla y de dos ciudades hubiera corrido.

La proscripcion de los Armenios hu-

biera destruido en solo un dia á todos los negociantes, y casi todos los artesanos del reino. Cierto estoy de que mas hubiera querido el gran Cha-Abas cortarse ambos brazos que firmar semejante decreto, y que hubiera creido que cedia la mitad de sus dominios al Mogol y á los demas soberanos de la India, enviándoles sus mas industriosos vasallos.

Las persecuciones que á los Gauros han suscitado nuestros mas fervorosos mahometanos han precisado á aquellos á que se pasaran en ejércitos á la India, privando la Persia de un pueblo tan dado á la labranza, y que á esfuerzos de su ímprobo trabajo podia él solo triunfar de la esterilidad de nuestro suelo. Otro golpe mas queria darnos la devocion, que era acabar con la industria: así se desplomaba el imperio por su propio peso, y con él, por consecuencia necesaria, se venia á tierra esa misma religion que querian que floreciera.

Discurriendo, Mirza, sin preocupacion,

no sé si no fuera útil que hubiese en un estado muchas religiones. Los sectarios de las religiones toleradas se nota que por lo comun son mas útiles á su patria que los que profesan la dominante, porque lejos de los cargos, y no pudiendo hacerse lugar, como no sea por su opulencia y riquezas, se esfuerzan á grangearlas con el sudor de su frente, y abrazan las mas duras profesiones de la sociedad.

Como por otra parte contienen todas las religiones preceptos provechosos para la sociedad, conviene que sean puntualmente observadas. ¿Pues que cosa hay mas propicia para animar su fervor que su muchedumbre? Unas competidoras son que nada se perdonan; descienden los zelos hasta los particulares; cada uno está alerta, temeroso de hacer cosas que redunden en desdoro de su partido, y le espongan á los denuestos y á la aspereza de los baldones del contrario. Por eso siempre se ha notado que la introduccion de una nueva secta en un pais era el medio mas

eficaz de enmendar todos los abusos de la antigua.

Vano es alegar que tiene interes el príncipe en no consentir muchas religiones en sus dominios; que cuando se reunieran en ellos todas las sectas del mundo, no le traerian perjuicio ninguno, porque ninguna hay que no mande la obediencia, y predique la sumision.

Confieso que están llenas las historias de guerras de religion, pero mirándolo bien, no ha sido la muchedumbre de religiones la que estas guerras ha ocasionado, sino el espíritu de intolerancia que animaba la que se creia dominante.

Las ha ocasionado el espíritu de proselitismo que se pegó á los judíos de los Egipcios, y que de aquellos, como una enfermedad epidémica, y popular, ha cundido á los mahometanos y á los cristianos

Las ha ocasionado en fin aquel espíritu de demencia, cuyos progresos solo á un eclipse total de la humana razon se pueden

atribuir. Porque finalmente, aun cuando no fuera cosa inhumana atormentar la conciencia agena, aun cuando no resultase de aquí ninguno de los fatales efectos que á millares acarrean, menester fuera estar loco para obrar así El que quiere que mude yo de religion sin duda lo quiere así porque no dejaria él la suya, si pretendieran violentarle á ello: ¿pues porque estraña que no haga yo lo que acaso no hiciera él, si le dieran el imperio del mundo?

De París, á 26 de la luna de Gemadi, 1, 1715.

CARTA LXXXVI.

RICA *á* . . . . .

Aquí parece que se gobiernan las familias por sí solas. El marido solo un mero simulacro de autoridad tiene en su muger, el padre en sus hijos, el amo en sus esclavos. En todas sus contiendas toma parte

la justicia, y estoy cierto de que siempre falla contra el marido zeloso, el padre displiciente, y el amo incómodo.

Pocos dias hace que fuí al sitio donde se administra la justicia. Antes de llegar es menester pasar por las armas de una infinidad de tenderas jóvenes que llaman á uno con voz halagüeña. Esta escena es bastante risueña, pero luego se torna lúgubre, así que se entra en unos salones, donde solo se ven gentes que llevan un trage mas lúgubre todavía que el semblante. Al cabo penetra el curioso en el sitio sagrado donde se revelan todos los secretos de las familias, y se ponen patentes las mas escondidas acciones.

Aquí viene una modesta doncella á confesar los tormentos de una virginidad que ha guardado sobrado tiempo, sus combates, y su penosa resistencia; y lejos de ufanarse con su triunfo, amenaza de que va á dejarse vencer, y para que no ignore su padre sus necesidades, las dice delante de todo el mundo.

Luego viene una muger descarada circunstanciando los agravios que á su esposo ha hecho, como motivos de separarse de él; y con igual modestia dice otra que está aburrida de que la tengan por casada, sin disfrutar los contentos del matrimonio; revela los misterios escondidos en la noche del himeneo; quiere que la escudriñen las miradas de los peritos mas linces, y que la reponga una sentencia en todos los derechos de la virginidad. No faltan otras que se atreven á retar á sus maridos, desafiándolos á una lid en pública palestra, que es tan ardua en presencia de testigos; prueba no menos infamante para la muger que la sustenta, que para el marido que en ella es vencido.

Infinitas doncellas robadas ó seducidas pintan á los hombres mucho peores de lo que ellos son. El amor litiga sin cesar en este tribunal; y solo se habla en él de padres enojados, de doncellas engañadas, de amantes sin fe, y de maridos desgraciados.

Segun la ley que en él se sigue, todo hijo que nace mientras el matrimonio se reputa del marido, y por mas razones que este alegue para creer lo contrario la ley lo cree por él, y le ahorra el trabajo de tomar informes y formar escrúpulos.

En este tribunal se falla á pluralidad de votos, pero dicen que ha probado la esperiencia que valiera mas seguir el dictámen del menor número; y es cosa muy natural, porque hay pocos que tengan recta la razon, y todo el mundo confiesa que hay infinitos que ven las cosas al reves de lo que son.

De Paris, á 1 de la luna de Gemadi, 2, 1715.

CARTA LXXXVII.

RICA *á*.....

DICEN que es el hombre animal sociable, y si es la verdad me parece que un Frances es mas hombre que ningun otro, y que es el hombre por antonomasia, pues parece únicamente destinado á la sociedad. Pero entre ellos he notado algunos que no solo son sociables, mas tambien la sociedad universal. En todos los parages se multiplican; en un momento pueblan los cuatro ángulos de una ciudad; cien hombres de esta especie hacen mas bulto que dos mil ciudadanos, y á vista de los estrangeros pudieran reparar los estragos del hambre y la peste. Preguntan los escolásticos si se puede hallar un cuerpo en muchos sitios en un mismo instante, y estos son una prueba de lo que ponen en duda los filósofos.

Siempre están de priesa porque tienen

el que hacer importante de preguntar á cuantos ven de donde vienen, y adonde van. Nadie les quitará de la cabeza que requiere la política hacer una visita diaria al público en particular, sin contar las que hacen en globo en los sitios donde concurre la gente; pero como esto es echar por el atajo, en las reglas de su etiqueta no se cuenta.

Mas gastan las puertas de calle á aldabazos que el viento y el granizo. Si se examinaran las listas de todos los porteros, cada dia se encontraria en ellas su nombre desfigurado de mil modos en los garabatos que ellos escriben. La vida la pasan acompañando entierros, dando pésames de duelo, ó enhorabuenas de casamiento. No hace el rey una promocion en ninguno de sus vasallos, sin que les cueste á ellos una visita para manifestarle su júbilo. A la noche se recogen á su casa abrumados de cansancio, y se acuestan para volver al otro dia á su acostumbrada tarea.

El dia pasado se murió de fatiga uno

de ellos y grabaron este epitafio en su sepulcro. » Aquí descansa el que nunca tuvo descanso. Acompañó quinientos y treinta entierros. Asistió al bautismo de dos mil seiscientas y ochenta criaturas. Las pensiones de que dió la enhorabuena á sus amigos, siempre en términos distintos, ascienden á diez millones seiscientos ochenta y cuatro mil reales; el camino que por las calles anduvo á nueve mil seiscientos estadios y á treinta y seis el que anduvo por el campo. Era muy amena su conversacion; tenia un caudal hecho de trescientos sesenta y cinco cuentos, y sin eso poseia desde mozo ciento diez y ocho apotegmas sacados de los antiguos que empleaba en los lances importantes. Murió á los sesenta años de edad. Aquí me callo, caminante, que no es posible decirte menudamente todo cuanto vió y todo cuanto hizo.»

De Paris, á 3 de la luna de Gemadi, 2, 1715.

CARTA

CARTA LXXXVIII.

USBEK *á* REDI, *á Venecia.*

EN Paris reina la libertad y la igualdad. Ni la cuna, ni la virtud, ni aun las mas brillantes proezas marciales eximen á un hombre de la muchedumbre donde se halla confundido. Los zelos de gerarquía no se conocen, y dicen que el primero de Paris es el que mejores caballos pone á su coche.

Un magnate es uno que ve al rey, que habla con los ministros, y tiene nobles ascendientes, deudas y pensiones : si con esto puede disfrazar su ociosidad con máscara de hombre ocupado, ó fingiéndose apasionado á diversiones, se presume el mas feliz de los humanos.

No hay en Persia otros magnates que aquellos á quienes encomienda el monarca parte del gobierno; aquí los hay por su nacimiento; pero no gozan de crédito nin-

guno. Los reyes son como aquellos hábiles artífices que para ejecutar sus labores siempre se valen de las máquinas mas sencillas.

La principal divinidad de los Franceses es la privanza, y su sumo sacerdote que le sacrifica infinitas víctimas el ministro. Los que en torno de él están no llevan vestidos blancos, y ora sacrificadores, ora sacrificados, se ofrecen espontaneamente á su ídolo con el pueblo entero.

De Paris, á 9 de la luna de Gemadí, 2, 1715.

CARTA LXXXIX.

USBEK *á* IBBEN, *á Esmirna.*

No se diferencia la sed de gloria de aquel instinto que tienen de conservarse todas las criaturas. Parece que aumentamos nuestro ser, cuando le grabamos en la memoria de los demas, y que grangeamos una vida nueva, que no menos preciosa es para nosotros que la que recibimos del cielo.

Pero así como no todos tienen igual apego á la vida, tampoco ansian igualmente por la gloria. Siempre está tan hidalga pasion estampada en los pechos de todos; empero la modifican de mil maneras la imaginacion y la crianza.

Esta diferencia que entre un hombre y otro media, se nota mas todavía de pueblo á pueblo.

Podemos sentar por máxima inconcusa que en cada estado crece el ansia de gloria con la libertad de sus moradores, y disminuye con ella; que nunca fué compañera la gloria de la esclavitud.

Deciame dias pasados un sugeto de razon: en Francia somos bajo muchos respetos mas libres que en Persia, por eso somos mas amantes de la gloria. Esta manía feliz hace que ejecuten los Franceses con gusto y satisfaccion lo que de sus vasallos no puede recavar el Sofí sin ponerles continuamente delante el castigo y el premio. Por eso entre nosotros el príncipe patrocina el honor del postrero de sus vasallos. Para mantenerle

hay tribunales respetables, que es el sagrado tesoro de la nacion, el único de que no es árbitro el soberano, porque no puede serlo sin perjudicar á su propio interes. De suerte que si se encuentra un vasallo ofendido en su honor por su príncipe, ora sea por una repulsa injusta, ora por el mas leve desaire, al momento deja el palacio, el cargo, el servicio, y se retira á su casa.

La diferencia de la tropa francesa y la de los otros pueblos estriba en que la de estos constando de esclavos naturalmente cobardes, solo por temor del castigo arrostran la muerte, cosa que produce en los ánimos una nueva especie de terror que los deja como estúpidos, mientras que la primera se presenta contenta á los tiros, y pierde el miedo con una satisfaccion superior á los riesgos.

Pero donde parece que reside el sagrario del honor, la reputacion y la virtud es en las repúblicas, y en los pueblos donde se puede articular el nombre de patria. En Roma, en Atenas y en Lacedemonia remu-

neraba el honor solo los mas señalados servicios. Era imponderable recompensa de la ganancia de una batalla ó la conquista de una ciudad una corona de roble ó de laurel, una estatua, ó un elogio. Allí al que habia hecho una noble accion su misma accion le servia de recompensa. Nunca podia mirar á uno de sus conciudadanos sin sentir la satisfaccion de ser un bienhechor suyo; y por el número de ellos valuaba el de sus servicios. Todo hombre es capaz de hacer un beneficio á otro hombre; empero aquel es semejante á los dioses que contribuye á la felicidad de un pueblo entero.

¿Mas no ha de estar totalmente apagada tan hidalga emulacion en los pechos de los Persianos donde son todos los empleos y dignidades atributos del antojo del soberano? Allí se tienen por seres fantásticos la virtud y la reputacion, si no las acompaña la privanza del príncipe; que con ella nacen, y con ella mueren. Uno que disfruta la estimacion pública hoy nunca está

cierto de no verse mañana deshonrado. Hoy le tenemos general del ejército, y no sabemos si va el príncipe á hacerle su cocinero, sin que le quede esperanza de otro elogio que el de haber aderezado bien un plato.

De Paris, á 11 de la luna de Gemadi, 2, 1715.

CARTA XC.

USBEK *al mismo, á Esmirna.*

DE esta general pasion de gloria que tienen los Franceses, se ha formado en el espíritu de los particulares un no sé que que llaman pundonor, que propiamente es el carácter distintivo de cada profesion; pero mas notable en los militares en quien es el pundonor por antonomasia. Muy difícil fuera darte á entender que cosa es, porque no tenemos nosotros idea exacta de él.

Antiguamente los Franceses, con espe-

cialidad los nobles, no seguian otras leyes que las del pundonor; por ellas arreglaban la conducta de su vida, y tan severas eran que sin un castigo mas cruel que la muerte no era posible, no digo yo violarlas, mas tampoco eludir sus mas leves preceptos.

Siempre que se trataba de terminar una contienda no prescribian casi mas que una sola manera de fallar, que era el duelo, el cual cortaba todas las dificultades Y era lo peor que muchas veces se terminaba la contestacion por otras partes que las interesadas. Con poco que conociese uno á otro, era fuerza que se metiera en la contienda, y aventurase su persona, como si él propio fuese el enojado. Siempre se tenia por honrado con esta eleccion, y con preferencia tan halagüeña; y uno que no hubiera querido dar cuatro cuartos por librar á un tal de la horca, con toda su familia, no ponia reparo ninguno en aventurar por él mil veces la vida.

Este modo de fallar estaba muy mal imaginado, porque no se colegia de que fuese uno mas diestro ó mas fuerte que otro que le asistiera mas razon. Por eso le han vedado los reyes bajo las mas severas penas, pero en valde, porque el honor que siempre quiere ser el árbitro, se amotina, y desobedece á la ley. De suerte que se encuentran los Franceses en un estado violento, porque las mismas leyes del honor obligan á que se vengue un hombre que le tiene, y por otra parte cuando se venga le castiga la justicia con las mas rigorosas penas. Quien sigue las leyes del honor pierde la vida en un patíbulo; quien las de la justicia queda perpetuamente escluido de la sociedad de los hombres, sin que haya otra alternativa que morir, ó vivir sin ser digno de la vida.

De Paris, á 18 de la luna de Gemadi, 2, 1715.

CARTA XCI.

USBEK *á* RUSTAN, *á Ispahn.*

Aquí anda un hombre disfrazado de embajador de Persia, que se burla con descaro de los dos mayores monarcas del orbe. Al rey de los Franceses le trae regalos que no enviaria el nuestro á un reyezuelo de Irimeta ó Georgia, y con su villana avaricia ha empañado la magestad de ambos imperios. Se ha hecho risible á los ojos de un pueblo que se precia del mas culto de Europa, y dado pie para que digan en el Occidente que el rey de reyes manda en bárbaros. Las honras que le han tributado parece que queria él que le fuesen negadas, y como si hubiera la corte de Francia hecho mas aprecio de la grandeza persiana que él, le ha presentado con dignidad á un pueblo que le desprecia.

No publiques esto en Ispahan, y no comprometas la vida de un desdichado,

que no quiero que le castiguen los ministros por la imprudencia de ellos propios, y por la indigna eleccion que de él han hecho.

De París, el postrer dia de la luna de Gemadi, 2, 1715.

CARTA XCII.

USBEK *á* REDI, *á Venecia.*

EL monarca que tanto tiempo ha reinado en Francia ha cesado de vivir (1). Mucho ha dado que hablar en vida, y todo el mundo se ha callado así que ha muerto. Entero y animoso en sus últimos instantes parece que solo al destino ha cedido. Lo mismo murió el gran Cha-Abas, despues de haber llenado la tierra entera de su fama.

No pienses que este grande acontecimiento solo á reflexiones morales haya

(1) Luis XIV murió el dia 1 de setiembre 1715.

dado aquí motivo. Cada uno ha pensado en hacer su negocio, y sacar ventaja de esta mudanza. Como el rey, biznieto del difunto monarca, no tiene mas que cinco años, un príncipe, tio suyo, ha sido nombrado regente del reino.

El rey difunto habia otorgado un testamento que limitaba las facultades del regente, pero este hábil príncipe ha ido al parlamento, y habiendo alegado los derechos de su nacimiento ha hecho anular las disposiciones del monarca, que aspirando á sobrevivirse á sí propio parece que pretendia reinar hasta despues de su muerte.

Parécense los parlamentos á aquellas ruinas que hollamos bajo las plantas, pero que nos recuerdan la idea de algun célebre templo. La administracion de la justicia es casi la única funcion que ahora desempeñan, y es siempre flaco su poder, hasta que una coyuntura impensada les restituye vigor y vida. Estos vastos cuerpos han seguido la vicisitud de las cosas hu-

manas, rindiéndose al tiempo que todo lo destruye, á la corrupcion de costumbres que todo lo ha enflaquecido, á la potestad soberana que todo lo ha derribado. Pero el regente que se ha querido congraciar con el pueblo ha dado al principio muestras de respeto á estos simulacros de la libertad pública, y como si fuera su ánimo restaurar el templo y el ídolo, ha querido que fuesen mirados como apoyo de la monarquía, y cimiento de toda legítima autoridad.

De Paris, á 4 de la luna de Rhegeb, 1715.

CARTA CXIII.

USBEK *á su hermano*, SANTON *del monasterio de Casbin.*

ME humillo y me postro ante tí, Santon sagrado, y contemplo las huellas de tus pies, como las niñas de mis ojos. Tanta es tu santidad que se me figura que tienes el

corazon de nuestro santo profeta; al mismo cielo asombran tus penitencias; los ángeles contemplándote desde lo alto de la gloria dicen: ¿pues como está todavía en la tierra, cuando mora su espíritu con nosotros, y vuela en derredor del trono asentado en las nubes?

¿Como no te he de honrar yo que de nuestros doctores he sabido que hasta entre los infieles tienen los dervises cierto carácter de santidad que los hace respetar de los verdaderos creyentes, y que ha escogido Dios en todos los ángulos de la tierra almas mas puras que las otras, separándolas del mundo impío, para que con mortificaciones y fervientes oraciones suspendieran su enojo que á tantos pueblos rebeldes amenaza?

Cuentan los cristianos muchos milagros de sus primeros santones que se refugiaron á los horrorosos desiertos de la Tebayda, y cuyos caudillos fueron Pablo, Antonio y Pacomio. Si es verdad lo que dicen, tan llenas están de portentos sus vidas

como las de nuestros mas santos ímanes. Á veces vivian diez años enteros sin ver á hombre ninguno, pero de noche y de dia habitaban con demonios; sin cesar los atormentaban estos espíritus malos; los envestian en su cama, los acometian en la mesa; nunca hallaban refugio contra ellos. Si todo esto es cierto, venerable Santon, menester es confesar que nadie ha vivido tan mal acompañado.

Los cristianos cuerdos miran todas estas historias, como una ingeniosa alegoría, para darnos á entender la miseria de la humana condicion. En valde buscamos en el hiermo el sosiego; que hasta allá nos siguen las tentaciones, y no nos dejan nuestras pasiones figuradas por los demonios: monstruos del corzon, ilusiones del entendimiento, vanos simulacros del error y la mentira, que siempre se nos ponen delante para engañarnos, y hasta en medio de los ayunos y los cilicios nos acometen, quiero decir en nuestra fuerza propia. Yo por mí, Santon venerable, no

ignoro que el enviado de Dios encadenó á Satanas, y le precipitó en el abismo, que purificó la tierra, antes sugeta á su imperio, y que la hizo digna mansion de los ángeles y los profetas.

De Paris, á 9 de la luna de Chaban, 1715.

CARTA CXIV.

USBEK, *á* REDI, *á Venecia.*

SIEMPRE que he oido hablar de derecho público, he visto que comenzaban investigando atentamente cual era el orígen de las sociedades, cosa que me parece ridícula. Si no se asociaran los hombres, si se desviaran y huyeran unos de otros, entonces sí que fuera necesario averiguar la causa, indagando porque vivian apartados; pero todos nacen conexos unos con otros; un hijo nace al lado de su padre, y se queda con él: eso es la sociedad, y el orígen de la sociedad.

Mas bien saben el derecho público en Europa que en Asia, puesto que se puede asegurar que las pasiones de los príncipes, la paciencia de los pueblos, y la bajeza de los escritores han estragado todos sus principios. Este derecho, como es hoy, es la ciencia que enseña á los príncipes hasta que punto pueden violar la justicia sin comprometer sus intereses. ¡Que proyecto, Redi, para endurecer su conciencia querer erigir la iniquidad en sistema, dar sus reglas, asentar sus principios, y sacar las consecuencias!

El ilimitado poder de nuestros escelsos sultanes que no conoce otra regla que él propio, no engendra mas monstruos que esta arte indigna, que se esfuerza á doblegar la justicia, que es tan inflexible. Diria uno, Redi, que hay dos justicias totalmente distintas; una que regula los asuntos de los particulares, y reina en el derecho civil; otra que arregla las contiendas que de pueblo á pueblo median, y tiraniza en el derecho público: como si

no

no fuese el derecho público tambien derecho civil, no, cierto, de un reino particular, sino del orbe entero.

En otra carta te esplicaré mis ideas acerca de esta materia.

De Paris, á de 1 *la luna de Zilhagé*, 1716.

CARTA XCV.

USBEK *al mismo.*

DEBEN los magistrados administrar justicia entre un ciudadano y otro; y cada pueblo la debe administrar entre él propio y otro pueblo, y en esta otra distribucion de la justicia no se pueden seguir otras leyes que en la primera.

De un pueblo á otro rara vez se necesita de un tercero para fallar, porque siempre los puntos de la controversia son fáciles y claros. Por lo comun los intereses de dos naciones son tan distintos que con el amor de la justicia basta para atinar

con ella, y pocas veces se equivoca aquí uno en su propia causa. No sucede así en las contiendas entre particulares. Como viven en la misma sociedad están tan enredados y complicados sus intereses, y son de tan distintos géneros, que es menester que desenmarañe un tercero lo que procura oscurecer la codicia de las partes contrarias.

Solo dos especies de guerra hay justas; una que se hace por repeler á un enemigo que acomete, y otra por socorrer á un aliado acometido. No fuera justo hacer la guerra por insultos peculiares del príncipe, á menos que fuese tan grave el caso que mereciese la muerte del príncipe ó del pueblo que le ha cometido. De suerte que no es lícito á un príncipe declarar la guerra, porque le han negado una prerogativa que se le debe, ó porque han tratado con poco decoro á sus embajadores, ó por otras cosas semejantes, como no es lícito á un particular matar á quien le niega el puesto preferente, y es la razon

que como deba ser la declaracion de guerra un acto de justicia, conforme á la cual ha de ser proporcionada la pena al delito, es preciso ver si aquel á quien declaran la guerra es acreedor á la muerte, porque hacer á uno la guerra es querer castigarle con pena de muerte.

El acto mas severo de justicia en derecho público es la guerra, porque puede resultar de ella la destruccion de la sociedad.

Las represalias son de otra especie, que es una ley que no han podido menos de aplicar los tribunales; medir por el delito el castigo.

El tercer acto de justicia es privar á un príncipe de las utilidades que de nosotros pudiera sacar, proporcionando siempre la pena con el agravio.

El cuarto acto de justicia que debe ser mas frecuente es renunciar de la alianza del pueblo que nos ha hecho un agravio; pena que corresponde á la del destierro establecida por los tribunales para sacar

CARTA XCVI.

El primer eunuco á USBEK, *á Paris.*

Aquí han venido muchas mugeres pardas del reino de Visapor, y he comprado una para tu hermano, el gobernador de Mazanderan, que me envió un mes hace su escelso encargo con cien tomanes.

Yo entiendo de mugeres, eso mas que no hacen en mí efecto, y que los movimientos de mi corazon no me perturban los ojos. Pues nunca ví beldad mas regular y perfecta; sus brillantes ojos animan su semblante, y realzan la viveza de un color que puede eclipsar toda la blancura de la mas hermosa Circasiana.

El primer eunuco de un traficante de Ispahan la queria comprar tambien; pero se ocultaba con desden de su vista, y parecia que ansiaba por verme, como si hubiera querido dar á entender que un vil mercader era indigno de ella, y que estaba destinada á mas ilustre esposo.

Te confieso que siento en mi pecho un secreto júbilo pensando en los embelesos de esta preciosa criatura; me parece que la veo entrar en el serrallo de tu hermano; me huelgo de preveer el pasmo de todas sus mugeres, el impetuoso sentimiento de unas, la afliccion silenciosa, pero mas reconcentrada de otras, el malicioso contento de las que ya nada esperan, y la sañuda ambicion de las que todavía esperan algo.

De un estremo á otro del reino voy á hacer que mude de aspecto un serrallo entero. ¡Cuantas pasiones voy á suscitar! ¡cuantos sustos y cuantos pesares! Pero en medio de la turbacion interior, no estará menos sereno lo esterior; se ocultarán en lo mas recóndito del pecho las grandes revoluciones, se disimularán los pesares, y se contendrán las alegrías; no será menos puntual la obediencia, ni menos inflexible la regla, y forzada la serenidad á manifestarse en la apariencia será el disfraz de la desesperacion misma.

Notamos que cuanto mas mugeres tenemos á nuestro cargo, menos que hacer nos dan. Con mas necesidad de agradar, menos facilidad de unirse, y mas ejemplos de sumision se fraguan ellas nuevos grillos. Las unas vigilan sin cesar en las acciones de las otras; parece que conspiran con nosotros á hacerse mas dependientes; desempeñan una parte de nuestra obligacion; y nos abren los ojos cuando los cerramos nosotros. Que digo? Continuamente irritan á su amo contra sus émulas, sin advertir cuan cerca está de ellas la que es castigada.

Mas todo esto, magnífico señor, es nada donde falta la presencia del amo. ¿Que podemos hacer con el vano simulacro de una autoridad que nunca se comunica toda entera? Somos un débil trasunto de la mitad de tí propio, y solamente podemos manifestarles una odiosa severidad. Tú calmas el miedo con la esperanza; todavía mas absoluto cuando halagas que cuando amenazas. Vuelve pues, magnífico

señor, vuelve á imprimir en este sitio por todas partes los vestigios de tu dominacion. Ven á calmar desesperadas pasiones; ven á quitar todo pretesto de tropezar; ven á serenar el amor que murmura, y á hacer amable la obligacion; en fin ven á aliviar á tus fieles eunucos de una carga que cada dia se hace mas gravosa.

Del serrallo de Ispahan, á 8 de la luna de Zilhagé, 1716.

CARTA XCVII.

USBEK *á* HACEN *dervis de la montaña de Jaron.*

O tú, sabio dervis, cuyo curioso ingenio de tantos conocimientos está ornado, escucha lo que te voy á decir.

En este pais hay filósofos que no se han encumbrado á la verdad al mas alto ápice de la sabiduría oriental, no han sido arrobados hasta el trono luminoso, ni han

oido las inefables palabras, que en los conciertos de los ángeles resuenan, ni han sentido los formidables accesos de un estro divino, mas abandonados á sí solos, privados de las sagradas maravillas, siguen en silencio las huellas de la humana razon, y no puedes creer hasta donde los ha llevado este norte. Han desenredado el caos, y por un sencillo mecanismo han esplicado el órden de la arquitectura divina. Comunicó el autor de la naturaleza movimiento á la materia, y con esto ha bastado para producir la portentosa variedad de efectos que en el universo vemos.

Dejando á los legisladores vulgares que propongan leyes para regir las sociedades humanas; leyes tan sugetas á mudanza como el espíritu de los que las proponen y de los pueblos que las observan; estos solo tratan de leyes generales, invariables, eternas, que sin excepcion ninguna se cumplen, con infinito órden, infinita regularidad y prontitud infinita en la inmensidad del espacio.

¿Y que piensas, varon divino, que son estas leyes? Acaso te presumes que llamado al consejo del Eterno te vas á pasmar con lo sublime de tan altos misterios, y renunciando de antemano entenderlas solo te propones contemplarlas absorto. Pues muy presto saldrás de tu equivocacion, que no deslumbran con un engañoso respeto; su misma sencillez ha sido causa de que se ignoraran largos siglos, y al cabo de muchas y profundas meditaciones se ha conocido toda su fecundidad y estension.

Es la primera que todo cuerpo tira á describir una línea recta, á menos que encuentre un estorbo que de ella le desvie, y la segunda, que es consecuencia de la otra, que todo cuerpo que gira en torno de un centro tira á desviarse de él, porque cuanto mas apartado está, mas se aproxima á la recta la línea que describe.

Esta es, sublime Dervis, la llave de la naturaleza, y estos los fecundos princi-

pios, de los cuales se sacan las consecuencias mas ciertas, mas vastas y mas remotas.

El conocimiento de cinco ó seis verdades ha llenado de milagros su filosofía, y les ha hecho ejecutar tantas maravillas y prodigios, como de nuestros sagrados profetas se cuentan. Porque al cabo estoy muy persuadido á que cualquiera de nuestros doctores se hubiera visto muy confuso, si le hubieran dicho que pesara en una balanza todo el ayre que hay en derredor de la tierra; ó que midiera toda el agua que al año cae encima de su superficie; que no se hubiera quedado parado mas de cuatro horas, antes de decir cuantas leguas anda el sonido en una; cuanto tiempo gasta un rayo de luz en venir desde el sol hasta nosotros; cuantas varas hay de aquí á Saturno; cual es la curva que ha de seguirse en el corte de un navío, para que sea el mejor velero que fuere dable.

Acaso si un varon divino hubiera or-

nado las obras de estos filósofos con altos y sublimes períodos, si las hubiera llenado de atrevidas figuras y misteriosas alegorías, hubiera compuesto un libro magnífico, que solo al sagrado alcoran hubiera sido inferior; puesto que si he de decirte lo que pienso, no me satisface mucho el estilo figurado. En nuestro alcoran hay un monton de cosas mezquinas que me parecen siempre ruines, por mas que les den realce la vida y la energía de la espresion. Era de creer que fuesen los libros inspirados las ideas divinas esplicadas en idioma humano, y por lo contrario en nuestro alcoran muchas veces hallamos el idioma divino y las ideas humanas, como si por una rara manía hubiera Dios dictado las frases, y puesto el hombre los pensamientos.

Acaso dirás que me esplico con sobrada libertad acerca de lo mas sagrado que tenemos, y creerás que es este el fruto de la independencia con que en este pais viven. No, que gracias al cielo,

mi razon no ha estragado mi corazon, y mientras yo viva, siempre Alí será mi profeta.

De Paris, á 15 de la luna de Chaban, 1716.

CARTA XCVIII.

RICA *á* IBEN, *á Esmirna.*

No hay tierra en el mundo, donde sea tan mudable la fortuna como en esta. Cada diez años suceden revoluciones que despeñan al rico en la miseria, y al pobre le encumbran en raudo vuelo al cúmulo de las riquezas. Uno está pasmado con su pobreza, otro con su abundancia. Se maravilla el nuevo rico de la sabiduría de la providencia, y el recien pobre de la ceguedad del destino.

Los que recaudan los tributos están engolfados en tesoros, pero entre ellos son muy contados los Tántalos, puesto que empieza el oficio en la mayor miseria,

Los desprecian como el polvo de la tierra mientras son pobres; cuando son ricos los aprecian en mucho, y por eso no omiten nada para grangearse la estimacion. Ahora se encuentran en una terrible situacion, que se acaba de establecer una sala que llaman de justicia, porque les va á quitar todo su caudal. No pueden ocultar sus bienes, ni hacer enagenaciones ficticias, porque los obligan á que los declaren puntualmente so pena de la vida, de suerte que los hacen pasar por un desfiladero muy angusto, quiero decir entre la vida y el dinero. Por cúmulo de desgracia hay un ministro célebre por su agudeza que los honra con sus donaires, y dice chistes acerca de todas las deliberaciones del consejo. No se hallan todos los dias ministros que gusten de hacer reir la gente, y debe agradecérsele á este que haya acometido esta empresa.

El cuerpo de lacayos, es mas respetable en Francia que en otros paises, que es una almáciga de señores principales

que llena el hueco de los demas estados. Los que le forman ocupan el puesto de los magnates desgraciados, de los magistrados que han perdido su caudal, de los nobles muertos en los furores de la guerra, y cuando por sí propios no los pueden sustituir, realzan todas las casas prinçipales por medio de sus hijas, que son como una especie de estiércol que abona las tierras áridas y montuosas.

Portentosa me parece la providencia, Iben, en el modo como ha repartido las riquezas. Si solo á los hombres de bien se las hubiera otorgado no las hubiéramos distinguido lo bastante de la virtud, ni hubiéramos conocido toda su vaciedad. Pero cuando uno examina los sugetos que mas cargados están de ellas, á poder de despreciar á los ricos llega á despreciar las riquezas.

De Paris, á 26 de la luna de Maharran, 1716.

CARTA XCIX.

RICA *á* REDI, *á Venecia.*

Los antojos de la moda entre los Franceses me llenan de pasmo. Se han olvidado de como estaban vestidos este verano, y todavía no saben como se vestirán este hibierno, pero es mas que todo indecible lo que á un marido cuesta que se ponga su muger á la moda.

¿Para que serviria que te hiciese una exacta descripcion de su trage y sus arreos? una nueva moda destruiria mi trabajo todo, como él de sus artesanos, y todo habria variado antes que recibieses mi carta.

Una muger que sale de Paris para estar seis meses en el campo, vuelve tan á lo antiguo como si hubiera vivido en un lugar treinta años. Un hijo no conoce el retrato de su madre: tan estraño le parece el trage con que la han pintado; y se figura

que es una Americana, ó que ha querido representar el pintor alguno de sus caprichos. A veces suben poco á poco los peynados, y luego una revolucion los hace bajar de repente. Tiempo hubo que su inmensa elevacion colocaba el rostro de una muger en medio de su persona; otro que ocupaban los pies este sitio, formando los tacones un pedestal que las mantenia en el ayre. ¿Quien podria creer que se han visto muchas veces los arquitectos precisados á levantar, bajar y ensanchar las puertas, segun requerian esta mudanza los adornos de las mugeres, y se han sugetado las reglas de su arte á estos antojos. A veces se ve en una cara una portentosa cantidad de lunares, y al otro dia ya se han desaparecido. En otro tiempo tenian las mugeres dentadura y cuerpo, y hoy no se trata de eso. En esta nacion tan mudable, digan lo que quieran los burlones, las hijas tienen distinta figura que las madres.

Lo que con las modas sucede con los

estilos y método de vida, que mudan los Franceses de costumbres con la edad de su rey, y si á un monarca se le pusiera en la cabeza conseguiria infundir gravedad á la nacion El príncipe imprime el carácter de su genio á los palaciegos, estos á toda la corte, y la corte á las provincias, y es el alma del soberano el molde donde se vacian todos los demas.

De Paris, á 11 de la luna de Safar, 1717.

CARTA C.

RICA *al mismo.*

En mi última te hablé de la portentosa inconstancia de los Franceses en sus modas, mas no es decible hasta que punto les tienen pasion. Todo lo refieren á la moda, es la regla por donde fallan de cuanto hacen las demas naciones, lo estrangero siempre se les figura ridículo. Confiésote que no puede concertar esta pasion á sus

estilos con la inconstancia con que los cambian cada dia.

Cuando te digo que desprecian lo estrangero, solo hablo de fruslerías, porque en las cosas importantes parece que se desconfian tanto de sí propios que se envilecen. Sin rebozo confiesan que son mas cuerdos los otros pueblos, con tal que no les nieguen que visten ellos mejor, consienten en sugetarse á las leyes de una nacion émula de la suya, como decidan los peluqueros franceses de la forma de las pelucas estrangeras. Cosa ninguna les parece mas envidiable que ver reynar el gusto fino de sus cocineros de norte á medio-dia, y las pragmáticas de sus modistas obedecidas en todos los estrados de Europa. ¿Con tan nobles prerogativas que les importa que les venga la sana razon de otras partes, y que hayan debido á sus vecinos cuanto con el gobierno político y civil tiene conexion?

¿Quien creeria que el mas antiguo y poderoso reyno de Europa esté regido,

mas de diez siglos hace, por leyes que no se hicieron para él? Si hubieran sido conquistados los Franceses, no fuera difícil esplicar este fenómeno, pero han sido ellos los conquistadores.

Han abandonado las leyes antiguas que hicieron sus primeros monarcas en las asambleas generales de la nacion, y lo singular es que las Romanas que en vez de aquellas han sustituido fueron parte hechas, y parte recopiladas por emperadores coetaneos de sus legisladores. Y para que fuese mas cabal la ganancia, y que les viniese toda la sana razon de fuera, han adoptado todas las constituciones de los papas, componiendo con ellas una nueva parte de su derecho, que es nuevo género de esclavitud.

Verdad es que en estos últimos tiempos han recopilado algunos estatutos de ciudades y provincias, pero casi todos están sacados del derecho Romano. En fin es tanta la abundancia de leyes adoptadas, y naturalizadas por decirlo asi, que por igual

abruman á la justicia y á los jueces. Aunque nada quieren decir estos tomazos de leyes comparados con el tremendo ejército de glosantes, comentadores, y recopiladores; personages no menos flacos por su falta de razon que fuertes por la sobra de sus escritos. Y no para aquí, que con estas leyes estrangeras se han introducido formularios cuyo esceso es el oprobio de la razon humana. Dificultoso seria decidir si han sido mas perniciosas las formalidades cuando se han metido en la jurisprudencia, ó cuando las han admitido en la medicina, y si han causado mas estragos bajo la golilla de un legista, que bajo la peluca de un doctor, ó si han empobrecido á mas gente bajo la primera que vidas han quitado debajo de la segunda.

De Paris, á 17 de la luna de Safar, 1717.

CARTA CI.

USBEK *á*.....

Aquí hablan sin cesar de la constitucion. El otro dia fuí á una casa donde ví á un hombre muy gordo, con los carrillos muy colorados, que con un vozarron muy recio decia: yo ya he publicado mi pastoral, y así escuso de responder á lo que Vd. me dice; léala, y verá que todos esos argumentos están en ella rebatidos. Algunos trasudores me ha costado, añadia poniéndose la mano en la frente; toda mi doctrina la he necesitado, y he tenido que hojear no pocos autores latinos. Bien lo creo, dijo uno que presente estaba, que es obra soberbia, y ya apostaria yo con el jesuita que viene tan á menudo á ver á Vd. á que no compone él otra tal. Eso es, replicó mi hombre, léala Vd. y en un cuarto de hora sabrá mas en la materia, que si le hablara yo todo el dia.

De esta manera se zafaba de la conversacion, y de comprometer su ciencia; pero viéndose apurado fué forzoso que saliera de su atrincheramiento, y empezó á echar por la boca sendos disparates teológicos, apoyado de un dervis que le correspondia con otros con mucho respeto, y cuando dos sugetos que allí habia le negaban un principio decia muy alborotado: es cosa inconcusa, que así lo hemos fallado, y somos jueces infalibles. ¿Pues como son Vds., le dije yo, jueces infalibles? ¿Que, no ve Vd., respondió, que nos ilumina el Espíritu Santo? No es poca fortuna; le repliqué, porque del modo que Vd. se ha esplicado muchas horas hace, harta necesidad tiene de que el Espíritu Santo le ilumine.

De Paris, 18 *á de la luna de Rebiab*, 1, 1717.

CARTA CII.

USBEK *á* IBEN, *Esmirna.*

Los mas poderosos potentados de Europa son el emperador y los reyes de Francia, Inglaterra y España. La Italia y mucha parte de la Alemania están divididas en infinitos estados chicos, cuyos príncipes, hablando en puridad, son mártires de la soberanía. Mas mugeres tienen nuestros escelsos sultanes que vasallos algunos de estos príncipes. Los mas dignos de compasion son los de Italia, que estando menos unidos, están sus estados tan abiertos como caravanserais, y se ven obligados á aposentar á los primeros que llegan; de suerte que tienen que coligarse con los monarcas poderosos, y partir con ellos antes sus temores que su amistad.

Los gobiernos de Europa son la mayor parte monárquicos, ó mas bien los llaman así; pues no sé que haya habido ninguno

que sea realmente tal; á lo menos difícil es que subsista mucho tiempo puro, porque es un estado violento que al cabo degenera en despotismo ó república. Nunca se puede repartir con igualdad el poder entre el pueblo y el príncipe; es muy dificultoso mantener el equilibrio; que es fuerza que se disminuya la potencia en una parte, mientras crece en la otra, puesto que por lo comun sale ganancioso el príncipe que está al frente de los ejércitos. Por eso es mucho el poder de los reyes de Europa, y puede decirse que tienen todo el que quieren, pero no le ejercitan con tan poco miramiento como nuestros sultanes; lo primero porque no quieren chocar con las costumbres y la religion de sus pueblos, y lo segundo porque no les conviene aumentarle tanto.

Lo que hace que medie menos distancia de la condicion de nuestros príncipes á la de sus súbditos es la potestad inmensa que en esto tienen, y lo que mas tambien los sugeta á los antojos y mudanzas de la fortuna.

La costumbre que hay de privar de la vida á cuantos incurren en su desgracia, á la mas leve seña que hacen, trastorna la proporcion entre los delitos y las penas, que es como la condicion y harmonía de los imperios; y esta proporcion, que observan con escrupulosidad los príncipes cristianos, es causa de que saquen infinitas ventajas á nuestros sultanes.

Un Persiano que por imprudencia ó por desdicha se grangea la desgracia del príncipe está cierto de perder la vida, y la mas leve falta, ó la mas ligera manía le pone en semejante precision. Pues si se hubiera conjurado contra la vida de su soberano, si hubiera querido entregar al enemigo sus plazas fuertes, hubiera pagado tambien con la vida, de suerte que el mismo riesgo corre en ambos casos. Por eso á la mas ligera desgracia, viendo cierta la muerte, y no conociendo cosa peor naturalmente, se resuelve á turbar el estado y conjurarse contra el soberano, único recurso que le queda.

No sucede lo mismo con los grandes de Europa, que con la desgracia solo el valimiento y la privanza pierden. Se retiran de palacio, y no piensan mas que en gozar una vida sosegada, y las prerogativas de su cuna. Como solamente por delito de lesa-magestad les quitan la vida, temen cometerle, contemplando lo mucho que perderian, y lo poco que con él ganan; por consecuencia se ven poquísimas rebeliones, y muy pocos príncipes que mueran violentamente.

Si con la potestad sin límite que tienen nuestros príncipes no se esmerasen tanto en poner en salvo su vida no vivirian veinte y cuatro horas, y si no asalariasen una inumerable muchedumbre de tropa para tiranizar á sus vasallos no duraria un mes su imperio.

No hace arriba de cuatro ó cinco siglos que tomó guardas un rey de Francia, contra lo que entonces se estilaba, y fue para preservarse de los asesinos que habia

enviado para matarle un príncipillo asiático: hasta entonces habian vivido los reyes en medio de sus vasallos, como viven los padres en medio de sus hijos.

Lejos de que puedan los reyes de Francia quitar por su antojo la vida á uno de sus vasallos, como hacen nuestros sultanes, los acompaña siempre el perdon de todos los reos, y basta con que tenga uno la dicha de ver el rostro augusto de su príncipe, para que deje de ser indigno de vivir. Estos monarcas se parecen al sol que todo lo deshiela y lo vivifica.

De Paris, á 8 *de la luna de Rebiab*, 2, 1717.

CARTA CIII.

USBEK *al mismo.*

SIGUIENDO la idea de mi postrera carta, te contaré que me decia así el dia pasado un Europeo muy racional.

« La peor resolucion que han podido tomar los príncipes del Asia es esconderse como hacen. Se quieren hacer mas respetables, pero hacen respetar la monarquía y no el monarca, y el espíritu de los vasallos se adhiere á cierto y determinado trono, y no á cierta y determinada persona.

Esta invisible potestad que gobierna, siempre es la misma para el pueblo. Bien que diez reyes que solo por sus nombres se conocen se han degollado uno tras de otro, no ve diferencia ninguna, que es para él como si le hubieran sucesivamente gobernado espíritus del otro mundo.

Si hubiera el detestable parricida de nuestro escelente rey Henrique cuarto

dado este golpe á un rey de la India, dueño del sello real, y del inmenso tesoro que parecia que para él se habia amontonado, se hubiera enseñoreado tranquilamente de las riendas del imperio, sin que hubiera pensado ninguno en reclamar el monarca, su familia y sus hijos.

Nos pasmamos de que casi nunca haya mudanzas en el gobierno de los príncipes de Oriente: ¿pues de donde proviene esto, sino de que es tiránico y horrendo? Solo el príncipe ó el pueblo es quien puede hacer una mudanza; pero aquí los príncipes se guardan de efectuarla, porque en tan alto grado de poder, gozan todo el que pueden gozar, y si algo cambiasen seria siempre en perjuicio propio.

En cuanto á los vasallos, si concibe uno de ellos un plan, no le puede llevar á efecto contra el estado, pues fuera indispensable que de repente contrapesase un poder tremendo y siempre único, y faltándole para esto el tiempo con los medios, no le queda mas que hacer que ir

al manantial del poder, para lo cual le basta un brazo y un momento. El asesino sube al trono, mientras el monarca baja, cae y va á morir á sus plantas.

En Europa un mal contento piensa en mantener secretas correspondencias, en reunirse con los enemigos, en hacerse dueño de alguna fortaleza, y excitar murmuraciones vanas en los vasallos. En Asia se va en derechura al príncipe, le asusta, le hiere, le derriba, borra hasta su idea; esclavo y señor en un punto, usurpador y legítimo.

¡Ay del rey que no tiene mas que una cabeza! Si en la apariencia reune en sí todo el poder es para señalar al primer ambicioso donde le ha de hallr a todo entero.

De Paris, á 17 de la luna de Rebiab, 2, 1717.

CARTA

CARTA CIV.

USBEK *al mismo.*

No todos los pueblos de Europa están igualmente avasallados á sus príncipes, por ejemplo la impaciente condicion de los Ingleses no deja lugar á sus reyes para que aumenten su poder. Las virtudes que menos aprecian estos isleños son la obediencia y el rendimiento, y en la materia dicen cosas muy estrañas. Segun ellos un solo vínculo puede estrechar á los hombres, que es el de la gratitud : un marido, una muger, un padre y un hijo están conexos entre sí solo por el cariño que se tienen, ó las ventajas que se proporcionan, y estos varios motivos de gratitud son orígen de todos los reinos y todas las sociedades.

Pero si lejos un príncipe de hacer que vivan felices sus vasallos los quiere abrumar y destruir cesa el fundamento de su

obediencia; nada los obliga ni los estrecha con él, y tornan á su natural libertad. Sustentan que ninguna potestad ilimitada puede ser legítima, porque nunca pudo tener legítimo orígen. No podemos, dicen, dar á otro mas potestad en nosotros que la que á nosotros mismos compete; ora, no tenemos en nosotros mismos un poder ilimitado; por ejemplo no nos podemos quitar la vida; con que nadie en la tierra, concluyen, tiene semejante facultad.

Segun ellos el delito de lesa-magestad no es otro que el que comete el mas flaco contra el mas fuerte desobedeciéndole, sea cual fuere su inobediencia. Por tanto el pueblo de Inglaterra, viéndose mas fuerte que uno de sus reyes, declaró que era delito de lesa-magestad en un príncipe hacer guerra á sus vasallos. Dicen pues con mucha razon que no es difícil cumplir con el precepto de su alcoran que les manda sugetarse á las potestades, porque es imposible no observarle; eso mas que no obliga á sugetarse al que es mas vir-

tuoso, sino al que es mas fuerte. Añaden los Ingleses que habiendo uno de sus reyes vencido y preso á un príncipe que aspiraba al solio le baldonó por su traicion y alevosía: un momento ha, replicó el desventurado príncipe, acaba de fallar la suerte cual de nosotros dos es el alevoso.

Un usurpador declara rebeldes á todos cuantos no han oprimido, como él, la patria, y figurándose que no hay leyes donde no ve jueces, hace que sean acatados como decretos de la providencia los antojos del acaso y la fortuna.

De Paris, á 20 de la luna de Rebiab, 2, 1717.

CARTA CV.

REDI *á* USBEK, *á París.*

En una de tus cartas me has hablado muy por estenso de las letras, las ciencias y las artes que en el Occidente se cultivan.

me vas á tener por un bárbaro cuando te diga que no sé si las utilidades que de ellas se sacan resarcen á los hombres del continuo abuso que de estos conocimientos hacen.

He oido decir que la invencion sola de las bombas habia privado de libertad á todos los pueblos de Europa. No pudiendo los príncipes fiar la custodia de las plazas de los vecinos, que á la primera bomba que les disparasen se rendirian, han tenido pretesto para mantener numerosos cuerpos de tropa de línea, con los cuales han oprimido luego á sus vasallos.

Ya sabes que desde la invencion de la pólvora no hay fortaleza inespugnable; esto es que no queda en la tierra, Usbek amigo, refugio contra la violencia y la injusticia.

Siempre estoy con recelo de que consigan al cabo descubrir un secreto que enseñe un medio mas breve de matar hombres, y destruir pueblos y naciones enteras.

Considéralo bien tú que has leido los historiadores : casi todas las monarquías se han fundado por hombres que ignoraban las artes, y han caido por haberlas cultivado en demasía. El antiguo imperio de Persia nos ofrece un ejemplo palpable de esta verdad en nuestra propia casa.

No hace mucho que estoy en Europa, y he oido ya hablar á sugetos de juicio de los estragos que causa la química, que parece que es el cuarto azote que pierde á los hombres y los destruye poco á poco, pero sin cesar, mientras que los otros tres, la guerra, la peste y la hambre los destruyen por mayor, pero con intervalos. ¿Para que nos ha servido la invencion de la brújula, y el haber descubierto tantos pueblos, como no sea para que nos comunicaran sus dolencias antes que sus riquezas? Por un convenio general se habia establecido la plata y el oro para que fuesen precio de todas las mercaderías y prenda de su valor, por razon de ser estos metales raros y no servir para otro uso :

¿pues que nos importaba que se hiciesen mas comunes, y que para señalar el valor de una cosa se necesitasen dos ó tres signos en vez de uno? Con esto se aumentaba la incomodidad.

Empero por otra parte ha sido muy perniciosa esta invencion á los paises recien-descubiertos. Naciones enteras han sido destruidas, y los habitantes que se han librado de la muerte reducidos á tan dura esclavitud, que solo el oirlo contar hace estremecer á los musulmanes.

¡Venturosa ignorancia la de los hijos de Mahoma! Simplicidad amable tan apreciada de nuestro santo profeta; sin cesar me acuerdas tú el candor de los antiguos siglos, y la serenidad que en los pechos de nuestros primeros padres reinaba.

De Venecia, á 5 *de la luna de Rahmazan*, 1717.

CARTA CVI.

USBEK, *á* REDI, *á Venecia.*

O no crees lo que dices, ó son tus obras mejores que tu creencia. ¡Has dejado tu patria por instruirte, y desprecias toda instruccion; te vienes á educar á un pais donde se cultivan las artes, y las miras como perniciosas! Si te he de decir la verdad, Redi, mas acorde estoy yo contigo que tú propio.

¿Has contemplado atentamente el bárbaro y calamitoso estado á que nos traeria la pérdida de las artes? No es necesario imaginársele, que cualquiera le puede ver. Todavía hay pueblos en el mundo donde un jimio instruido medianamente pudiera vivir sin desdoro, que se encontraria casi á nivel de los demas moradores; ni les pareceria raro su entendimiento, ni estravagante su genio, seria lo mismo que otro cualquiera, y aun le apreciarian por su chiste.

Dices que casi todos los fundadores de imperios han ignorado las artes. No te niego que bien han podido unos pueblos bárbaros, cual impetuosos torrentes, desparramarse por la tierra, y cubrir con sus feroces ejércitos los reinos mas civilizados; pero atiende bien á que ó han aprendido ellos las artes, ó han hecho que las cultivaran los pueblos vencidos; que sin eso se hubiera desvanecido su poder, como el estrépito del trueno y la tormenta.

Te recelas, dices, que se invente algun modo de destruccion mas cruel que el que hoy se usa. No: si se llegara á descubrir tan fatal invento, en breve le vedaria el derecho de gentes, y se sepultaria en el olvido semejante invencion por unánime convenio de las naciones. No tienen los príncipes interes en hacer conquistas por esos medios; que buscan vasallos y no tierras.

Te quejas de la invencion de la pólvora y las bombas, y estrañas que no haya

plaza inespugnable; esto es que estrañas que se concluyan hoy las guerras mas pronto que antiguamente.

Cuando has leido las historias has podido reparar que desde la invencion de la pólvora son mucho menos sangrientas las batallas que en otro tiempo, porque casi nunca se llegan los combatientes á las manos.

¿Suponiendo que en algunos casos particulares hubiese sido perjudicial una arte, se habia de proscribir por eso? ¿Piensas, Redi, que sea perniciosa la religion que nos trajo del cielo nuestro sagrado profeta, porque ha de servir un dia de confusion á los pérfidos cristianos?

Crees que afeminan las artes á los pueblos, siendo así causa de la ruina de los imperios, y hablas de la caida del de los antiguos Persas, que fue efecto de su molicie; mas tan lejos está de ser decisivo este ejemplo que los Griegos que tantas veces los vencieron y los avasallaron cultivaban con infinito mayor esmero que ellos las

artes. Cuando dicen que afeminan estas á los hombres, sin duda esceptuan por lo menos á los que las cultivan, que no viven en la ociosidad, vicio que mas que ninguno acobarda los ánimos. De suerte que solo se trata de los que las disfrutan; mas como en un pais civilizado los que gozan las comodidades de una arte están obligados á cultivar otra, si no quieren verse reducidos á ignominiosa miseria, se infiere que son incompatibles con las artes el ocio y la molicie.

Acaso es Paris el pueblo mas sensual del mundo, y donde mas se ha apurado el arte de gozar, y tambien acaso es aquel donde la vida es mas dura. Para que viva un hombre con delicias, es forzoso que trabajen sin descansar otros ciento. Si á una muger se le pone en la cabeza presentarse en una concurrencia con este ó aquel trage, ya es menester que no duerman cincuenta menestrales, ni tengan tiempo para comer ni beber; ella manda, y es obedecida con mas prontitud que

lo seria nuestro monarca, porque el monarca mas poderoso de la tierra es el interes.

Este afan de atarearse, esta pasion de enriquecerse, de clase en clase cunde desde el menestral hasta el magnate. Nadie quiere ser mas pobre que el que ve en un grado inmediatamente inferior al suyo. En Paris vemos uno que tiene con que vivir hasta el dia del juicio final trabajar sin cesar, y acortarse la vida por ganar, segun él dice, con que vivir. El mismo espíritu anima toda la nacion; solo industria y trabajo se ve en ella. ¿Pues donde está ese afeminado pueblo de que tú hablas?

Supongamos, Redi, que en un reino no se toleraran mas artes que las que son absolutamente indispensables para el cultivo de la tierra, puesto que son estas todavía muy numerosas, y que se desterrasen todas las que meramente para el gusto ó la moda sirven: pues sustento que seria este estado uno de los mas in-

felices que en el mundo habria. Aun cuando tuviesen sus moradores valor bastante para privarse de tantas cosas como les faltarian y les serian necesarias, se disminuiria cada dia la poblacion, y vendria el estado á quedar tan flaco que la mas pequeña potencia le pudiera conquistar.

Fácil cosa fuera circunstanciar lo que digo, manifestándote que cesaria casi totalmente la renta de los particulares, y por consecuencia la del príncipe. Casi no mediaria relacion de facultades entre los ciudadanos; se veria parar la circulacion de riquezas, y la progresion de rentas que procede de la conexion y dependencia recíproca de las artes; viviria cada particular con los frutos de sus tierras, y solo labraria lo preciso para no morirse de hambre. Pero como esto no compone muchas veces ni la vigésima parte de la renta de un estado, seria forzoso que se disminuyera en la misma proporcion el número de sus moradores, no quedando mas que una vigésima parte.

Considera bien á cuanto suben las rentas de la industria. Una tierra rinde anualmente á su dueño la vigésima parte de su valor; pero con veinte reales de colores hará un pintor un cuadro que venderá en mil. Lo mismo podemos decir de los plateros, de los tejedores de lana, de seda, y de los menestrales de todas clases.

De todo esto se infiere, Redi, que para que sea poderoso un príncipe es menester que vivan sus vasallos en las delicias, y que se afane él por grangearles todo género de superfluidades con tanto afan como las cosas mas necesarias para la vida.

De Paris, á 14 de la luna de Chalval, 1717.

CARTA CVII.

RICA *á* IBEN, *á Esmirna.*

He visto al monarca niño : su vida es muy preciosa para sus vasallos, y no menos para la Europa entera, por los grandes disturbios que pudiera acarrear su muerte. Pero los reyes son parecidos á los dioses, y mientras viven deben ser mirados como inmortales. Su semblante, aunque hermoso, es magestuoso, y parece que una escelente educacion conspira con su buena índole, y ya promete un príncipe cabal.

Dicen que nadie puede conocer la índole de los reyes de Occidente, hasta que se hayan visto en las dos grandes pruebas de su dama y su confesor. En breve los verémos ambos afanados en hacerse dueños del espíritu de este, y para ello, se darán tremendos combates, porque cuando reina un príncipe mozo siempre son émulas

estas dos potencias, pero cuando es viejo se reconcilian y se reunen. Cuando es mozo es muy arduo de representar el papel del dervis, que la fuerza del rey redunda en flaqueza del otro, pero la dama triunfa por igual de su flaqueza y de su fuerza.

Cuando llegué yo á Francia encontré al rey difunto enteramente gobernado por las mugeres, puesto que de su edad creo que fuese el monarca que menos en este mundo las necesitaba. Un dia oí á una que decia: menester es hacer algo por ese coronel jóven; yo sé que es valiente, y le hablaré al ministro. Otra decia: estraña cosa es que no se hayan acordado de aquel abate mozo; es preciso que le hagan obispo, que es de buena cuna, y me consta que es muy timorato. Pues no te figures que las que así hablaban fuesen validas del príncipe, que acaso no le habian hablado dos veces en su vida; aunque sea una cosa tan fácil entre los príncipes europeos. La razon de esto es

que nadie de cuantos tienen un cargo en palacio, en Paris, ó en las provincias está sin una muger por cuyas manos se reparten todas las gracias, y á veces todas las injusticias que él puede hacer. Todas estas mugeres tienen conexiones unas con otras, y forman una especie de república, cuyos miembros siempre activos se ayudan y se sirven recíprocamente, como un nuevo estado dentro del estado, y el que estando en palacio, en Paris y en las provincias ve lo que hacen los ministros, los magistrados y los prelados, y no conoce á las mugeres que los gobiernan está lo mismo que el que ve el movimiento de una máquina, sin saber los muelles que la hacen andar.

¿Te imaginas que sea una muger la dama de un ministro por dormir con él? Que disparate! No señor, que lo es para presentarle cada mañana seis ó siete memoriales, y se echa de ver su mucha bondad en el ardor con que sirve á infinitos desgraciados que le dan medio millon de reales al año. En

En Persia nos quejamos de que gobiernan el reino dos ó tres mugeres; pues mucho peor es en Francia, que gobiernan las mugeres en general, y no solo usurpan el poder por mayor, sino que se le distribuyen entre sí por menor, hasta la última chispa.

De Paris, el postrero de la luna de Chalval, 1717.

CARTA CVII.

USBEK *á* . . . . .

UNA especie de libros hay aquí que no tenemos en Persia, y en este pais son muy de moda, que son los periódicos literarios. La pereza se complace leyéndolos, y queda hechizada con poder repasar treinta tomos en un cuarto de hora. En los mas de los libros no bien ha concluido el autor los cumplidos de estilo, cuando ya están aburridos los lectores, y entran medio muertos de fatiga en la materia anegada

en un mar de palabras. Este se quiere immortalizar con un libro en dozavo, aquel con uno en cuarto; el otro que es mas ambicioso aspira á uno en folio; fuerza es que dé á proporcion ensanche el asunto, y así lo hace sin compasion del trabajo de sus desventurados lectores que se matan por acortar lo que tanto se ha afanado el autor en alargar.

No sé que mérito tienen obras semejantes, y tambien las haria yo si quisiera dar al traste con mi salud y mi librero.

El defecto capital de los periodistas es que solamente de los libros nuevos hablan, como si fuera nunca nueva la verdad. Me parece que hasta haber leido uno todos los libros antiguos, no tiene motivo para preferir los nuevos.

Pero cuando se imponen la obligacion de no hablar mas que de las obras que salen calientes de la fragua, contraen otra, que es la de ser fastidiosísimos, porque tienen cuenta con no criticar los libros que estractan, por malos que sean. ¿Y

efectivamente quien hay tan osado que se quiera grangear diez ó doce enemigos al mes? Son parecidos la mayor parte de los autores á los poetas, que aguantarán una zurra de palos sin chistar, pero que curándose tan poco de sus costillas, se curán tanto de sus obras que no pueden sufrir la mas leve crítica, y es menester mucho cuidado con no tocarlos en parte tan delicada, cosa que saben muy bien los periodistas. Por eso hacen todo lo contrario: empiezan elogiando la materia que tratan los autores; primera insulsez; luego pasan al elogio del escritor; elogio violento, porque hablan de hombres que aun están en el palenque, dispuestos á la pelea, y á esterminar con tajos y rebeses de su pluma á cualquier periodista malandrin que los acometa.

De París, á 5 de la luna de Zilcadé, 1718.

CARTA CIX.

RICA *á*.....

Es la universidad de Paris la hija mayor de los reyes de Francia, y muy mayor, que tiene novecientos años largos, y chochea no pocas veces. Me han contado que algun tiempo ha que tuvo una terrible contienda con unos doctores acerca de la letra Q que queria que se pronunciara como una K (1), y tanto se encendió la disputa, que fueron privados muchos de sus bienes, y tuvo que intervenir el parlamento, concediendo, por sentencia solemne, á todos los vasallos del rey de Francia licencia de pronunciar esta letra como les diera la gana. Linda cosa era ver los dos cuerpos mas respetables de la Europa ocupados en fallar de la suerte de una letra del alfabeto.

(1) Habla de la guerra de Pedro Ramos,

Me parece que se apocan las cabezas de los mayores ingenios cuando están reunidos, y que donde hay mas sabios juntos hay menos sabiduría. Las grandes corporaciones muestran tanto apego á las menudencias, y á los estilos fútiles, que descuidan las cosas esenciales. He oido decir que habiendo convocado un rey de Aragon los estados de Aragon y Cataluña, se gastaron las primeras sesiones en decidir en que lengua se habia de poner lo que se proveyese. Fue muy violenta la contienda, y mil veces se habrian separado los estados, si no hubiesen imaginado un corte, que fue que la pregunta se pusiese en lengua catalana, y la respuesta en la de Aragon.

De Paris, á 25 de la luna de Zilhagé, 1718.

CARTA CX.

RICA *á* ....

MUCHO mas serio es de lo que parece el papel de una muger bonita. Los sucesos de su tocador todas las mañanas en medio de sus criadas son importantísimos; un general de ejército no pone mas estudio en colocar su ala derecha ó su cuerpo de reserva, que la primera en colocar un lunar que puede no pegar, pero en quien ella fia la esperanza de una conquista.

¡Que cuidado, que estudio no es indispensable para conciliar sin cesar los intereses de dos competidores, pareciendo neutral con entrambos, mientras que se entrega al uno y al otro, y para constituirse medianera en todos los motivos de queja que les da! ¡Que ocupacion la de dar pie á continuas diversiones, y precaver todos los accidentes que pudieran romperlas!

No obstante no es la principal dificultad para ellas divertirse, sino aparentar que se divierten. Aburra uno á las mugeres tanto cuanto quiera, que se lo perdonarán, con tal que se crea que se han divertido.

Algunos dias hace que fuí á cenar con unas damas á una quinta. En camino decian sin cesar : valiente diversion vamos á tener. Los genios simpatizaban poco, y por consecuencia estábamos todos muy serios. Confesemos, dijo una de las señoras, que nos divertimos mucho; hoy no hay en Paris tan alegre reunion como la nuestra. Como me dormia de puro aburrido, una de ellas me dió un tiron diciéndome : que tal? ¿no estamos muy joviales? Sí, le respondí con un bostezo, creo que rebentaré de risa. La tristeza era no obstante mas poderosa que mis reflexiones, y poco á poco, de boztezo en bostezo, sentí que caia en un sueño letárgico que acabó con todos mis gustos.

De Paris, á 11 de la luna de Maharram, 1718.

CARTA CXI.

USBEK *á*.....

EL reinado del difunto rey ha sido tan dilatado que el fin habia hecho que se olvidaran las gentes del principio. Hoy es moda no ocuparse mas que en los acontecimientos sucedidos en su menor edad, ni se leen mas que las memorias de aquellos tiempos.

Aquí te pongo el razonamiento de uno de los generales de la ciudad de Paris en un consejo de guerra, y confieso que no entiendo ni una palabra de él.

« Señores, aunque ha sido repelida y » desbaratada nuestra tropa, creo que será » fácil remediar esta derrota. Tengo pre- » paradas seis coplas de una cancion que » voy á publicar, y estoy cierto de que » repondrán todas las cosas en equilibrio. » He escogido voces muy claras que salgan » del hueco de pechos muy fuertes, y

» que harán una portentosa impresion en
» el pueblo. La letra está puesta en una
» música que hasta ahora ha sido de la
» mayor eficacia. Si esto no bastare, pu-
» blicarémos una estampa que figure á
» Mazarino ahorcado. Por fortuna que
» este no habla bien el frances, y que le
» estropea de manera que es imposible
» que no vayan sus asuntos de capa caida.
» Nunca dejamos de hacer que note el
» pueblo el tonillo risible de su pronun-
» ciacion. Pocos dias hace que le cogimos
» un yerro gramatical tan zafio, que en
» todas las esquinas se decian chufletas
» acerca de él.

» Espero que antes de ocho dias haga
» el pueblo del nombre de Mazarino un
» vocable genérico para significar todos
» los animales de carga y los de tiro.
» Desde nuestra derrota le ha dado tan
» malos ratos nuestra música sobre el pe-
» cado nefando, que por no ver reducidos
» á la mitad sus partidarios, se ha visto
» precisado á despedir á todos sus pages.

» Alentad por tanto, perded el miedo

» y estad ciertos de que á silbidos le » obligarémos á que vuelva á pasar los » montes ».

De Paris, á 4 de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXII.

REDI *á* USBEK, *á Paris.*

MIENTRAS que vivo en Europa estudio los antiguos y modernos historiadores, cotejo todas las épocas, me complazco en pasarles, digámoslo así, revista, y paro mas especialmente mi meditacion en aquellas grandes mudanzas que han hecho unos siglos tan distintos de otros siglos, y tan desemejante el mundo de sí propio.

Acaso has parado tú la atencion en una cosa que cada dia me causa mas maravilla. ¿Como está la tierra tan poco poblada relativamente á lo que antes estaba? ¿Como ha podido perder la naturaleza la portentosa fecundidad de los primitivos

tiempos? ¿Acaso está ya decrépita, y se muere de inanicion?

Mas de un año he vivido en Italia, y solo he visto las ruinas de aquella Italia tan célebre en los pasados tiempos. Enteramente despobladas y hiermas están las ciudades, puesto que todo el mundo vive en ellas, y parece que solo subsisten todavía para indicar el sitio donde estaban aquellas poderosas ciudades tan nombradas en la historia. No falta quien afirme que la ciudad sola de Roma contenia mas gente antiguamente que hay hoy en un reino grande de Europa. Habia ciudadanos romanos dueños de diez mil y veinte mil esclavos, sin contar los que trabajaban en sus tierras, y como habia cuatrocientos ó quinientos mil ciudadanos no es posible valuar el número de los moradores, sin que se pasme la imaginacion.

La Sicilia contenia antiguamente reinos opulentos, y numerosos pueblos que despues se han desaparecido, no habiendo ahora en esta isla otra cosa notable que sus volcanes.

Tan desierta está la Grecia que ni la centésima parte de sus antiguos moradores hay en ella.

En la España, antes tan llena, solo se ven hoy campos sin habitantes, y no es nada la Francia comparada con la antigua Galia de que habla César.

Los pueblos del Norte están despobladísimos, y no es ahora como cuando se veian obligados á dividirse, como antiguamente, enviando á paises remotos colonias y naciones enteras, á guisa de enjambres, á buscar nuevas mansiones.

La Polonia y la Turquía europea casi no tienen gente.

En la América no encontraríamos ni la quinquagésima parte de los hombres que formaban tan vastos imperios.

No está en mejor estado la Asia. En la Asia menor, que tantas poderosas monarquías, y tan portentoso número de ciudades populosas contenia, solo dos ó tres ciudades quedan. De la Asia grande la parte que está sugeta al Turco está des-

poblada ; la que dominan nuestros reyes, si se compara con el floreciente estado en que antiguamente se hallaba, se verá que contiene un cortísimo número de moradores, que en tiempo de los Xerces y los Darios eran inumerables.

No está menos despoblado el Egipto que los demas paises.

Finalmente recorro la tierra, y solo encuentro destrozos, y me parece que sale de los estragos del hambre y la peste.

Tan desconocida ha sido siempre el Africa, que no podemos hablar de ella con la misma puntualidad que de las otras partes del mundo; mas si solo atendemos á las costas del Mediterraneo conocidas en todos tiempos, vemos cuanto han decaido de lo que fueron bajo los Cartagineses y los Romanos. Hoy son tan débiles sus príncipes que son las potencias mas mezquinas del mundo.

Por un calculo tan exacto como en esta especie de cosas se puede hacer, he hallado que apenas hay en la tierra la

décima parte de habitantes que antiguamente contenia. Lo estraño es que cada dia se despuebla, y si sigue así dentro de diez siglos será toda ella un desierto.

Esta es, amado Usbek, la mas terrible catástrofe que ha sucedido en el mundo. Pero apenas ha reparado nadie en ello, porque ha sucedido poco á poco, y en él transcurso de una larga serie de siglos. Esto denota un vicio interno, un veneno secreto y escondido, y una enfermedad de consuncion que atormenta la naturaleza humana.

De Venecia, á 10 de la luna de Rhegeb, 1718.

CARTA CXIII.

USBEK *á* REDI, *á Venecia.*

EL mundo, amado Redi, no es incorruptible, que ni los cielos lo son; buenos testigos son los astrónomos de sus variaciones, naturales consecuencias del movimiento universal de la materia.

La tierra está, como los demas planetas, sugeta á las leyes del movimiento; dentro de ella hay un perpetuo combate de sus principios; parece que el continente y el mar están en guerra perdurable, y cada instante produce combinaciones nuevas.

En mansion tan sugeta á vicisitudes se encuentran los hombres en estado no menos vacilante; que cien mil causas capaces de destruirlos pueden conspirar á su ruina, y con mas razon á disminuir ó aumentar su número.

No te hablaré de aquellas catástrofes particulares, tan frecuentes en los historiadores, que han destruido ciudades y reynos enteros; otras hay generales que varias veces han puesto el linage humano á pique de su total ruina. Llenas están las historias de pestes universales que alternativamente han desolado el universo. De una entre otras hablan que quemó hasta las raices de las plantas, y se sintió en todo el orbe conocido, hasta el imperio del Catay, y acaso un grado mas de corrupcion hubiera

dado fin en solo un dia á la naturaleza humana.

No ha dos siglos que se sintió en Europa, Asia y Africa la mas torpe de todas las dolencias, que cundió prodigiosamente en poco tiempo, y hubiera acabado con los hombres, si hubieran seguido con la misma furia sus progresos, y abrumados de achaques desde su nacimiento, incapaces de aguantar el peso de las cargas de la sociedad, hubieran perecido todos ellos desgraciadamente. ¿Y que hubiera sido si se hubiese hecho mas activo el veneno? Pues así se hubiera hecho sin duda, si no hubiéramos tenido la dicha de hallar un remedio tan eficaz como el que se ha descubierto. Acaso acometiendo esta enfermedad las partes de la generacion hubiera imposibilitado la misma generacion.

¿Mas á que viene hablar de la destruccion que hubiera podido sobrevenir al linage humano? ¿No ha sobrevenido realmente? ¿No le redujo el diluvio á una sola familia?

Filósofos hay que distinguen dos creaciones

ciones, la de las cosas y la del hombre, no pudiendo comprehender que no tengan las cosas criadas arriba de seis mil años, que haya Dios diferido sus obras toda la eternidad, y no haya usado hasta ayer de su poder criador. ¿Es porque no podia, ó porque no queria? Y si no podia en un tiempo ¿como ha podido en otro? Luego ha sido porque no quiso: pero como en Dios no hay sucesion, si suponemos que una vez ha querido una cosa, la ha querido en todos tiempos, y desde el principio; de suerte que no se pueden contar los años del mundo, ni es mas comparable con ellos el número de los granos de arena del mar que un solo punto.

No obstante todos los historiadores mencionan á nuestro primer padre, y hablan de la cuna del linage humano. ¿No es cosa natural pensar que se libró Adan de una ruina general, como se preservó Noe del diluvio, y que han sido frecuentes estos acontecimientos en la tierra desde la creacion del mundo?

Pero no todas las destrucciones son violentas. Muchas partes de la tierra vemos que se cansan de producir cosas que sirvan para la subsistencia de los hombres. ¿Y que sabemos si hay en la tierra causas generales, imperceptibles y lentas de este cansancio?

Me ha parecido conveniente apuntarte estas ideas generales, antes de responder mas por menor á tu carta acerca de la diminucion de los pueblos, que de diez y siete á diez y ocho siglos acá se nota. En mi carta siguiente te haré ver que sin contar las causas físicas, hay otras morales que producen este efecto.

De París, á 8 de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXIV.

USBEK *al mismo.*

QUIERES saber porque está menos poblada la tierra que antiguamente, y si bien lo miras verás que proviene esta diferencia tan importante de la que en las costumbres se advierte. Desde que se ha dividido el orbe romano entre la religion cristiana y la mahometana, hay una mudanza notable, porque no son, ni con mucho, estas religiones tan propicias para la propagacion de nuestra especie, como lo era la de los antiguos árbitros del universo. En esta estaba vedada la poligamia, en lo cual sacaba muchas ventajas á la religion de Mahoma, y permitido el divorcio, en lo cual no se aventajaba menos á la cristiana.

No hallo contradiccion mas palpable que la pluralidad de mugeres, permitida por nuestro sagrado alcoran, y la

21819

órden de contentarlas que impone este mismo libro. Ved á vuestras mugeres, dice el profeta, porque necesitan ellas de vosotros como de sus vestidos, y vosotros de ellas como de vuestros vestidos. Precepto es este que hace muy laboriosa la vida de un musulman. El que tiene las cuatro mugeres que establece la ley, y nada mas que otras tantas concubinas ó esclavas, se ha de encontrar sofocado con tantos vestidos encima.

Vuestras mugeres son vuestra labranza, añade el profeta, acercaos á vuestra labranza; haced bien por vuestras almas, y lo encontraréis un dia.

Un buen musulman le miro yo como un atleta destinado á pelear sin parar, pero que debilitado muy presto, y abrumado de sus primeras fatigas, se rinde en el campo mismo de la victoria, y queda, digámoslo así, sepultado bajo sus propios triunfos.

Siempre obra la naturaleza con lentitud, y por decirlo así con economía.

nunca son violentas sus operaciones; hasta en sus producciones requiere templanza, siempre va con regla y medida; si la aceleran desmaya luego, y gasta en conservarse toda cuanta fuerza le queda, perdiendo totalmente la virtud de producir, y la potencia generativa. En este estado de desfallecimiento nos pone siempre la multitud de mugeres, que mas contribuye á dejarnos exaustos que á satisfacernos. Entre nosotros es cosa muy comun ver á un hombre en un serrallo inmenso con muy pocos hijos, y casi siempre estos hijos son enfermizos y endebles, resintiéndose del poco vigor de su padre.

No para aquí: obligadas nuestras mugeres á una castidad forzosa, necesitan hombres que las guarden, que no pueden ser otros que eunucos; no permitiendo la religion, los zelos y la razon misma que se dejen acercarse á ellas otros. Estos guardas han de ser numerosos, ora para mantener la tranquilidad en medio de la continua guerra que tienen

estas mugeres unas con otras, ora para estorbar los acometimientos esternos. De suerte que uno que tiene diez mugeres ó concubinas necesita á lo menos otros tantos eunucos para guardarlas. ¡Que pérdida para la sociedad la de tantos hombres muertos desde que nacen, y que despoblacion ha de resultar de ella!

Las doncellas esclavas que viven en los serrallos, destinadas con los eunucos á servir tan crecido número de mugeres, envejecen casi siempre en una triste virginidad, no se pueden casar mientras están con sus amas, y estas una vez acostumbradas á ellas casi nunca las despiden.

Así ocupa un hombre solo en sus gustos tantas personas de uno y otro sexo, privándolas de la vida útil al estado, y haciéndolas incapaces de propagar la especie.

Ispahan y Constantinopla son las capitales de los dos imperios mas vastos del orbe, allí va todo á parar, y allí se acina de todas partes la gente atraida de mil

modos, y no obstante en breve se estinguirian ambas, si cada siglo casi no hicieran venir los soberanos naciones enteras para repoblarlas. En otra carta diré lo que me falta sobre el asunto.

De Paris, á 4 de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXV.

USBEK *al mismo.*

No tenian los Romanos menos esclavos que nosotros, que tenian todavía mas, pero hacian mejor uso de ellos. Lejos de oponerse por medios violentos á la multiplicacion de dichos esclavos, la favorecian, en cuanto les era dable, con todo su poder, reuniéndolos con una especie de matrimonios, y por este medio llenaban sus casas de criados de todo sexo y de todas edades, y el estado de una poblacion inumerable. Los niños que mas adelante constituian la riqueza de su amo nacian en torno de él

sin cuento; él solo estaba encargado de mantenerlos y criarlos; exentos sus padres de esta carga, seguian únicamente su natural inclinacion, y procreaban sin recelo una numerosísima familia.

Ya te he dicho que entre nosotros están ocupados todos los esclavos en la guarda de nuestras mugeres, y nada mas; que con respecto al estado viven en un letargo absoluto, de suerte que es preciso ceñir el cultivo de las artes y los campos á unos pocos hombres libres; á unos pocos cabezas de familia, y que estos se ocupan en él lo menos que pueden. No sucedia así entre los Romanos, que se aprovechaba con infinita utilidad la república de estos ejércitos de esclavos. Tenia cada uno de ellos su peculio, que poseia con las condiciones que le imponia su amo, y con este peculio trabajaba, y le empleaba en lo que le sugeria su industria. El uno era banquero; otro se daba al comercio marítimo; este vendia géneros por menor; aquel se aplicaba á un oficio mecánico, ó arrendaba y

labraba tierras; mas ninguno habia que no se esforzara con todo su poder á sacar utilidad de su peculio, que le proporcionaba en uno comodidades en su actual esclavitud, y la esperanza de su libertad venidera, lo cual formaba un pueblo laborioso, y animaba, la industria y las artes. Enriquecidos estos esclavos por su afan y su trabajo se hacian libertar, y declararse ciudadanos. Así se reponia sin cesar la república, recibiendo en su seno nuevas familias, al paso que se destruian las antiguas.

Acaso en mis siguientes cartas se me presentará ocasion de probarte, que eso mas florece el comercio en un estado que mas abunda su poblacion, y con la misma facilidad probaré que cuanto mas florece el comercio mas crece el número de sus habitantes; ayudándose y favoreciéndose mutuamente ambas cosas. Y si es así ¡cuánto debia crecer y aumentarse esta portentosa muchedumbre de esclavos siempre laboriosos! Nacidos de la abundancia

y la industria eran por su parte perene manantial de industria y abundancia.

De Paris, á 16 de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXVI.

USBEK *al mismo.*

HASTA aquí hemos hablado de los paises mahometanos, indagando la razon porque están menos poblados que los que estaban sugetos á la dominacion romana : examinemos ahora que causas han producido el mismo efecto en los paises cristianos.

La religion pagana permitia el divorcio, que veda el cristianismo. Esta diferencia que á los principios pareció de tan poca entidad, poco á poco acarreó terribles consecuencias, y tales que apenas se pueden calcular. No solo fue privado el matrimonio de toda su serenidad, mas tambien desviado de su primitivo fin ; queriendo estrechar sus vínculos se aflo-

jaron, y en vez de unir, como pretendian, los corazones, los separaron para siempre.

En tan libre accion, en que tanta parte ha de tener el corazon, se estableció la violencia, la necesidad, y hasta la fatalidad del destino. En nada se tuvieron la repugnancia, los antojos, la insociabilidad de los genios; aspiraron á fijar el corazon, esto es, lo mas variable y mas inconstante que hay en la naturaleza, uncieron á un mismo yugo sin remedio ni esperanza á personas inaguantables una para otra, y casi siempre discordantes, haciendo como aquellos tiranos que ataban los hombres vivos con cadáveres.

Ninguna cosa contribuia mas al mutuo cariño que la facultad del divorcio: el marido y la muger sufrian con paciencia los pesares domésticos, sabiendo que tenian en su mano el ponerles término, y muchas veces conservaban esta facultad toda su vida, sin usar de ella, considerando solamente que eran árbitros de

usarla. No es así entre los cristianos, que sus actuales pesares los desesperan para el tiempo venidero. En los disgustos del matrimonio solo contemplan su duracion, ó digámoslo así, su eternidad; de aquí proceden las antipatías, las discordias, los desaires, que redundan todos en detrimento de su posteridad. Apenas se han pasado tres años de matrimonio cuando descuidan lo esencial, y se siguen treinta de tibieza, formándose separaciones intestinas tan fuertes, y acaso mas perniciosas que si fuesen públicas; cada uno vive aparte, y todo esto en perjuicio de las generaciones futuras. En breve aburrido un hombre de una muger eterna se entregará á las cortesanas, comercio torpe, y tan opuesto á la sociedad, que sin desempeñar el fin del matrimonio, representa cuando mas sus deleites. Si de las dos personas ligadas de esta suerte una sola no es apta para el fin de la naturaleza, y la propagacion de la especie, ora sea por su temperamento, ora por su edad,

sepulta la otra consigo, haciéndola tan inútil como lo es ella.

No nos asombremos pues si vemos que entre los cristianos tantos matrimonios producen tan corto número de ciudadanos. Abolido el divorcio, los matrimonios mal unidos nunca se reconcilian, ni pasan, como entre los Romanos, sucesivamente las mugeres por manos de muchos maridos, que en camino sacaban de ellas cuantas ventajas eran dables.

Me atrevo á decir que si en una república como Lacedemonia, donde sin cesar estaban atados los ciudadanos por estrañas y sutiles leyes, y donde no habia mas que una familia, que era la república, se hubiera dispuesto que mudasen todos los años los maridos de mugeres, hubiera resultado una poblacion inumerable.

Muy difícil es atinar con la razon que ha movido á los cristianos á que abolieran el divorcio. En todas las naciones del mundo es el matrimonio un contrato susceptible de cualesquiera convenios, y so-

lamente se debian escluir aquellos que podian desviarle del blanco que se propone; pero no le contemplan los cristianos bajo este aspecto, y así apenas pueden esplicar que cosa sea; que no le hacen consistir es los gustos sensuales, y por lo contrario, como ya te he dicho, parece que los quieren desterrar en cuanto les es dable. Segun ellos el matrimonio es un simulacro, una figura, un no sé que misterioso, que no te puedo descifrar.

De Paris, á 17 de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXVII.

USBEK *al mismo.*

No es la causa única de la despoblacion de los paises cristianos la prohibicion del divorcio; que no es menos eficaz el crecido número de eunucos que entre ellos hay. Hablo de los clérigos, y los dervises de ambos sexos que hacen voto de eterna

continencia. Entre los cristianos esta es la virtud por antonomasía, y confieso que no los entiendo, ni alcanzo que cosa sea una virtud de que no resulta nada. Me parece que se contradicen palpablemente sus doctores cuando dicen que es santo el matrimonio, y que todavía lo es mas el celibato que es su contrario, sin atender á que en punto de preceptos y dogmas fundamentales siempre lo bueno es lo mejor.

Es portentosa la muchedumbre de personas que hacen profesion de celibato. En los tiempos pasados condenaban los padres á sus hijos desde la cuna á este estado; hoy hacen este voto los hijos así que cumplen los catorce años, lo cual viene á ser lo mismo.

Con mas hombres ha acabado este oficio de guardar castidad que las pestes, y las mas sangrientas guerras. Cada casa de religion presenta una familia inmortal, donde nadie nace, y se mantiene á costa de todas las demas. Estas casas siempre

están abiertas, como simas donde se sumer las familias venideras.

Muy distinta es esta política de la de los Romanos que establecian leyes penales contra los que se zafaban de las del matrimonio, por disfrutar una libertad tan contraria al bien público.

Lo que te he dicho no se aplica mas que á los paises católicos. En la religion protestante todo el mundo tiene facultad de tener hijos; que no consiente clérigos, ni dervises, y si cuando se estableció esta religion que se propuso por norma única los primitivos tiempos, no hubieran echado en cara sin cesar á sus fundadores su poca templanza, es indubitable que despues de haber hecho universal la práctica del matrimonio, tambien habrian suavizado su yugo, acabando de remover la valla que en este punto separa al Nazareno de Mahoma.

Sea como fuere, lo cierto es que la la religion presenta inmensamente mas ventajas á los protestantes que á los católicos,

licos, y me atrevo á decir que en el actual estado de la Europa es imposible que subsista en ella quinientos años el catolicismo.

Antes de la decadencia del poder de España eran muy mas pujantes que los protestantes los católicos. Poco á poco han llegado estos últimos á equilibrarlos. Los protestantes crecerán cada dia mas en poder y riquezas, y los católicos irán perdiendo á proporcion. Los paises protestantes deben estar, y están efectivamente mas poblados que los católicos; de aquí resulta lo primero que son mas cuantiosas las contribuciones, las cuales se aumentan á proporcion del número de contribuyentes; lo segundo que están mejor cultivados los campos, y finalmente que florece mas el comercio, porque hay mas gentes que hagan caudal, y con mas necesidades tienen mas medios de satisfacerlas. Cuando en un pais no hay mas habitantes que los necesarios para la agricultura, es fuerza que desfallezca el comercio, y cuando hay meramente los que son indispensables para

mantener el comercio, es fuerza que vaya á menos la agricultura; esto es que es fuerza que decaygan ambas cosas á la par, porque nunca se adelanta en tal caso la una, como no sea á costa de la otra.

En los paises católicos no solo está abandonada la agricultura, mas tambien es perniciosa la industria, porque se cifra en aprender cinco ó seis palabras de una lengua muerta. Así que uno se ha grangeado este peculio ya se puede echar á dormir en cuanto á hacer caudal, que dentro de un claustro halla una vida sosegada, que en el mundo le hubiera costado mil sudores y afanes.

No para aquí. Los dervises son dueños de casi todas las riquezas del estado y forman una asociacion de avarientos que siempre toman y nunca dan, acumulando sin cesar rentas para adquirir capitales. Todas estas riquezas se tornan, digámoslo así, paralíticas; y se acabó la circulacion, se acabó el comercio, se acabaron las artes, y se acabaron las manufacturas.

No hay príncipe protestante que haga pechar tanto sus pueblos como el Papa hace que pechen sus vasallos, puesto que estos sean miserables, y que aquellos vivan en la opulencia. El comercio lo vivifica todo entre los primeros, y la frailería lo inficiona todo entre los últimos.

De Paris, á 26 de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXVIII.

USBEK *al mismo.*

NADA mas nos queda por decir del Asia y la Europa: pasemos al Africa. Aquí solo de las costas podemos hablar, porque lo interior no es conocido.

Las de Berbería, donde reina la religion mahometana, no están tan pobladas como en tiempo de los Romanos por las razones que ya he dicho. Las costas de Guinea han de estar terriblemente desiertas, de doscientos años á esta parte que

los reyezuelos ó capataces de aldeas han tomado la costumbre de vender sus vasallos á los príncipes de Europa, para transportarlos á las colonias de América.

Lo mas estraño es que esta América que cada año recibe tantos nuevos moradores se queda hierma, sin aprovecharse de las continuas pérdidas del Africa. Los esclavos que á otro clima se trasladan se mueren á millares, y los trabajos de las minas, en que sin cesar ocupan á los Indios y á los estrangeros, las malignas exalaciones que de dichas minas salen, y el azogue que continuamente se emplea en ellas los destruyen sin remedio.

No hay cosa mas estravagante que causar la muerte de una inumerable multitud de hombres, por sacar de las entrañas de la tierra el oro y la plata, metales en sí totalmente inútiles, y que si son riquezas, no es mas que porque los han escogido por signos de ellas.

De Paris, el postrero de la luna de Chaban, 1718.

CARTA CXIX.

USBEK *al mismo.*

A veces pende la fecundidad de un pueblo de las mas menudas circunstancias, de manera que sucede con frecuencia que tomando un nuevo giro su imaginacion, se puebla en breve mucho mas de lo que estaba poblado.

Esterminados sin cesar, y sin cesar renacientes los judíos han resarcido sus pérdidas y sus continuas destrucciones, con sola la esperanza arraigada en todas las familias de que ha de nacer de ellos un rey que ha de ser dueño de la tierra.

Si tenian los antiguos monarcas de Persia tan crecido número de vasallos, era la causa este dogma de la religion de los magos, que la accion mas grata para Dios que pueden hacer los hombres es engendrar un hijo, labrar un campo y plantar un árbol. Si es tan portentosa

la poblacion de la China, tambien procede esto de cierto modo peculiar de pensar, que consiste en que los padres son tenidos por dioses por sus hijos, acatados como tales desde esta vida, honrados con sacrificios despues de su muerte, en fuerza de los cuales creen ellos que anonadadas sus almas en el Tien recobran nueva vida; por tanto aspira cada uno á aumentar una familia tan sumisa en esta vida, y tan necesaria en la otra.

Por otra parte los paises mahometanos cada dia están mas hiermos por consecuencia de una opinion que, puesto que en sí sea santísima, no deja de accarrear perniciosísimos efectos cuando se arraiga en los ánimos, y es esta, que nos contemplamos como unos peregrinos que deben siempre tener puestas sus miras en otra patria, y así nos parecen locura las útiles y duraderas tareas, el afan por afianzar el bien estar de nuestros hijos, y cuantos proyectos trascienden mas allá de esta breve y transitoria vida: y satisfechos

con lo presente, sin curarnos de lo venidero, no nos cuidamos ni de reparar los públicos edificios, ni de desmontar las tierras heriales, ni de cultivar las que están en estado de renumerar nuestras labores, y viviendo en una completa apatía, lo fiamos todo de la voluntad de la providencia.

En los pueblos europeos un engañoso espíritu de vanidad ha introducido el derecho injusto de los mayorazgos, tan funesto para la propagacion, pues concentra el afan de un padre de familias en uno solo de sus hijos, desvia su atencion de todos los demas, le precisa á que se oponga al establecimiento de muchos por consolidar el caudal de uno, y finalmente acaba con la igualdad de todos los ciudadanos, que es la mejor prenda de la general opulencia.

De Paris, á 4 de la luna de Rahmazan, 1718.

CARTA CXX.

USBEK *al mismo.*

GENERALMENTE están mal poblados los paises donde viven los salvages, por la aversion, con que miran casi todos ellos la labranza y cultivo de la tierra. Tan violenta es esta malhadada aversion que cuando echan una maldicion á uno de sus enemigos, no le desean otro mal sino que se vea obligado á cultivar la tierra, persuadidos á que los únicos ejercicios nobles, y dignos de ellos son la caza y la pesca. Pero como sucede con frecuencia que hay años que estas rinden muy poco, los atormentan hambres muy repetidas; sin contar con que no hay pais que abunde tanto en caza y pesca que pueda abastecer á la subsistencia de un pueblo numeroso, porque siempre se albergan las alimañas en los sitios mas despoblados. Por otra parte los aduares de salvages, que con-

tienen doscientos ó trescientos habitantes, separados unos de otros, y con intereses mas opuestos que los de dos imperios distintos, no se pueden ayudar unos á otros, porque no les asiste el recurso de los estados considerables, cuyas partes se corresponden y se auxilian todas recíprocamente.

Entre los salvages hay otro estilo no menos perjudicial que el primero, y es la costumbre cruel que tienen las mugeres de hacer por abortar, para que no sea causa su preñez de hacerse repugnantes á sus maridos.

En este pais hay contra este desórden tremendas leyes que rayan en furiosas. Toda muchacha soltera que no ha declarado su preñez al magistrado tiene pena de muerte, si perece su fruto, sin que le puedan servir de disculpa el pudor, la ignominia, ni tampoco los acasos fortuitos.

De Paris, á 9 de la luna de Rahmazan, 1718.

CARTA CXXI.

USBEK *al mismo.*

COMUN efecto es de las colonias enflaquecer los paises de donde se sacan, sin poblar aquellos adonde se envian. Conviene que permanezcan los hombres donde están, porque hay ciertas enfermedades que provienen de mudar de buenos ayres por malos, y otras que proceden solamente de la mudanza de ayres. Lo mismo que las plantas se impregna el ayre de las partículas de tierra de cada pais, y obra de tal manera en nosotros, que fija nuestro temperamento. Cuando nos trasladamos á otro pais caemos malos, porque estando acostumbrados los líquidos á cierta consistencia, á cierta disposicion los sólidos, y unos y otros á cierto grado de movimiento, no pueden aguantar otro distinto, y se resisten á otra modificacion cualquiera.

Cuando está un pais desierto es barrunto

de que adolece de algun achaque peculiar de la naturaleza de su terreno ó su clima, y así los que sacan á los hombres de un cielo propicio para enviarlos á semejantes paises ejecutan cabalmente lo contrario de lo que se proponen. Esperiencia tenian de esto los Romanos, que relegaban á Cerdeña á todos los delincuentes, y conducian tambien á esta isla á los judíos, consolándose facilmente de perderlos por el sumo desprecio con que miraban á estos miserables. Cuando quiso el gran Cha-Abas quitar á los Turcos la facultad de mantener numerosos ejércitos sacó á casi todos los Armenios de su pais, enviando mas de veinte mil de sus familias á la provincia de Guilan, donde perecieron casi todos en muy breve tiempo.

Nunca han sido de provecho ninguno las trasportaciones de pueblos que á Constantinopla se han hecho. No se ha llenado la América con el portentoso número de negros de que hemos hablado. Desde la destruccion de los judíos bajo Adriano está sin gente la Palestina.

Luego habremos de confesar que son casi irremediables las grandes destrucciones, porque cuando un pais llega á cierto grado de despoblacion permanece siempre en el mismo estado, y si por acaso se repone es al cabo de muchos siglos. Si en su falleciente situacion se presenta la mas leve circunstancia de cuantas he apuntado, no solo no se resarce, sino que decae de dia en dia, y se encamina á su total aniquilacion.

Hoy, como el primer dia, está resintiéndose la España de la espulsion de los Moriscos, y en vez de llenarse el hueco que han dejado se hace cada dia mayor.

Desde que los Españoles, habiendo asolado la América, esterminaron á sus antiguos moradores, sustituyéndose en su lugar, no han podido repoblarla, y muy al contrario, por una fatalidad, que pudiera mas bien llamarse justicia de Dios, se destruyen los destructores á sí propios, y se consumen todos los dias.

Así que no deben pensar los príncipes en poblar por medio de colonias dilatados

paises. No digo que no den fruto estas algunas veces, que hay tan venturosos climas que siempre se multiplica en ellos la especie; buen ejemplo son de esta verdad aquellas islas pobladas por enfermos abandonados por algunos navíos, que al punto cobraban la salud (1). Mas aun cuando prosperen dichas colonias no harán mas que dividir las fuerzas en vez de aumentarlas, como no sean de poquísima estension, cuales son las que se envian para ocupar alguna plaza para el comercio.

Los Cartagineses habian descubierto la America, como los Españoles, ó á lo menos unas islas muy grandes, con las cuales hacian un comercio inmenso, pero viendo esta prudente república que se iba disminuyendo el número de sus moradores, vedó á sus súbditos esta navegacion y este comercio.

Me atrevo á decir que en vez de que pasaran los Españoles á las Indias, con-

(1) Acaso alude el autor á la Isla de Borbon.

vendria hacer que pasaran los Indios y los Mestizos á España, convendria restituir á esta monarquía todos sus pueblos dispersos, y con tal que conservara solo la mitad de sus vastas colonias, seria la mas formidable potencia de Europa.

Los imperios se pueden comparar á un árbol, cuyas ramas, cuando son desmedidas, quitan al tronco todo el jugo, y solo sirven para dar sombra. No hay cosa mas capaz de hacer que se enmienden los príncipes de la manía de conquistar paises remotos que el ejemplo de los Españoles y Portugueses.

Habiendo conquistado estas dos naciones con increible celeridad inmensos reynos, mas atónitas con sus victorias, que con sus derrotas los pueblos vencidos imaginaron medios para conservar sus conquistas, y cada una adoptó un plan diferente.

Desconfiándose los Españoles de que se mantuvieran fieles las naciones vencidas se resolvieron á esterminarlas, reemplazándolas con una poblacion leal de España, y

nunca se ha llevado á efecto con tanta puntualidad un proyecto tan horroroso. Vióse un pueblo tan numeroso como todos juntos los de la Europa entera desaparecerse de la tierra al arribo de estos bárbaros, que con el descubrimiento de las Indias parece que pensaron en descubrir á los hombres cual era el mas alto ápice de la crueldad. Por medio de esta inhumanidad conservaron bajo su dominacion este pais. Sáquese de aquí cuan funestas son las conquistas, pues tales efectos acarrean, porque finalmente este horrendo remedio es el único. ¿Como podian, si no, mantener en la obediencia tantos millones de hombres? ¿Como habian de resistir á una guerra civil desde tan lejos? ¿Que hubiera sido de ellos, si hubieran dado lugar á estos pueblos de que se recobraran del asombro que les habia causado el arribo de estos nuevos dioses, y el miedo de sus rayos?

Los Portugueses siguieron el camino opuesto, y no cometieron crueldades, por

eso fueron en breve echados de cuantos paises habian descubierto. Los Holandeses auxiliaron la rebelion de estos pueblos, y se aprovecharon de ella.

¿A que príncipe puede parecer envidiable la suerte de estos conquistadores? ¿Quien hiciera sus conquistas con las mismas condiciones? Los unos fueron al punto espelidos de ellas; los otros las convirtieron en desiertos, y de su pais hicieron otro desierto. Estrella es de los héroes arruinarse por conquistar paises que, en un momento pierden, ó por avasallar naciones que se ven ellos propios obligados á destruir, como aquel loco que gastó todo su caudal en comprar estatuas que tiraba luego al mar, y espejos que al momento hacia mil pedazos.

De Paris, á 18 *de la luna de Rahmazan*, 1718.

CARTA CXXII.

USBEK *al mismo.*

LA suavidad del gobierno contribuye sobre manera á la propagacion de la especie. Prueba palpable son de esta verdad todas las repúblicas, y mas que todas la Suiza y la Holanda, que siendo los dos paises mas malos de Europa por la calidad de su terreno, son no obstante los mas poblados.

Nada llama tanto á los estrangeros como la libertad, y la opulencia que siempre la acompaña; la primera se hace amar por sí misma, y nuestras necesidades nos llevan á los paises donde se encuentra la otra.

En un pais donde hallan los hijos mantenimiento abundante, sin que se disminuya el de sus padres, la especie se multiplica. La propia igualdad de los ciudadanos, que por lo general produce igualdad de

caudales, infunde la abundancia y la vida en todas las partes del cuerpo político, y las esparce por todo él.

No sucede así en los paises sugetos á un poder arbitrario, que todas las riquezas las poseen el príncipe, los palaciegos y algunos particulares, mientras que gimen todos los demas en la estrema pobreza.

Si se halla uno falto de comodidades, y conoce que sus hijos han de ser mas pobres que él, ó no se casará, ó si se casa, temerá tener muchos hijos que le acabarian de dejar por puertas, y tendrian que bajar de la condicion de su padre.

Bien sé que el patan ó el jornalero una vez casado poblará sin reflexion, ora esté rico ó pobre, porque no se para en estos cuidados, que siempre tiene una herencia segura que dejar á sus hijos, que es su azadon, y nada le quita que siga ciegamente su instinto natural. ¿Mas de que sirve en un estado esa muchedumbre de chiquillos que se crian en la miseria? Casi todos ellos se mueren así que nacen,

nunca prosperan, endebles y flacos mil achaques los matan poco á poco, ó se los llevan de monton las continuas enfermedades populares, que sin cesar de la miseria y los malos alimentos se engendran; y los que de ellos se libran llegan á la edad varonil sin tener las fuerzas de hombre, y viven achacosos hasta su muerte.

Los hombres son parecidos á las plantas, que nunca vienen bien donde no están bien cultivadas: en los pueblos miserables se atrasa la especie, y á veces degenera.

Un ejemplo notable de esta asercion ofrece la Francia. En las pasadas guerras el miedo en que vivian todos los hijos de familias de que los alistaran en la milicia los obligaba á casarse en edad muy tierna, y en una pobreza estrema. Tantos matrimonios producian una multitud de muchachos que se buscan en valde en Francia, porque la miseria, las enfermedades y el hambre han acabado con ellos. ¿Y si en un cielo tan feliz, y un reino tan civilizado

como la Francia se nota semejante fenómeno, que será en otros estados?

De Paris, á 23 de la luna de Rhamazan, 1718.

CARTA CXXIII.

USBEK *al molah* MAHOMETO-ALI, *guarda de los tres sepulcros, á Com.*

¿QUE valen los ayunos de los imanes y los cilicios de los molahes? Dos veces ha descargado Dios su brazo en los hijos de la ley; el sol se oscurece, y parece que solo alumbra sus derrotas, sus ejércitos se congregan, y son disipados como el polvo.

El imperio de los Osmanlíes está quebrantado por los dos mas violentos golpes que haya recibido. Apenas le sustenta un mufti cristiano, y el gran visir de Alemania es el azote de Dios enviado para castigo de los secuaces de Omar; á todas partes le acompaña la ira del cielo eno-

jado de la rebelion y la perfidia de los Omaristas.

Tú, espíritu sagrado de los imanes, noche y dia lloras sobre los hijos del profeta descarriados por el detestable Omar; tu pecho se mueve contemplando sus desventuras; pides á Dios su conversion, y no su pérdida, y quisieras por las lágrimas de los santos verlos reunidos al estandarte de Alí, no dispersos por temor de los infieles en las arenas de los hiermos, y en las cavernas de los montes.

De Paris, á 1 de la luna de Chalval, 1718.

CARTA CXXIV.

USBEK *á* REDI, *á Venecia.*

¿CUAL podrá ser el motivo de los inmensas liberalidades con que remuneran á sus cortesanos los príncipes? ¿Quieren grangearse su afecto? Pues ya le tienen grangeado en cuanto es dable. Si por otra

parte ganan algunos de sus vasallos comprándolos, es fuerza que por la misma causa pierdan otros infinitos empobreciéndolos.

Cuando contemplo la situacion de los príncipes, siempre cercados de hombres insaciables y codiciosos, no puedo menos de compadecerlos, y todavía mas me compadecen cuando no tienen vigor para resistirse á solicitudes siempre onerosas para los que nada solicitan. Nunca oygo mentar sus liberalidades, las gracias y las pensiones que otorgan, sin abandonarme á mil reflexiones; se presentan entonces á mi ánimo mil ideas, y me parece que oygo publicar la prágmatica siguiente.

« La infatigable constancia de algunos » de mis vasallos que me piden pensiones » ha tenido en continuo ejercicio mi regia » munificencia. Al fin he cedido á la mu- » chedumbre de memoriales que me han » sido presentados, y que han constituido » hasta ahora el principal objeto de los » afanes del trono. Me han representado

» que desde el momento de mi exalta-
» cion al solio nunca han dejado de ha-
» llarse á todos los besamanos; que
» siempre los he visto por donde yo pa-
» saba sin menearse mas que un poste, y
» que se han puesto en puntillas para
» contemplar por entre la gente la sereni-
» dad de mi rostro. Tambien he recibido
» varios memoriales de personas del bello
» sexo, suplicándome que atendiese á que
» era cosa notoria lo mucho que tenian
» que gastar para mantenerse, y algunas
» ya llenas de arrugas me han represen-
» tado, meneando la cabeza, que habian
» sido la flor y el adorno del palacio de
» los reyes mis progenitores, y que si los
» generales de sus ejércitos hicieron te-
» mible el estado con sus proezas bélicas,
» ellas por su parte hicieron no menos
» famoso el palacio por sus galanteos.
» Deseando por tanto tratar con benig-
» nidad á los suplicantes, y otorgarles
» todo cuanto piden, mando lo que sigue.
» Todo labrador que tenga cinco hijos

» les cercenará cada dia la quinta parte
» de su racion de pan ordinaria. Mando
» á los padres de familias que hagan esta
» diminucion á cada uno de sus hijos con
» la mayor justicia que fuere posible.

» Prohibo formalmente á todos cuantos
» cultivan sus tierras propias, ó las dan en
» arriendo, que hagan en ellas reparacion
» ninguna, de cualquiera especie que fuere.

» Mando que toda persona que se ejer-
» citare en oficios viles y mecánicos, y
» que como tal no se ha hallado nunca
» á ningun besamanos, no pueda com-
» prar vestidos para sí, su muger y sus
» hijos, como no sea de cuatro en cuatro
» años, vedando á todos ellos, como por
» esta mi real pragmática les vedo, bajo
» las mas severas penas, que tengan las
» diversiones y banquetes que solian tener
» sus familias las fiestas principales del
» año.

» Y habiéndoseme informado que la
» mayor parte de los vecinos de mis pue-
» blos se ocupan muy de veras en casar
» á sus hijas, las cuales no tienen mas

» recomendacion en el estado que una » triste y fastidiosa modestia, mando que » esperen los padres para darles marido » hasta que habiendo llegado á la mayor » edad los obliguen á ella por sentencia de » juez, prohibiendo á los magistrados de » mis reinos que se ocupen en hacer edu- » car los hijos que de los tales matrimo- » nios nacieren ».

De Paris, á 1 de la luna de Chalval, 1718.

CARTA CXXV.

RICA *á* . . . . .

TODAS las religiones se encuentran muy apuradas, cuando tienen que dar idea de los deleites destinados á los que han vivido bien. Fácil cosa es atemorizar á los malos, amenazándolos con una dilatada serie de castigos; mas no saben que han de prometer á los hombres virtuosos. La naturaleza de los gustos parece que exige que sean de poca duracion, y apenas

puede la imaginacion figurarse otros. Descripciones he visto yo del paraiso que eran capaces de hacer que todo sugeto de sana razon renunciara de él; unos dicen que las sombras bienaventuradas tocan la flauta sin cesar; otros las condenan al suplicio de estarse eternamente paseando; por fin otros quieren que piensen en el otro mundo en las queridas que tuvieron en este, creyendo que no eran bastantes cien millones de años para que se les quitara la manía de los amorosos cuidados.

Acuérdome con este motivo de una historia que le oí contar á uno que habia estado en el pais del Mogol, y que prueba que no son menos estériles que los demas los sacerdotes indios, en las ideas que de la felicidad de los bienaventurados se forman.

Una muger que acababa de perder á su marido vino á pedir con toda ceremonia al gobernador de la ciudad que le diera licencia para quemarse, pero como los mahometanos abrogan cuanto pueden este inhumano estilo en lo p aises sugetos á su

dominio, se la negó redondamente. Viendo la viuda que eran inútiles sus ruegos se encendió en una rabiosa cólera, y empezó á dar gritos diciendo: ¡vean que tirania! No dejar á una pobre muger siquiera que se queme cuando se le antoje! ¿Hase visto cosa semejante? Pues muy bien se quemaron mi padre, mi tía y mis hermanas. Y porque yo vengo á pedir su venia para quemarme á este maldito gobernador, se enfada, y da gritos como un loco.

Hallábase allí por casualidad un bonzo jóven. Infiel, le digo el gobernador, ¿eres tu quien ha metido este disparate á esta muger en los cascos? No por cierto, respondió el bonzo, nunca le he hablado de tal cosa; pero si quiere creerme consumará el sacrificio, y hará una obra grata al Dios Brama, que le dará la merecida recompensa, poniéndola en el otro mundo junto á su marido, donde volverá á empezar segundo y perdurable matrimonio. Que decis? replicó pasmada la muger. ¡Con que he de ver otra vez á mi marido!

Pues si eso es, no me quemo. Si era un hombre zeloso, gruñon, y con eso tan viejo, que á menos que haya hecho el Dios Brama algun milagro con él, para nada me necesitaba. ¡Quemarme yo por él! ni siquiera una uña, aunque fuera para sacarle de lo profundo de los infiernos. Buen cuidado tenian dos bonzos viejos que me traian engañada, y que sabian lo mal que nos llevábamos él y yo, de no decirme lo que habia. Si no tiene otro regalo que hacerme el Dios Brama, doy una higa de su bienaventuranza. Mahometana me hago, señor gobernador. Y vos, continuó volviéndose al bonzo, ya podeis, cuando querais, ir á decir á mi marido, que estoy con mucha salud para servirle.

De París, á 2 de la luna de Chalval, 1718.

CARTA CXXVI.

RICA á USBEK. *d*....,

AUNQUE te aguardo para mañana te envio tus cartas de Ispahan. Las mias me dicen que ha tenido órden el embajador del Gran-Mogol de salir del reino, añadiendo que han arrestado al príncipe, tio del Rey, y encargado de su educacion, y le han puesto en un castillo, donde le guardan con mucho rigor, habiéndole privado de todos sus cargos. Mucho me duele la suerte de este príncipe, y le compadezco de veras.

Confiésote, Usbek, que nunca he visto verter lágrimas á nadie sin enternecerme; la humanidad se me representa en favor de los desgraciados, como si fueran ellos los únicos hombres, y hasta los magnates, que mira mi corazon con cierto desamor mientras ocupan altos cargos, tienen en mí un amigo así que caen. ¿Y efectiva-

mente de que les sirve en la prosperidad un inútil cariño, que nos acerca á igualarnos con ellos. Empero cuando han caido de su elevacion solo nuestros lamentos les traen á la memoria la idea de lo que fueron. Me parece muy natural, y no menos noble la espresion de un príncipe que estando para caer en manos de sus enemigos, dijo, mirando los llantos de sus cortesanos: vuestras lágrimas me prueban que todavía soy vuestro rey.

De Paris, á 3 de la luna de Chalval, 1718.

CARTA CXXVII.

RICA *á* IBEN, *á Esmirna.*

MIL veces has oido hablar del rey de Suecia. Pues estando sitiando una plaza en un reino que llaman la Noruega, y visitando la trinchera solo con un ingeniero, ha recibido una herida en la cabeza, de la cual ha muerto. Al punto ha sido

arrestado su primer ministro, se han juntado los estados, y le han condenado á que le corten la cabeza, en pena de un enorme delito que le achacaban, que era haber calumniado la nacion, quitándole á su rey la confianza en ella; atrocidad que á mi ver es digna de mil muertes. Porque finalmente ¿si es una accion inicua poner mal al postrero de los vasallos con su príncipe, que será calumniar la nacion entera, y quitarle la estimacion de aquel que estableció la providencia para labrar su felicidad?

Quisiera yo que hablaran los hombres con los reyes, como hablan los ángeles con nuestro sagrado profeta.

Ya sabes que en los sacrosantos banquetes, donde desciende el señor de los señores del trono mas sublime del mundo para comunicarse con sus esclavos, me he prescrito la inviolable ley de cautivar una lengua indócil, y nunca me han oido soltar una palabra que pudiera ser amarga para el último de su vasallos. Cuando ha

sido fuerza que dejara ser sobrio, nunca he dejado de ser hombre de bien, y si á veces en esta prueba de lealtad he espuesto mi vida, nunca he aventurado mi virtud.

No se como es que nunca hay príncipe tan malo que no lo sea todavía mas su ministro. Si hace una mala accion casi siempre se la han aconsejado, de modo que nunca es tan peligrosa la ambicion como la villanía de alma de sus consejeros. ¿Pero como puedes entender que un hombre que solo de ayer acá es ministro, y que acaso no lo será mañana, se torne en un instante enemigo capital de sí propio, de su familia, de su patria, y de todas las generaciones venideras del pueblo que va á oprimir? Un príncipe tiene pasiones; su ministro las atiza, dirigiendo al fin de satisfacerlas las funciones de su ministerio, sin conocer otro objeto, ni querer conocerle. Los palaciegos le seducen con sus lisonjas, y él le adula de un modo mas peligroso con sus falaces consejos, con las

revoluciones

resoluciones que le inspira, y las máximas que le dicta.

De Paris, á 25 de la luna de Safar, 1719.

CARTA CXXVIII.

RICA *á* USBEK, *á*.....

EL dia pasado iba por el Puente-Nuevo con uno de mis amigos, el cual se encontró con un conocido suyo que me dijo que era un geómetra, y bien se le echaba de ver, porque estaba absorto en meditacion tan profunda que fué menester que le tirara mi amigo de la casaca, y que le diera dos ó tres empujones, para que reparase en él; tan preocupado le tenia una curva que le atormentaba acaso mas de ocho dias hacia. Los dos se hicieron muchos cumplidos, y se dijeron mutuamente varias novedades literarias, y razonando de esto llegaron á la puerta de un café, donde entré yo con ellos.

Reparé que á nuestro geometra le recibia toda la gente con mucho agasajo, y que hacian los mozos del café mas aprecio de él que de dos carabineros que en un rincon estaban. Me pareció que tambien él se encontraba muy gustoso, porque se le desarrugó un poco el semblante, y se echó á reir, lo mismo que si no tuviera la mas leve nocion de geometría. No obstante, su entendimiento medido á compas pesaba todo cuanto en la conversacion se decia, semejándose á aquel que con una espada cortaba en su jardin cuantas flores sobresalian sobre las demas. Mártir de su exactitud le ofendia un dicho agudo, como se ofende una vista flaca de una luz muy viva. Cosa ninguna era indiferente para él, con tal que fuese cierta, y en consecuencia era muy rara su conversacion. Aquel dia venia del campo con otro que habia visto una soberbia quinta y magníficos jardines, y lo único que él habia visto era un edificio de sesenta pies de largo, y treinta y cinco de ancho, y un bosque quadrilongo de diez

fanegas de tierra. Hubiera querido que se hubiesen observado de tal modo las leyes de la perspectiva que las calles de árboles hubieran parecido de igual anchura en toda su estension, para lo cual habria él enseñado un método infalible. Le gustó mucho un cuadrante que habia visto de estructura muy particular, y se enfadó con un erudito que estaba á mi lado que por desdicha le preguntó si señalaba el tal cuadrante las horas babilónicas. Habló un novelista del bombardeo de Fuenterabía, y al punto nos esplicó él las propiedades de la linea que habian descrito en el ayre las bombas, y gozoso con saber esto se empeñó absolutamente en ignorar en que paró el bombardeo. Se quejó uno de que el hibierno anterior le habia dejado pereciendo una riada, y le dijo el geómetra: tengo infinita satisfaccion en saberlo, porque veo que no me equivoqué en mis observaciones, y que este año han caido por lo menos dos pulgadas de agua mas en la tierra que el pasado.

De allí á poco se marchó y nos fuimos detras. Como andaba muy de priesa, y no se curaba de mirar adelante, le encontró derechamente otro, y se dieron una valiente topetada, de cuyo choque rebotó cado uno por su parte, en razon recíproca de su velocidad y sus masas. Cuando volvieron algo en sí de su atolondramiento dijo el otro al geometra, poniéndose la mano en la frente; mucho celebro que me haya Vd. dado una cabezada, porque tengo una gran novedad que decirle, y es que acabo de publicar mi Horacio. ¿Pues como, dijo el geómetra, si ha dos mil años que está publicado? No me entiende Vd. replicó el otro; es una version de este autor antiguo que acabo de dar á luz, que hace veinte años que me ocupo en traducirle. ¡Con que hace veinte años, le dijo el geometra, que Vd. no piensa! Quiere decir que habla Vd. en vez de los otros, y los otros piensan en vez de Vd. ¿Pues cree Vd., le respondió el erudito, que no he sido my útil al público, familiarizándole

con la lectura de los buenos autores? = No digo eso, que aprecio como el que mas los sublimes ingenios que Vd. viste de arrapiezos, pero Vd. no se les parece, porque si traduce siempre jamas le traducirán. Las versiones son como las monedas de cobre, que puesto que valgan tanto como una de oro, y sean mas útiles para el uso de la gente, siempre son malas y de baja ley.

Dice Vd. que quiere resuscitar entre nosotros esos ilustres muertos, y confieso que les da un cuerpo, pero no los vuelve á la vida, porque les falta aquel espíritu que los animaba.

¿Porque no se aplica Vd. mas bien á la investigacion de tantas verdades sublimes, como cada dia nos enseña á descubrir un cálculo muy fácil? Habiéndole dado este consejo de amigo se separaron muy descontentos, segun creo, uno de otro.

De Paris, el postrero de la luna de Rebiab, 2, 1719.

CARTA CXXIX.

USBEK *á* REDI, *á Venecia.*

Los mas de los legisladores han sido hombres de cortas luces que ha puesto el acaso á la cabeza de los demas, y casi nunca han seguido mas norte que sus antojos ó sus preocupaciones, y como si hubiesen desconocido la alteza y la dignidad de la obra que hacian, se han divertido en imaginar pueriles instituciones, conformándose á la verdad con el gusto de los ánimos apocados, pero desacreditándose con los hombres de sana razon. Circunstanciando inútiles menudencias se han metido en los casos particulares; lo cual indica una mezquina inteligencia que solo por partes ve las cosas, y nada abraza de una vista general.

Algunos han tenido la afectacion de valerse de otro idioma que el vulgar; cosa disparatada en un legislador; ¿porque como se han de observar las leyes, si no se conocen?

No pocas veces han abrogado sin necesidad las que veian establecidas, que es decir que han acarreado á los pueblos los desórdenes imprescindibles de una mudanza.

Verdad es que por una estravagancia que mas bien procede de la naturaleza que del espíritu humano, es necesario á veces mudar ciertas leyes; pero estos casos son muy raros, y cuando suceden se ha de tocar á ellas temblando, y se han de observar tantas solemnidades, y poner tantas precauciones, que coliga naturalmente el pueblo que son las leyes una cosa sacrosanta, pues tantas formalidades son indispensables para abrogarlas.

A veces las han hecho muy sutiles, antes siguiendo conceptos lógicos que la natural equidad. Mas adelante han parecido muy duras, y por espíritu de equidad se ha creido que se debian eludir; remedio que era nuevo mal. Sean las que fueren las leyes, siempre se han de obedecer, mirándolas como la conciencia pública, á la cual se debe conformar en todo caso la de los particulares.

Confieso no obstante que han puesto algunos legisladores mucho esmero en una cosa que indica que fueron muy prudentes, y es en dar á los padres mucha autoridad en sus hijos. Cosa ninguna alivia mas á los magistrados, ninguna despeja tanto los tribunales, finalmente ninguna conserva mas sosiego en el estado, donde siempre las costumbres hacen mejores á los ciudadanos que las leyes. Esta potestad es aquella de que menos los hombres abusan; es la mas sagrada de las magistraturas; la única que no estriba en convenios, y es anterior á los convenios todos.

En los paises donde se ponen á cargo de los padres de familias mas castigos y mas recompensas se nota que hay mas órden en las familias. Los padres son vivos simulacros del criador del universo, el cual aunque pudiera guiar á los hombres por su amor, no deja de estrecharlos tambien con él por los vínculos de la esperanza y el temor.

No quiero concluir esta carta sin anotarte lo disparatado del espíritu frances. Dicen

que de las leyes romanas han conservado una infinidad de cosas inútiles, y aun perjudiciales, y no han adoptado la potestad paternal que habian aquellas establecido como la primera autoridad legítima.

De Paris, á 4 de la luna de Gemadí, 2, 1719.

CARTA CXXX.

RICA *á* ....

En esta te hablaré de cierta nacion que llaman los noveleros, los cuales se juntan en un magnífico jardin, donde siempre halla ocupacion su ociosidad. Estos son los miembros mas inútiles del estado, y cincuenta años de sus habladurías han producido el mismo efecto que hubiera resultado de cincuenta de silencio, y no obstante se creen sugetos de importancia, porque discurren sobre magníficos proyectos, y ventilan los mayores intereses.

Es el fundamento de sus conversaciones

una frívola y risible curiosidad; no hay tan secreto gabinete que no presuman penetrarle; no pueden creer que ignoran cosa ninguna, saben cuantas mugeres tiene nuestro magnífico sultan, cuantos chiquillos les hace cada año, y sin gastar nada en espías están al cabo de las medidas que toma para ajar la soberbia de los emperadores de la Turquía y el Gran-Mogol.

No bien han concluido con lo presente cuando se lanzan en el tiempo venidero, y tomando la delantera á la Providencia, se sustituyen á ella en todas las acciones humanas. Cogen de la mano á un general, y alabándole por mil disparates que no ha hecho, le prescriben otros mil que no hará tampoco. Lo mismo hacen volar los ejércitos que grullas, y derriban murallas como pedazos de carton: tienen puentes en todos los rios, sendas ocultas en todos los montes, y almacenes inmensos en los desiertos arenales; lo que no tienen es sentido comun.

Un sugeto que vive conmigo recibió la siguiente carta de un novelista, que copié yo por parecerme muy particular, y decia así:

« Muy señor mio: rara vez me engaño » yo en mis conjeturas sobre asuntos po- » líticos. El dia primero de Enero de » 1711 pronostiqué que se moriria el em- » perador Josef aquel mismo año: verdad » es que como estaba bueno y sano, te- » miendo que se rieran de mí, si me » esplicaba con claridad, lo anuncié en » términos algo enigmáticos, pero muy » bien me entendieron los que saben dis- » currir. El 17 de abril del mismo año » se murió de viruelas.

» Así que se rompió la guerra entre el » Emperador y los Turcos, fuí á buscar » á todos los tertulianos á las Tullerías, y » reuniéndolos junto al estanque les pro- » nostiqué que Belgrado iba á ser sitiado, » y que se rendiria. Tuve la fortuna de » ver mi anuncio verificado. Bien es ver- » dad que á la mitad del sitio aposté cien

» doblones á que le tomarian el dia 18
» de agosto (1), y no se rindió hasta el
» 19. ¿Es posible perder con tan buenos
» naypes?

» Cuando ví que desembarcaba en Cer-
» deña la escuadra española, pensé que
» conquistaria esta isla, así lo dije, y así
» fue. Ufano con este acierto añadí que
» esta victoriosa escuadra desembarcaria
» en Final, para conquistar el Milanesado,
» y hallando que se resistian á admitir
» esta idea, la quise sustentar con gloria;
» aposté pues cincuenta doblones, y tam-
» bien los perdí; porque el maldito Al-
» beroni, no obstante la fe de los tratados,
» envió á Sicilia su escuadra, engañando
» á la par á dos grandes políticos, el
» duque de Saboya y yo.

» Todo esto, señor y dueño mio, de
» tal manera me ha sacado de mis casillas,
» que estoy resuelto á pronosticar siem-
» pre, sin apostar nunca. En otro tiempo

(1) Año 1717.

» no se conocia en las Tullerías el estilo
» de apostar; y no le consentia el señor
» conde de Lione difunto, pero desde que
» se ha metido entre nosotros una caterva
» de pisaverdes, no sabemos donde esta-
» mos, y apenas abrimos la boca para
» decir una novedad, cuando uno de estos
» mozalvetes propone una apuesta por la
» contraria. El otro dia, cuando abria yo
» mi manuscrito, y me ponia los anteojos
» en las narices, aprovechándose uno de
» estos saltimbanquis del intervalo del pri-
» mer vocable al segundo, me dijo ;
» apuesto cien doblones á que eso es men-
» tira. Yo hice como que no habia oido
» este disparate, y leyendo en voz mas
» recia continué diciendo : Habiendo sa-
» bido el señor mariscal de..... Es falso,
» me interrumpió el de la apuesta; siem-
» pre nos viene Vd. con noticias dispara-
» tadas; todo eso no lleva sentido comun.
» Ruego á Vd., señor mio, que me haga
» el gusto de prestarme treinta doblones,
» porque le confieso que me han atrasado

» mucho estas apuestas. Envio á Vd. copia
» de dos cartas que tengo escritas al mi-
» nistro, y quedo, *etc.*

CARTAS DE UN NOVELISTA AL MINISTRO.

Es.mo Señor,

» Yo soy el vasallo mas zeloso del bien
» público que tiene S. M. Yo fuí quien
» obligué á uno de mis amigos á ejecutar
» el proyecto que habia yo formado de
» un libro que demostraba que Luis el
» Grande era el mas grande de cuantos
» príncipes han merecido el renombre de
» Grande. Mucho tiempo hace que estoy
» componiendo otra obra que será todavía
» mas honrosa para nuestra nacion, si se
» digna V. E. de protegerla, siendo mi
» ánimo probar que desde el orígen de la
» monarquía nunca han sido vencidos los
» Franceses, y que cuanto han dicho los
» historiadores de nuestras derrotas son
» meras imposturas. Me veo precisado á
» rectificarlos en muchos pasages, y me

» lisongeo de que lo que mas en mi obra
» luce es la sana crítica. Quedo Es.mo Se-
» ñor, *etc.*

Es.mo Señor,

» Habiendo perdido al señor conde de
» Lione, suplicamos á V. E. que nos per-
» mita nombrar un presidente, porque se
» han introducido tantos desórdenes en
» nuestras conferencias, que no se tratan
» los asuntos de estado con la misma ma-
» durez que antes. Nuestros mozos viven
» sin tener absolutamente respeto ninguno
» á los ancianos, y sin disciplina entre
» ellos, y forman el mismo consejo que
» el de Roboan, donde los mozos hacian
» callar á los viejos. Inútilmente les re-
» presentamos que éramos posesores pací-
» ficos de las Tullerías veinte años antes
» que vinieran ellos al mundo, y creo
» que al cabo nos echarán de ellas, y
» obligados á abandonar este sitio, donde
» tantas veces hemos hecho aparecer las
» sombras de nuestros héroes franceses,

» será fuerza que vayamos á tener nues-
» tras conferencias al jardin botánico, ú
» á otro parage mas distante todavía.
» Quedo, *etc.* »

De Paris, á 7 de la luna de Gemadí, 2, 1719.

CARTA CXXXI.

REDI *á* RICA, *á Paris.*

UNA de las cosas que mas han ejercitado mi curiosidad desde mi arribo á Europa ha sido la historia y el orígen de las repúblicas. Ya sabes que ni siquiera tienen idea de este gobierno los Asiáticos y que no les ha podido sugerir todavía su imaginacion que haya en la tierra otro que el despótico.

Los primeros gobiernos que conocemos eran monárquicos; solo por acaso y en la serie de los siglos se formaron las repúblicas.

Habiéndose anegado la Grecia en un diluvio la vinieron á poblar nuevos moradores.

dores. Casi todas estas colonias eran de Egipto y de los paises mas inmediatos del Asia, y estando regidos por reyes todos estos paises, los pueblos que de ellos salieron adoptaron el mismo gobierno. Mas habiéndose agravado en demasía la tiranía de estos príncipes, sacudieron el yugo, y de la ruina de tantos reynos nacieron aquellas repúblicas que tanto hicieron florecer la Grecia, única nacion civilizada en medio de la barbarie.

Por largo espacio de tiempo mantuvieron independiente la Grecia el amor de la libertad y el odio de los reyes, estendiéndose el gobierno republicano. Las ciudades griegas hallaron aliados en el Asia menor, adonde enviaron colonias tan libres como ellas, que les sirvieron de baluarte contra los embates de los reyes de Persia. No contenta con esto la Grecia pobló la Italia, y esta á España y acaso las Galias. Sabemos todos que la Hesperia Magna, tan célebre en la antiguedad, fué al principio la Grecia, que consideraban los pueblos comarcanos como

la mansion de la felicidad: los Griegos que no la hallaban en su propio pais la fueron á buscar á Italia, los de Italia á España, los de España á la Bética ó Portugal, de manera que todas estas regiones fueron nombradas Hesperia por los antiguos. Las colonias Griegas traian consigo aquel espíritu de libertad en que se habian empapado en su venturoso pais: por eso en aquellos remotos siglos apenas vemos una monarquía en la Italia, la España ni las Galias. En breve verás que no eran menos libres los pueblos del Norte y la Alemania, y si encontramos en ellos vestigios de monarquía consiste en que han llamado reyes á los caudillos del ejército ó de la república.

Así se gobernaba la Europa, porque en cuanto al Africa, y el Asia siempre han estado abrumadas bajo el despotismo, exceptuando unas pocas ciudades del Asia menor de que ya hemos hablado, y en Africa la república de Cartago

Dividióse el orbe entre dos poderosas repúblicas, la de Roma y la de Cartago.

Nadie ignora cual fué la cuna de la república Romana; el orígen de Cartago nadie le sabe; ni se conoce la serie de príncipes Africanos desde Dido, ni como perdieron su poder. Mucha dicha hubiera sido para el universo el portentoso engrandecimiento de la república romana, si no hubiera mediado una injusta desigualdad entre los ciudadanos romanos y los pueblos vencidos; si hubieran dado una autoridad menos ilimitada á los gobernadores de las provincias; si se hubieran observado las sagradas leyes hechas para reprimir su tiranía, y si no se hubieran valido los próconsules para eludirlas de los mismos tesoros que á poder de injusticias habian amontonado.

César oprimió la república romana, sugetándola á un poder arbitrario, y gimió largos siglos la Europa bajo un gobierno militar y violento, convertida la blandura romana en una cruda opresion.

Salieron entre tanto del norte infinitas naciones desconocidas, que se esparcieron á guisa de torrentes por las provincias

romanas, y que encontrando no menos fácil hacer conquistas que ejercitar piraterías, desmembraron el imperio fundando reinos. Estos pueblos eran libres, y en tal manera coartaban la autoridad de sus reyes que no eran propiamente mas que sus caudillos ó sus generales; por tanto estos reynos, puesto que fueron fundados por la fuerza, sintieron poco el yugo del vencedor, mientras que los pueblos del Asia, como por ejemplo los Turcos y los Tartaros, sugetos á la voluntad de un hombre solo, cuando hacian conquistas solo pensaban en dar á su dueño nuevos vasallos, y cimentar con las armas su potestad violenta. Al contrario libres en su pais los pueblos del Norte, cuando se apoderaron de las provincias romanas no dieron mucha autoridad á sus caudillos, y aun algunos de ellos, como los Vándalos en Africa y los Godos en España, así que no estaban satisfechos con sus reyes los deponian. Los otros habian coartado la potestad del príncipe de mil modos dife-

rentes; una infinidad de señores entraban á la parte en ella; no se declaraban las guerras sin su consentimiento; se repartian los despojos entre el caudillo y los soldados; ninguno de los pechos era para el príncipe; y se hacian las leyes en las asambleas de la nacion. Estos eran los principios fundamentales de todos cuantos estados con los destrozos del imperio romano se formaron.

De Venecia, á 20 de la luna de Rhegeb, 1719.

CARTA CXXXII.

RICA *á*.....

CINCO ó seis meses hace que estuve en un café, donde reparé en un caballero muy decente, á quien todo el mundo estaba escuchando. Hablaba este de la dicha de vivir en Paris, lamentándose de su situacion que le obligaba á irse á aburrir á una provincia. Mil doblones tengo de

renta, decia, en bienes raices, y me tendria por muy mas dichoso, si poseyese no mas que la cuarta parte de mi caudal en dinero físico y letras de cambio. Cuanto mas apuro á mis arrendatarios, cuanto mas costas les cargo, están ellos mas insolventes, y nunca he podido verme con cien doblones juntos. Con dos mil duros que debiera me embargarian todas mis tierras, y tendria que irme á un hospital.

Yo me salí sin hacer caso de este razonamiento; pero hallándome ayer en el barrio, entré en el mismo café, y oí á un sugeto grave, de rostro amarillo y enjuto, que en medio de cinco ó seis interlocutores parecia triste y pensativo ademas, y que soltando á deshora la tarabilla, en voz descompasada dijo: perdido soy, señores, no tengo para vivir. En mi gabeta hay ochenta mil duros en vales y sesenta mil en plata, y me encuentro en la mas horrorosa situacion. Me habia creido rico, y tengo que irme á un hospicio. Si tuviera

siquiera un miserable cortijo adonde retirarme, sabria que tenia con que vivir, pero no tengo ni tanta tierra como coge la copa de mi sombrero.

Volví por casualidad la cabeza al otro lado, y ví otro que hacia mas visages que un energumeno. ¿De quien se ha de fiar uno? clamaba. Un bribon que creia yo que era amigo mio, y á quien le habia prestado mi dinero, me le ha vuelto. ¡Que solemne picardía! Por mas que él haga, nunca le podré mirar como hombre de bien.

Junto estaba uno muy mal vestido que decia, alzando los ojos al cielo: bendiga Dios los planes de nuestros ministros, y ojalá que suban á dos mil las acciones, y que se pongan todos los lacayos de Paris mas ricos que sus amos. Llamóme la curiosidad, y pregunté quien era. Es un hombre muy pobre, me dijeron, que ejercita una pobre profesion, porque es genealogista, y espera que le rendirá mucho su arte, si siguen los nuevos caudales, porque la necesitarán los ricos de cuño reciente

para reformar sus apellidos, desenvillanar á sus antepasados, y hacer sus escudos de armas. Como se figura que va á ennoblecer á cuantos quisiere, no cabe en sí de gozo, viendo cuantos parroquianos tendrán que acudir á él.

Finalmente ví entrar un viejo macilento y amojamado, que antes que se sentase conocí que era novelista. No era este de los que resisten á todos los reveses con impávido pecho, y siempre pronostican victorias y trofeos, por lo contrario era uno de aquellos temblones que solo anuncian novedades funestas. Muy mal van los asuntos, dijo, en España, que no tenemos caballería en la frontera, y es de recelar que el príncipe Pio, que tiene un cuerpo numeroso de ella entre á saco todo el Lenguadoc. En frente de mí estaba un filósofo muy despilfarrado que lastimándose del novelista se encogia de hombros, cuando el otro levantaba la voz. Arrimándose por fin á mí me dijo al oido: ¿que le parece á Vd. de este majadero que nos

está hablando una hora ha de sus temores de los sucesos del Lenguadoc, y yo que descubrí ayer tarde una mancha en el Sol, que con poco que crezca podrá estorbarle que vivifique toda la naturaleza, no he dicho ni una palabra á nadie.

De Paris, á 17 de la luna de Rahmazan, 1719.

CARTA CXXXIII.

RICA *á*.....

EL otro dia fuí á ver una biblioteca á un vasto convento de dervises, que son como sus depositarios, pero con la obligacion de dejar entrar á todo el mundo á ciertas horas. A la entrada ví á un grave personage paseándose en medio de una muchedumbre inumerable de volúmenes que en torno de él habia. Me llegué á él y le rogué que me dijese que libros eran algunos de aquellos que mas bien encuadernados estaban. Caballero, me respon-

dió, yo vivo aquí en pais estraño, y no conozco á nadie. Otros muchos me hacen la misma pregunta, pero ya ve Vd. que no tengo yo de ir ahora á leer todos esos libros para satisfacer á ella: para eso está mi bibliotecario que le responderá. De dia y de noche trabaja por descifrar cuanto Vd. está mirando, que es un hombre que no vale para nada, y es una carga para el convento, porque nunca se emplea en negocios de la comunidad..... Pero perdone Vd. que tocan al refectorio, y los que son, como yo, la cabeza de la comunidad han de ser los primeros para todos los ejercicios. Diciendo esto me echó fuera el fraile, cerró la puerta, y se desapareció como un relámpago.

De Paris, á 21 de la luna de Rahmazan, 1719.

CARTA CXXXIV.

RICA *al mismo.*

AL dia siguiente volví á la misma biblioteca, y me encontré con un hombre muy diferente del que habia visto la vez primera. Tenia cara de sugeto de entendimiento, trazas de hombre natural, y modales muy afables. Así que le dije lo que deseaba saber me prometió satisfacer mi curiosidad, y como estrangero instruirme tambien.

¿Padre, le dije, que son esos tomos gruesos que ocupan todo ese lado de la biblioteca? Esos son, me respondió los intérpretes de la Escritura. Muchos hay, le dije; menester es que estuviese antiguamente muy oscura la escritura, y que ahora esté muy clara. ¿Quedan todavía algunas dudas? ¿hay pasages contestados? ¡Que si hay, Dios mio, que si hay! me respondió; tantos casi como renglones. Si! le repliqué ¿Pues de que sirven todos esos

autores? Esos autores, siguió él, no han indagado en la escritura lo que se debe creer, sino lo que ellos creian, ni la han reputado por un libro que contenia los dogmas que debian admitir, sino como una obra que podia dar autoridad á sus propias ideas; por eso han estragado todos sus sentidos, y han puesto á cuestion de tormento todos sus pasages. La escritura es un pais donde hacen correrías los sequaces de todas las sectas, entrándole como á saco; un campo de batalla donde se envisten las naciones enemigas que se encuentran, lidian, y pelean de mil maneras.

Junto á los intérpretes tiene Vd. los libros ascéticos ó de devocion, luego los de moral muy mas útiles, los de Teología ininteligibles por dos razones, por las materias que tratan, y por el modo de que las tratan; las obras de los místicos, ó los devotos tiernos de corazon. Ha, padre, le dije, vamos mas despacio, digáme Vd. algo de estos místicos. Caballero, me dijo, la devocion inflama un pecho inclinado á la

terneza, y dirige al cerebro espíritus animales que tambien le inflaman, y de aquí proceden los éxtasis y los arrobamientos. Este estado es el delirio de la devocion, que muchas veces se perfecciona, ó mas bien degenera en el quietismo: ya sabe Vd. que no es otra cosa un quiestista que un hombre loco, devoto y libertino.

Ahí tiene Vd. á los casuistas que sacan á la luz del dia los secretos de la noche, que se fraguan en su imaginacion cuantos monstruos puede producir el demonio del amor, los reunen y los comparan, haciéndolos eterno objeto de sus meditaciones; felices si no entra tambien á la parte su propio corazon, haciéndose cómplice de tantos desórdenes con tanta naturalidad descritos, y tan sin rebozo retratados.

Ya ve Vd., caballero, que pienso con libertad, y que le digo todo cuanto pienso. Naturalmente soy ingenuo, y todavía, mas con un estrangero que quiere saber las cosas, y saberlas como ellas son. Bien hubiera podido hablarle á Vd. de todo esto con ad-

miracion, diciéndole sin cesar, son obras divinas, libros respetables, escritos maravillosos; y una de dos, ó le engañaria yo á Vd., ó me miraria Vd. á mí con desprecio.

En esto estábamos, cuando llamaron para no sé que asunto al dervis, y quedó interrumpida nuestra conversacion hasta el dia siguiente.

De Paris, á 23 de la luna de Rahmazan, 1719.

CARTA CXXXV.

RICA *al mismo.*

A la hora señalada volví y me condujo mi hombre justamente al sitio donde me habia dejado. Esos son los gramáticos, me dijo, los glosantes, y los comentadores. ¿Padre, le dije, no pueden dispensarse todos esos autores de tener sentido comun? Sí que pueden, me respondió, y así lo hacen, sin que sean por eso peores sus escritos: cosa

muy cómoda para los escritores. Así es la verdad, le dije, y no pocos filósofos conozco yo que no harian mal en aplicarse á ese género de ciencias

Luego vienen, siguió él, los oradores que tienen habilidad para persuadir sin tener razon, y los geómetras que obligan á uno á que se persuada, aunque no quiera, y le convencen tiránicamente. Aquí están los libros de metafísica, que tratan de tan grandes intereses, y donde se encuentra á cada paso lo infinito; los de física que no encuentran menos portentosa que la economía de este vasto universo la máquina mas sencilla de nuestros artesanos. Los libros de medecina; monumento de la fragilidad de la naturaleza, y del poder del arte, que infunden pavor, aun cuando tratan de las mas leves dolencias, mostrándonos la muerte por inevitable término de ellas, y nos dejan enteramente serenos cuando hablan de las virtudes de los específicos, que, segun ellos, bastan para hacernos inmortales.

Junto á ellos están los de anatomía, que no tanto contienen la descripcion de las partes del cuerpo humano, como los nombres bárbaros que les han puesto, sin sanar con ellos ni al enfermo de su achaque, ni al médico de su ignorancia.

Esa es la química que unas veces reside en los hospitales, y otras en las casas de locos, siendo igualmente buenos para ella ambas mansiones.

Ahí tiene Vd. los libros de la ciencia, mejor diré de la ignorancia oculta; como son los que contienen cosas de hechicería, execrables segun los mas, risibles, á mi ver; como lo son tambien los de astrología judiciaria. ¿Que dice Vd. padre? ¡los libros de astrología judiciaria! repliqué con mucha viveza. Pues si son esos los que mas en Persia apreciamos, los que son norma de todas las acciones de nuestra vida, y el norte de todos nuestros proyectos. Los astrólogos son propiamente nuestros directores, y aun los que gobiernan el estado. Siendo así, me respondió, viven Vds. bajo

un

un yugo muy mas duro que el de la razon; y su imperio es el mas raro del mundo. Mucho me compadece una familia, y todavía mas una nacion que así se deja dominar de los planetas. Nos servimos, repuse, de la astrología, como Vds. del álgebra, que en cada nacion hay su ciencia por donde regula ella su política. Nunca han hecho todos los astrólogos juntos en nuestra Persia tantos disparates, como ha hecho aquí uno solo de vuestros algebristas. ¿Cree Vd. que no es el concurso fortuito de los astros una regla tan cierta como los soberbios razonamientos de vuestro fabricante del sistema? Si contáramos los votos sobre la materia en Francia y en Persia, no seria chico triunfo el de la astrología, y veria Vd. si salian ayrosos los calculistas, y la tremenda consecuencia que contra ellos se podria sacar. Interrumpióse aquí la disputa, y fue menester separarnos.

De Paris, á 26 de la luna de Rahmazan, 1719.

CARTA CXXXVI.

RICA *al mismo.*

A la siguiente conferencia me llevó el docto dervis á un gabinete particular. Estos son, me dijo, los libros de historia moderna. Los primeros que Vd. ve son los historiadores de la iglesia y los papas; libros que compuestos para mi edificacion producen en mí un efecto diametralamente opuesto.

Luego vienen los que tratan de la decadencia del formidable imperio romano, formado de las ruinas de tantas monarquías, y de cuya caida tantas nuevas se formaron. Apareciόse á deshora una infinita muchedumbre de pueblos bárbaros, tan desconocidos como los paises donde moraban, que le inundaron, le asolaron, le destrozaron, y fundaron todos los reinos que ahora en Europa existen. Estos pueblos propiamente no eran bárbaros,

pues eran libres, pero se han convertido en tales desde que rindiéndose los mas de ellos á la potestad absoluta, han perdido la dulce libertad, tan conforme con la razon, con la humanidad y con la naturaleza.

Aquí están los historiadores del imperio de Alemania, que no es mas que sombra del primer imperio, pero que, segun yo pienso, es la única potencia en la tierra que no se ha debilitado con su division, y tambien creo que sea la única que se ha fortalecido en proporcion de sus pérdidas, y que si es lenta en sacar ventaja de sus triunfos, las derrotas la tornan invencible.

Esos otros son los historiadores de Francia, donde vemos formarse y morir dos veces la potestad real, renacer luego, y no medrar por espacio de muchos siglos, pero que cobrando insensiblemente fuerza, crece por todas partes, encumbrándose á su mas alto ápice; semejante á aquellos rios que en su curso pierden sus aguas, ó

se meten debajo de tierra, pero que saliendo de nuevo, hinchados con los que en ellos se desaguan, arrastran con violencia todo cuanto á su corriente se resiste.

Aquellos representan la nacion española saliendo de las breñas de los montes; los príncipes mahometanos tan lentamente vencidos, como fueron rápidas sus victorias; tantos reinos reunidos en una vasta monarquía que casi llegó á ser la única, hasta que con su propia grandeza y su falaz opulencia abrumada, perdió su fuerza y su reputacion, sin conservar mas que la vana arrogancia de su antiguo poderío.

Esos son los historiadores de Inglaterra, donde vemos la libertad salir continuamente de las hogueras de la discordia y la sedicion, vacilante siempre el príncipe en un trono incontrastable; y una nacion impaciente, y cuerda hasta en sus mismos furores, que señora del mar enlaza (cosa hasta entonces sin ejemplar) el imperio con el comercio.

Junto están los historiadores de la otra reina del mar, la república de Holanda, tan respetada en Europa, y tan formidable en Asia, donde sus traficantes contemplan tantos monarcas postrados á sus plantas.

Los historiadores de Italia nos representan una nacion señora en otro tiempo del orbe, y hoy esclava de todas las demas, divididos y flacos sus príncipes, y sin mas atributo de soberanía que una vana política.

Esos son los historiadores de las repúblicas; de la Suiza, que es la imágen de la libertad; de Venecia que cifra en su economía sus recursos, y de Génova que solo en sus edificios es soberbia.

Esos otros son los de las naciones del Norte; entre ellas de la Polonia, la cual usa tan mal de su libertad, y del derecho de elegir á sus reyes, que no parece sino que quiere consolar á los pueblos comarcanos que han perdido este y aquella.

Dicho esto nos separamos hasta el otro dia.

De Paris, á 2 de la luna de Chaloal, 1719.

CARTA CXXXVII.

RICA *al mismo.*

ESTE dia me llevó á otro gabinete. Esos son los poetas, me dijo, quiero decir los autores que tienen por oficio poner grillos al sentido comun, y ahogar la razon á poder de adornos, como antiguamente sepultaban á las mugeres bajo sus trages y sus arreos. Bien los conoce Vd., que no faltan entre los orientales, donde parece que un sol mas ardiente enciende hasta la imaginacion de los moradores.

Esos son los poemas épicos. ¿Que es eso de poemas épicos? le dije.. De veras que no lo sé, me respondió, los inteligentes dicen que no hay mas que dos, y que los demas, puesto que así los nom-

bren, no lo son; tampoco lo sé. Añaden que no es posible componer otros nuevos, y esto es mas estraño todavía.

Esos son los poetas dramáticos, que á mi ver son los poetas por antonomasia, y los dueños de nuestras pasiones. Son de dos especies; los cómicos que tan blandamente nos mueven, y los trágicos que con tanta vehemencia nos perturban y nos agitan.

Esos otros son los líricos, que desprecio tanto como aprecio los anteriores, y que cifran su arte en una melodiosa estravagancia. Luego vienen los autores de idilios y églogas que gustan á los mismos palaciegos, porque les dan idea de cierta serenidad que estos no disfrutan, mostrándosela en la condicion de los pastores.

Esos son los mas peligrosos de cuantos autores hemos visto; y son los que afilan los epigramas, que son saetas muy penetrantes y muy delgadas que hacen una honda llaga, la cual no se cura con remedio ninguno.

Vea Vd. aquí las novelas, cuyos autores son una especie de poetas, que exageran á la par el idioma de la razon y de los afectos, y pasan la vida corriendo tras de la naturaleza sin alcanzarla nunca, siendo sus héroes tan agenos de ella como los dragones alados y los hipocentauros.

Algunas de vuestras novelas he leido yo, le dije, pero si viese Vd. las nuestras mas le repugnarian todavía. Tan poco naturales son como las vuestras, y en estremo atadas por nuestras costumbres: diez años de pasion se necesitan antes que pueda un amante ver siquiera el rostro de su dama, y los autores se ven obligados á que pasen sus lectores por todos estos fastidiosos preliminares. No siendo pues posible que haya variedad en los incidentes, se valen de un artificio que es peor que el mal que con él pretenden remediar, y son los portentos. Tengo por cierto que no se acomoda Vd. con una maga que hace salir de las entrañas de la tierra un ejército, ni con un héroe que acaba á él solo con

cien mil hombres. Pues esas son nuestras novelas; aventuras tan insulsas y que á cada paso se repiten nos empalagan, y nos repugnan los prodigios disparatados de que están atestadas.

De Paris, á 6 de la luna de Chalval, 1719.

CARTA CXXXVIII.

RICA *á* IBEN, *á Esmirna.*

AQUI se siguen y se destruyen los ministros lo mismo que las estaciones: en tres años he visto variar cuatro veces el sistema de la Real Hacienda. Hoy dia se recaudan los tributos en Turquía y en Persia, como los recaudaban los fundadores de estos imperios; pero está muy lejos de que aquí suceda lo mismo. Verdad es que no hilamos nosotros tan delgado como los occidentales, persuadidos á que no hay otra diferencia entre la administracion de las rentas del príncipe, y la del caudal de un parti-

cular, que la que hay entre contar cien mil tomanes y contar ciento; pero aquí gastan mas arte y mas misterio. Es menester que se afanen de dia y de noche hombres de un ingenio consumado, que conciban sin cesar, y á puro quebrarse la cabeza, nuevos proyectos; que oygan el dictámen de infinitas personas que trabajan por ellos, sin que se lo digan; que vivan retirados en un gabinete impenetrable para los magnates, y sagrado para los menudos; que tengan continuamente atestada la mollera de importantes secretos, planes milagrosos, y nuevos sistemas; y que absortos en sus meditaciones se priven del uso del habla, y á veces del de la urbanidad.

Así que cerró los ojos el rey difunto pensaron en establecer nueva administracion, sintiendo que se encontraban mal, mas no sabiendo que hacer para encontrarse mejor. La ilimitada autoridad de los anteriores ministros habia disgustado, y resolvieron dividirla. Para el efecto se crearon seis ó siete consejos, y acaso entre todos

los ministerios que han gobernado la Francia este es el que se ha portado con mas pulso, pero fue tan corta su duracion como la del bien que produjo.

Cuando murió el último rey era la Francia un cuerpo postrado con mil dolencias; Noailles cogió el postemero, quitó la carne inútil y aplicó algunos tópicos, pero siempre quedaba por sanar un vicio interno. Ha venido un estrangero que ha emprendido su cura, y creyendo despues de muchos remedios violentos que le habia restituido su robustez, no ha hecho mas que darle hinchazon.

Todos cuantos eran ricos seis meses ha son ahora pobres, y manan en riquezas los que no tenian para pan. Nunca se han tocado tan de cerca estos dos estremos. El tal estrangero ha vuelto el estado, como un ropa-vejero vuelve un vestido, colocando arriba lo que estaba abajo, y al derecho lo que estaba al reves. ¡Que de caudales inesperados, increibles para los mismos que los han adquirido! No sacó Dios con

mas prontitud los hombres de la nada. ¡Que de criados servidos por sus compañeros, y acaso mañana por sus amos! Todo esto ocasiona escenas muy raras. Los lacayos que habian hecho caudal bajo el rey pasado encarecen hoy su hidalguía, restituyen á los que acaban de dejar su librea en cierta calle todos los desayres que les hacian á ellos seis meses ha, y dicen á gritos: la nobleza está arruinada. ¡Que desórden en el estado; que confusion de clases! No se ven mas que advenedizos que hagan caudal. Yo te prometo que estos se desquitarán con los que vinieron despues, y que dentro de treinta años meterán no poca bulla estos nuevos caballeros.

De Paris, á 1 de la luna de Zilhagé, 1720.

CARTA CXXXIX.

RICA *al mismo.*

No ya una muger sino una reina acaba de dar un ejemplo raro de afecto conyugal. Queriendo á toda costa la reina de Suecia asociar á la corona el príncipe su esposo, ha enviado á los estados una declaracion desistiéndose de la regencia, en caso de que le elijan por rey. Mas de sesenta años hace que abdicó el cetro otra reina llamada Cristina, por dedicarse á la filosofía. No sé yo cual de los dos ejemplos es mas digno de admiracion. Aunque me parece bien que se quede cada uno en el sitio donde le colocó la naturaleza, y no pueda loar la flaqueza de los que abandonan por una especie de desercion su puesto, reputándose incapaces de desempeñarle, me pasma no obstante la grandeza de ánimo de estas dos princesas, cuya

razon en la una, y cuyo corazon en la otra son tan superiores á su alta gerarquía. En el tiempo que los demas solo piensan en gozar, Cristina pensó en saber, y la otra, si quiere gozar, es para poner toda su dicha en manos de su augusto esposo.

De Paris, á 27 de la luna de Maharram, 1720.

CARTA CXL.

RICA *á* USBEK, *á* .....

El parlamento de Paris acaba de ser desterrado á un pueblecillo que llaman Pontoisa. El consejo le envió á publicar ó aprobar una declaracion que le deshonraba, y él la ha publicado de manera que ha deshonrado al consejo.

Algunos parlamentos del reino corren riesgo de ser tratados del mismo modo.

Estas compañías siempre son odiosas. Si se acercan á los oidos de los reyes es para decirles verdades amargas, y mien-

tras la multitud de palaciegos sin cesar les representan el pueblo feliz bajo su gobierno, vienen á desmentir sus lisonjas, poniendo á las plantas del trono los sollozos y lágrimas de que son depositarias.

Pesada carga, amado Usbek, es la de la verdad cuando se ha de llevar hasta los príncipes. Bien pueden estos presumirse que van por fuerza los que á ello se determinan, y que nunca se resolverian á dar pasos tan tristes y dolorosos para aquellos que los dan, si no se viesen precisados por su obligacion, su respeto, y aun por su amor al monarca.

De Paris, á 21. de la luna de Gemadi, 1, 1720.

CARTA CXLI.

RICA *al mismo.*

Al fin de la semana te iré á ver. ¡Cuan gustosos dias voy á pasar contigo!

Pocos dias ha que me presentaron á una

dama de palacio que tenia mucho deseo de ver mi cara estrangera. Me pareció muy hermosa, digna de las atenciones de nuestro monarca, y de una alta gerarquía en el sagrado sitio donde reposa su corazon. Hízome muchas preguntas acerca de las costumbres de los Persianos, y del modo de vivir de las Persianas, y me pareció que no le gustaba la vida del serrallo, y que le repugnaba mucho ver á un hombre dividido entre diez ó doce mugeres. No pudo menos de causarle envidia la felicidad del uno, y lástima la suerte de las otras. Como gusta de leer, particularmente poesías y novelas, quiso que le hablara de las nuestras, y creciendo su curiosidad con lo que de ellas le dije, me rogó que le tradujese un trozo de las que conmigo habia traido. Hícelo así, y le envié pocos dias despues una conseja persiana. Acaso tendrás gusto en ver mi version: ahí la tienes.

En tiempo del Jeque Ali-Kan habia una muger en Persia llamada Zulema, la cual sabia de memoria todo el sagrado alcoran,

sin

sin que hubiera dervis que mejor que ella entendiese las versiones de todos los santos profetas, no habiendo los doctores árabes escrito cosa tan misteriosa que no comprendiera ella todos sus sentidos. Con todos estos conocimientos reunia cierta amenidad de razon tal que apenas se podia averiguar si queria divertir ó instruir á aquellas con quienes hablaba.

Un dia que estaba con sus compañeras en uno de los salones del serrallo, le preguntó una de estas que le parecia de la otra vida, y si daba asenso á la antigua tradicion de nuestros doctores, de que está la bienaventuranza destinada solamente para los hombres. Esa es la opinion comun, respondió, porque han hecho estudio de envilecer por todos medios nuestro sexo. Una nacion existe esparcida en toda la Persia, llamada la judáica, que fundándose en la autoridad de sus libros sagrados llega hasta sustentar que no tenemos alma.

Tan injuriosas opiniones no tienen otro

fundamento que la soberbia de los hombres que quieren mantener su supremacía hasta mas allá de la vida, sin advertir que en el tremendo dia aparecerán ante Dios todas las creaturas como la nada, sin que medie entre ellas mas diferencia, ni prerogativa que la de sus virtudes. Dios no será pareo en sus recompensas, y así como los hombres que hayan vivido bien, y hecho buen uso del imperio que acá en la tierra ejercen en nosotras, han de morar en un paraiso lleno de celestiales y soberanas beldades, tales que si las viera un mortal, al punto se daria él propio la muerte por ir á gozarlas, así tambien irán las mugeres virtuosas á una mansion de delicias, donde se embriagarán en un mar de gustos con hombres divinos, en quienes tendrán ellas absoluto dominio: cada una tendrá su serrallo, donde vivirán encerrados sus amantes, y eunucos mas fieles todavía que los nuestros para guardarlos.

En un libro árabe he leido, continuó,

que habia un hombre inaguantable por sus zelos, llamado Ibrahin, el cual tenia doce mugeres sobre manera hermosas, á quien trataba con suma aspereza, y sin fiarse ni de sus eunucos, ni de las paredes de su serrallo, las tenia siempre encerradas debajo de llave en su aposento, sin que se pudieran ver ni hablar, porque era zeloso hasta de una inocente amistad. Todas las acciones de Ibrahin se resentian de su ingenita brutalidad, y nunca hizo el mas leve movimiento que no fuese un nuevo rigor en la dura esclavitud de sus infelices mugeres.

Un dia que las habia reunido todas en un salon de su serrallo, una de ellas, mas atrevida que las otras, le afeó su mala condicion. Quien tanto se afana, le dijo, por hacerse temer, consigue en breve hacerse aborrecer. Tan desdichadas somos que no podemos menos de desear una catástrofe; otras en mi lugar desearian tu muerte, yo solo la mia deseo, y no pudiendo esperar verme separada de tí de

otra manera, miraré gustosa la muerte que me separe. Estas palabras que le hubieran debido enternecer enardecieron su saña, y desenvainando un puñal se le clavó en el pecho á esta infeliz. Amadas compañeras, dijo en voz desmayada, yo os prometo venganza, si se duelen los cielos de mi virtud. Diciendo estas palabras trocó esta miserable vida con la mansion de delicias, donde gozan las mugeres que han vivido bien de una felicidad que sin cesar se renueva. Primero vió un ameno prado, cuya verdura esmaltaban los matices de mil pintadas flores; un arroyuelo con aguas mas diáfanas que el cristal, formando cien laberintos le regaba. Entróse luego en deleitosos bosques, cuyo silencio solo con el dulce trinar de los pájaros era interrumpido. Descubriéronse despues á su vista soberbios jardines, que la naturaleza con tanta sencillez como magnificencia habia ornado. Al fin se vió en un soberbio palacio dispuesto para ella sola, y lleno de hombres celestiales destinados para sus contentos.

Ofreciéronse al punto dos de estos á desnudarla; metiéronla otros en un baño, sahumándola con los mas esquisitos aromas, luego le trajeron vestidos infinitamente mas ricos que los suyos, despues la llevaron á un vasto salon, donde halló un fuego encendido con leños olorosos, y cubierta la mesa con los mas delicados manjares: parecia que todo conspiraba á embelesar sus sentidos: aquí oia una música tan melodiosa como tierna; allí miraba los bailes de aquellos hombres divinos, solo para sus gustos destinados. Tantos placeres solamente eran preludio de otros placeres mas inefables. Lleváronla á su aposento, y habiéndola segunda vez desnudado la metieron en una soberbia cama, donde la recibieron en sus brazos dos hombres de una hermosura sin par. Entonces sí que se embriagó en deleites que se dejaron muy atras hasta sus mas vivos deseos. Estoy fuera de mí, les decia, y creeria que iba á morir, si no estuviera cierta de mi inmortalidad. Ya es dema-

siado, dejadme que no puedo bastar á la vehemencia de mis placeres. Sí, ya torna la calma á mis sentidos, ya empiezo á respirar y á volver en mí. ¿Porque han apagado las luces? ¿Porque no puedo contemplar vuestra divina beldad? ¿Porque no puedo ver?..... ¿Pero que he de ver, si me sumis de nuevo en mis primeros raptos? ¡O Dios! que amables son estas tinieblas! ¡Con que he de ser inmortal; inmortal con vosotros! ¡Con que he de ser!..... No, no mas; cesad, os lo ruego, que bien veo que vosotros sois incansables.

Despues de otras muchas y reiteradas órdenes fue al fin obedecida, mas no lo fué hasta que quiso de veras serlo, y en una muelle cama se durmió en sus brazos. Dos instantes de sueño repararon sus fuerzas, y recibiendo dos besos que la encendieron de nuevo, y le hicieron abrir los ojos; estoy inquieta, dijo, y me temo que no me querais. No queria estar mucho tiempo dudosa; de suerte que al punto le dieron cuantas

pruebas de cariño podia desear. Ya estoy desengañada, exclamó, perdon, perdon; cierta estoy de vuestro amor. No me hablais palabra, pero me lo probais mas bien que con las mas convincentes razones: sí, sí, yo os lo confieso, nadie fue nunca tan amada. ¿Pero que, ambos os esforzais á porfía á persuadírmelo? Ha, si sois contendores, y se une la emulacion á la satisfaccion de rendirme, soy perdida; ambos sereis vencedores, yo solo seré la vencida, pero os venderé muy caro el triunfo.

Interrumpió estos placeres la luz del dia: entraron en su aposento sus fieles y amables criados, y mandando á los dos mancebos que se levantaran, se los llevaron dos ancianos á los sitios donde estaban encerrados para sus gustos. Ella se levantó luego, y se presentó á su corte que la idolatraba, primero con las gracias sencillas de un vestido de casa, y ornada luego con los mas pomposos arreos. La pasada noche la habia hermoseado dando nuevo realce á sus colores, y mas espresion á sus gracias. Pasóse

todo el dia en bailes, en músicas, en banquetes, en juegos, y en paseos, notándose que de cuando en cuando se eclipsaba Anais en busca de los dos heroes jóvenes, y pasados algunos preciosos momentos de conversacion con ellos, volvia á la concurrencia que habia dejado, siempre con mas sereno semblante. Por fin al anochecer dejó la sociedad, y se encerró en su serrallo, porque queria hacer conocimiento con todos los cautivos inmortales que habian de vivir eternamente con ella. Visitó pues los mas apartados y mas hermosos aposentos de este delicioso sitio, y halló en ellos cincuenta esclavos de portentosa beldad: toda la noche anduvo de uno en otro cuarto, recibiendo en todos homenages siempre diversos, y siempre los mismos.

Así vivia la inmortal Anais, unas veces entre brillantes placeres, otras en gustos solitarios, embeleso de una lucida muchedumbre, y prenda de un amante fino; á veces dejaba su encantado palacio por una rústica gruta: bajo sus huellas brotaban

flores, y los deleites acudian de tropel á embriagarla en inefables dichas.

Mas de ocho dias hacia que estaba en esta mansion de felicidad, y siempre en continuo éxtasis no habia tenido lugar para hacer reflexion ninguna, habiendo disfrutado de su dicha sin conocerla, ni tener ni uno solo de aquellos instantes de serenidad en que se da cuenta el alma á sí de sí propia, escuchándose mientras están calladas las pasiones.

Gozan los bienaventurados tan vivos placeres que rara vez pueden disfrutar esta serenidad de ánimo; por eso invenciblemente apegados á los objetos presentes pierden completamente la memoria de las cosas pasadas, y no se curan de cuanto conocieron y amaron en esta vida. Pero Anais cuyo espíritu era verdaderamente filosófico habia meditado mucho en vida, y hecho reflexiones mas profundas que las que de una muger, sin otra guia que ella propia, se podian esperar, siendo este el único fruto que del retiro austero á que la

tenia condenada su marido habia sacado. En fuerza de este vigor de ánimo habia arrostrado los temores que á sus compañeras las tenian arredradas, y la muerte que habia de dar fin á sus quebrantos y principio á su ventura.

Salió pues poco á poco de la embriaguez de los placeres, y se encerró sola en un aposento de su palacio, donde se entregó á las mas halagüeñas reflexiones acerca de su pasada desventura, y su dicha presente. Enternecióla luego la contemplacion de la desgracia de sus compañeras, que siempre nos compadecen los quebrantos que hemos sufrido. No contenta Anais con dolerse de su suerte, hizo mas por estas desventuradas, que quiso aliviar sus penas. Mandó pues á uno de los mancebos que con ella estaban que tomando la figura de su marido fuese á su serrallo, se hiciese amo de él, echase á la calle á Ibrahin, y se subrogase en su lugar, hasta que ella le llamase.

Ejecutóse en breve su mandato; hen-

diendo rápido los aires el mancebo llegó á la puerta del serrallo de Ibrahin, que habia salido. Llama, le abren, y se postran los eunucos á sus plantas. El se va corriendo á los aposentos donde estaban las mugeres encerradas, porque antes haciéndose invisible, habia sacado del bolsillo las llaves al zeloso. Entra y las pasma, primero con sus afables y halagüeñas razones, y en breve crece el pasmo con sus cariños, y sus incansables proezas amorosas. A todas dió motivo de asombro, y se hubieran figurado que era un sueño lo que les estaba pasando, si no les hubiera él hecho sobrado palpable que era cosa real.

Mientras que se representaban en el serrallo tan nuevas escenas, llama Ibrahin, dice quien es, vota y grita. Despues de no pocas dificultades entra, y pone en suma confusion á los eunucos. Corre en precipitados pasos; mas se vuelve atras, y se queda fuera de sí, viendo al fingido Ibrahin, su verdadero simulacro, que se tomaba

todas las libertades de un amo. Apellida favor, quiere que le den socorro los eunucos para matar al impostor, mas nadie le obedece. No le queda en fin mas que el flaco recurso de remitirse al arbitrio de sus mugeres, pero en una hora habia cohechado á sus jueces el fingido Ibrahin. El otro fue espelido y lanzado con oprobio del serrallo, y le hubieran dado mil muertes, si no hubiera mandado su competidor que le dejasen con vida. El nuevo Ibrahin que se quedó dueño del campo de batalla, se manifestó mas y mas digno de su triunfo, señalándose con prodigios hasta entonces no conocidos. No te pareces á Ibrahin, le decian sus mugeres. Decid mas antes, respondia el triunfante Ibrahin, que no se parece ese impostor á mí. ¿Que quereis que haga para ser esposo vuestro, sino es bastante todo cuanto hago? Ha, no nos pasa por la imaginacion dudarlo, replicaron las mugeres, si no eres Ibrahin, sobra con que hayas hecho tantos méritos para serlo; que mas Ibrahin has sido tú en un dia que

lo fue él en espacio de diez años. ¿Con que me prometeis, continuó él, declararos en mi favor contra ese impostor? No lo dudes, esclamaron todas unánimes; te juramos eterna fidelidad; harto tiempo nos ha traido engañadas; no tenia el aleve sospechas contra nuestra fidelidad, las tenia sí de su flaqueza; ya vemos que no son los demas hombres como él: sin duda se parecen á tí, si supieras cuanto nos le has hecho aborrecer. Ha! nuevos motivos pienso daros de que le odieis, repuso el fingido Ibrahin: aun no sabeis todos los agravios que os ha hecho. Su injusticia la medimos, respondieron ellas, por la grandeza de tu venganza. Razon teneis, digo el mancebo divino; la espiacion la he proporcionado al delito, y estoy cierto de que os ha gustado mi modo de castigarle. ¿Pero si vuelve el impostor, preguntaron las mugeres que haremos? Creo que no le seria fácil, respondió el jóven, engañaros; en el lugar que á vuestro lado ocupo yo poco sirve la impostura para mantenerse; ademas de que le echaré tan

lejos, que no volveréis ni á oirle mentar, y entonces solo pensaré en haceros felices. No seré zeloso, y sabré asegurarme de vosotras sin incomodaros, porque tengo la suficiente confianza en mis prendas para presumir que me guardeis fe, ¿que si conmigo no fuerais virtuosas, con quien lo habiais de ser? Duró largo rato esta conversacion entre él y las mugeres, que mas pasmadas de la diferencia entre ambos Ibrahines que de la semejanza, ni siquiera pensaban en averiguar la causa de tanto misterio. Al cabo volvió desesperado á incomodarlas el marido, y encontró toda la casa en festejos, y mas incrédulas que primero sus mugeres. No pudo aguantar mas el zeloso; salió del serrallo fuera de sí, y á poco le siguió el fingido Ibrahin, y llevándosele por los aires le dejó dos mil leguas de su pueblo.

¡O Dios, cual fue el desconsuelo de aquellas mugeres con la ausencia de su amado Ibrahin! Ya habian vuelto los eunucos á su natural aspereza; toda la casa resonaba con lamentos, algunas veces se

figuraban ellas que era un sueño cuanto les habia sucedido, y mirándose unas á otras se acordaban todas de las mas leves circunstancias de sucesos tan estraños. Al cabo volvió el celestial Ibrahin, siempre mas amable, y les pareció que no habia sido penoso su viage. El nuevo amo siguió un plan de vida tan opuesto al del otro que todos sus vecinos estaban pasmados. Despidió á todos los eunucos, abrió su casa á todo el mundo, y ni siquiera quiso consentir que llevaran velo sus mugeres. Cosa rara era mirarlas en los banquetes, tan libres como los hombres, y en medio de ellos, creyendo con razon Ibrahin que un hombre como él no debia ser esclavo de los estilos de su pais. Entre tanto no habia gasto que no hiciese, derrochando con sus inmensas prodigalidades el caudal del zeloso, el cual, cuando volvió al cabo de tres años de los remotos paises adonde habia sido transportado, se encontró pobre, con sus mugeres, y con treinta y seis hijos.

De Paris, á 26 de la luna de Gemadi, 1720.

CARTA CXLII.

RICA *á* USBEK, *á*.....

TE remito una carta de un erudito que recibí ayer, y que te parecerá muy estraña.

» Muy señor mio: seis meses ha que he» redé á un tio muy rico que me ha dejado » dos millones ó dos y medio de reales, con » una casa soberbiamente alhajada. Cosa » muy agradable es tener uno caudal, » cuando sabe emplearle bien. Yo no soy » ni ambicioso, ni aficionado á los placeres, » y casi siempre estoy encerrado en mi » estudio, donde vivo á lo sabio. Aquí es » donde reside un curioso amante de la » venerable antigüedad.

» Cuando espiró mi tio hubiera yo te» nido infinita satisfaccion en que le hubie» ran enterrado con el ceremonial que » observaban los antiguos Griegos y Roma» nos, pero me faltaban lacrimatorios, y

no

» no tenia urnas, ni lámparas antiguas.
» Verdad es que despues he adquirido
» todas estas raras preciosidades. Pocos
» dias hace que me deshice de mi vajilla de
» plata, por comprar una lamparilla de
» barro que habia sido de un filósofo es-
» tóico. Tambien he vendido todos los
» espejos grandes, con que habia adornado
» mi tio casi todas las paredes de sus apo-
» sentos, por adquirir un espejito chico
» de metal, algo rajado, que fue de Vir-
» gilio, y tengo la satisfaccion de ver
» representado en él mi rostro, en vez del
» rostro del cisne mantuano. Ademas he
» comprado en cien doblones cinco ó seis
» piezas de cobre de una moneda que cor-
» ria dos mil años ha. Actualmente no sé
» que haya en toda mi casa un mueble
» fabricado despues de la decadencia del
» imperio romano. Poseo una coleccion-
» cita de manuscritos muy preciosos, y
» muy caros, y puesto que voy perdiendo
» la vista por leerlos, todavía mas quiero
» servirme de ellos que de los ejemplares

» impresos, que no son tan correctos, y
» todo el mundo los puede leer. Bien que
» raras veces salgo de casa, no por eso
» tengo menos pasion por conocer todos
» los caminos antiguos que en tiempo de
» los Romanos existian. Uno hay cerca
» de mi quinta ejecutado por un procon-
» sul de las Galias, mil y setecientos años
» ha; y cuando voy á ella siempre paso
» por él, puesto que sea muy incómodo,
» y me haga rodear mas de una legua;
» pero me tiene muy mohino que hayan
» puesto en él postes de madera, de trecho
» en trecho, para indicar la distancia de
» los pueblos inmediatos, y rabio de ver
» estos mezquinos indicios, en vez de las
» colunas miliarias que antiguamente ha-
» bia; pero estoy resuelto á hacer que las
» restablezcan mis herederos, dejando esta
» manda en mi testamento.

» Si tiene Vd., señor y dueño mio,
» algun manuscrito persiano, me hará
» mucho favor, si me le quiere vender, y
» se le pagaré lo que me pidiere, dándole

» ademas de lo que ajustarémos algunas
» de mis obras, que le probarán que no
» soy un miembro inútil de la república
» literaria. Notará Vd. entre otras una
» disertacion, donde hago ver que la co-
» rona que llevaban los antiguos capitanes,
» cuando triunfaban, era de roble y no de
» laurel; y le pasmará otra que corrobora
» con las mas doctas conjeturas, sacadas
» de los escritores griegos mas fidedignos,
» que Cambises fue herido en la pierna
» izquierda, y no en la derecha, y otra
» que demuestra que una frente pequeña
» era una hermosura muy apreciada de
» los Romanos. Tambien enviaré á Vd.
» un tomo en cuarto, en forma de co-
» mentario, de un verso del libro sesto de
» la Eneida de Virgilio. Todo esto lo re-
» cibirá Vd. dentro de algunos dias; por
» ahora me ciño á remitir á Vd. el si-
» guiente trozo de un antiguo mitólogo
» griego, que hasta ahora no se habia
» publicado, y que he hallado yo en un
» rincon de una biblioteca. Ceso aquí,

» porque tengo que terminar un asunto » importante, tratándose de restablecer » un hermoso pasage de Plinio el natura- » lista, desfigurado lastimosamente por los » copiantes del quinto siglo. Quedo, etc.

FRAGMENTO DE UN MITÓLOGO ANTIGUO.

» En una isla inmediata á las Orcades » nació un niño, cuyo padre fue Eolo, » dios de los vientos, y su madre una ninfa » de Caledonia. Dicen que aprendió por » sí solo á contar por los dedos, y que de » edad de cuatro años distinguia ya tan » bien de metales, que habiéndole dado » su madre una sortija de metal por una » de oro, reconoció el engaño, y la tiró » al suelo.

» Así que llegó á grande le enseñó su » padre el secreto de encerrar en odres » los vientos, y vendérselos luego á los » caminantes; pero como apreciaban poco » esta mercadería en su pais, le abandonó, » y se fue á correr mundo, acompañado » del ciego dios del acaso.

» En sus viages supo que en la Bética

» relumbraba el oro en todas partes, por
» lo cual se encaminó á toda priesa á este
» pais. Saturno que á la sazon reinaba en
» él le recibió muy mal, pero habiendo
» este Dios dejado la tierra, le ocurrió ir
» gritando por todas las esquinas en ronca
» voz. Pueblos de la Bética, que os figu-
» rais que sois ricos porque teneis plata
» y oro, vuestro engaño me mueve á com-
» pasion. Creedme, y dejad el pais de esos
» viles metales; venid al imperio de la
» imaginacion, y yo os prometo riquezas
» que os dejarán pasmados. Diciendo así
» abrió muchas de las odres que traia, y
» repartió su mercadería á quien se la
» quiso comprar.

» Poniéndose al otro dia en las mismas
» esquinas comenzo á gritar. Pueblos de
» la Bética. ¿quereis ser ricos? Figuraos
» que yo soy riquísimo y que lo sois
» tambien vosotros; que se os ponga
» todas las mañanas en la cabeza que se
» ha doblado vuestro caudal la noche an-
» terior; levantaos luego, y si teneis acree-

» dores, pagadlos con las creces que os
» hubiereis imaginado, y decidles que se
» las imaginen tambien ellos.

» Algunos dias despues se dejó ver otra
» vez, y dijo así: Pueblos de la Bética,
» bien veo que no está tan viva vuestra
» imaginacion como primero; dejaos guiar
» de la mia; todas las mañanas os ense-
» ñaré un rótulo donde hallaréis un ma-
» nantial nunca exhausto de riquezas. Este
» rótulo no contendrá mas que cuatro
» palabras, pero que significarán mucho,
» pues por ellas regularéis la dote de vues-
» tras mugeres, la legítima de vuestros
» hijos, y el número de vuestros criados.
» Y vosotros, dijo á los que estaban mas
» inmediatos á él en el corrillo, vosotros,
» amados hijos mios (que bien puedo
» nombraros así pues habeis recibido de
» mí segundo nacimiento) mi rótulo pres-
» cribirá la magnificencia de vuestros tre-
» nes, lo espléndido de vuestros banquetes,
» el número y la pension de vuestras com-
» blezas.

» De allí á pocos dias remaneció en las » esquinas, ijadeando y encendido en saña, » y dijo en furiosos gritos: Pueblos de la » Bética, os habia aconsejado que imagi- » naseis, y veo que no lo haceis; pues » ahora os lo mando. Diciendo esto los » dejó muy enojado; pero la reflexion le » hizo volver, y les dijo: he sabido que » se encuentran entre vosotros personas » tan detestables que guardan su oro y » su plata. La plata, ea, vaya: pero el » oro!..... el oro!..... ¡Ha, esto me tiene » tan irritado!..... Por mis sagradas odres « juro que si no me le vienen á traer, » haré en ellos un castigo ejemplar. Luego » añadió con un ademan muy persuasivo: » Pensais acaso que quiero yo esos mi- » serables metales para guardarlos? La » prueba de mi buena fe es que cuando » me los trajisteis, pocos dias hace, a » punto os volví la mitad.

» Al dia siguiente se dejó ver desde lejos, » y con melíflua, y placentera voz se es- » plicó así: pueblos de la Bética, sé que

» teneis parte de vuestros tesoros en país
» estrangero; ruégoos que me los mandeis
» traer, que me haréis en ello favor, y os
» quedaré eternamente agradecido. Habla-
» ba el hijo de Eolo con gente que tenia
» poca gana de risa, mas no pudieron me-
» nos de echarse á reir, con lo cual se paró
» muy confuso. Pero luego cobrando
» ánimo, se aventuro á suplicarles otra
» friolera. Bien sé que poseeis piedras pre-
» ciosas; deshaceos de ellas en nombre de
» Júpiter, que no hay cosa que tanto em-
» pobrezca como tener rubíes y diamantes;
» deshaceos de ellos, os repito. Si no po-
» deis conseguirlo por vosotros mismos,
» yo os proporcionaré excelentes corredo-
» res. ¿Que torrentes de riquezas van á
» inundaros, si haceis lo que os digo! Sí,
» yo os prometo lo mas acendrado que en
» mis odres tengo.

» Encaramóse luego en un andamio, y
» con voz mas recia dijo: Pueblos de la
» Bética, he cotejado la venturosa situacion
» en que os veis con el estado en que os

» hallabais cuando llegué yo aquí. Contem-
» plo que sois el pueblo mas opulento del
» orbe ; mas permitidme que para que
» llegue al mas alto grado vuestro caudal
» os quite la mitad de vuestros bienes. Al
» decir esto desapareció en raudo vuelo el
» hijo de Eolo, dejando en indecible cons-
» ternacion el auditorio, por lo cual volvió
» al otro dia y dijo así : ayer conocí que
» habia disgustado mucho mi harenga.
» Pues bien; no se trate mas de lo dicho.
» Verdad es que la mitad de vuestros bie-
» nes es demasiado. Concertemos otras
» medidas para salir con lo que me he
» propuesto. Juntemos nuestras riquezas
» en un mismo sitio, que fácilmente lo
» podremos ejecutar, porque no hacen, á
» Dios gracias, mucho bulto. Al momento
» desaparecieron las tres cuartas partes de
» ellas «.

De Paris, á 9 de la luna de Chaban, 1720.

CARTA CXLIII.

RICA *á* NATANAEL-LEVI, *médico judío á Liorna.*

ME preguntas mi dictámen acerca de la virtud de los relicarios, y la eficacia de los talismanes. ¿Porque te diriges á mí, siendo tú judío y yo mahometano, esto es, siendo ambos muy crédulos? Siempre traigo yo encima mas de dos mil pasages del sagrado alcoran, y una nómina al brazo con los nombres de mas de doscientos dervises; los de Ali, de Fatima, y todos los puros están metidos en mas de veinte partes de mi ropa.

Mas no por eso desapruebo aquellos que desechan la virtud que á ciertas palabras se atribuye, y mucho mas dificultoso es para nosotros rebatir sus argumentos, que para ellos rebatir nuestras esperiencias.

Estos trapos benditos los llevo yo por

hábito antiguo, y por conformarme al estilo universal, puesto que creo que si no tienen mas virtudes que las sortijas y otras cosas así, que por adorno llevamos, tampoco tienen menos. Pero tú tienes una confianza ciega en ciertos caracteres misteriosos, y sin ese seguro vivirias en continuo susto.

¡Que desventurados son los hombres! Sin cesar fluctúan entre esperanzas falaces, y risibles temores, y en vez de fundarse en la razon se fraguan monstruos que los asustan, ó fantásticas sombras que los engañan.

¿Que efecto quieres tú que produzca la colocacion de ciertas letras? ¿que efecto quieres que pueda impedir su dislocacion? ¿que relacion tienen con los vientos, para calmar las tormentas; con la pólvora para contrarestar su esfuerzo, con lo que llaman los médicos humor pecante, y causa morbífica de las enfermedades, para sanar estas? Lo estraño es que los que se trabajan la razon para persuadirse á que

ciertos sucesos penden de virtudes ocultas, no tienen menos que trabajar para no ver las verdaderas causas de los mismos acontecimientos.

Me dirás que ciertos encantamientos hicieron que se ganase una batalla, y yo te digo que es fuerza que estés ciego, si no hallas en la situacion del terreno, en el número y el denuedo de los soldados y en la pericia de los caudillos suficientes razones para producir el efecto, cuya causa te empeñas en ignorar.

Permito por un instante que haya encantos; permíteme tú por un instante que no los haya, pues no es cosa imposible. Lo que me permites no estorba que puedan pelear dos ejércitos; ¿en tal caso quieres que ninguno de los dos pueda quedar vencedor? ¿Piensas que será indecisa su suerte, hasta que la venga á determinar una potencia invisible, que se errarán todos los tiros, que será vana toda pericia militar, y todo el valor inútil? ¿Piensas que la muerte que con mil sem-

blantes en estos lances se presenta, no puede producir en los ánimos los terrores pánicos, cuya esplicacion tan ardua te parece? ¿Quieres que no haya en un ejército de cien mil hombres ni un solo medroso? ¿Crees que no puede el desaliento de este producir desaliento en otro, ni este otro abandonando el tercero, hacerle abandonar el cuarto? Pues con eso basta para que la desesperacion de vencer se apodere á deshora de todo un ejército, y tanto mas fácilmente que mas numeroso fuere.

Todo el mundo sabe, y todo el mundo palpa que, como todas las criaturas que procuran conservar su existencia, los hombres aman con pasion la vida; y sabiendo esto en general, ¡averiguamos porque en cierto lance particular han tenido miedo de perderla!

Puesto que estén llenos de semejantes terrores pánicos ó sobrenaturales los libros sagrados de todas las naciones, pienso yo que no hay cosa mas frívola, pues para

cerciorarse de que un efecto que puede provenir de cien mil causas naturales es sobrenatural, es fuerza averiguar primero si no ha concurrido á él ninguna de dichas causas : cosa imposible de saberse.

No te digo mas, Natanael, porque me parece que la cuestion no merece ventilarse con tanta seriedad.

De Paris, á 10 de la luna de Chaban, 1720.

P. D. No bien concluia esta, cuando he oido pregonar en la calle una carta de un médico de la provincia á uno de Paris (porque aquí todas las frioleras se imprimen, se publican y se venden). Me ha parecido del caso dirigírtela, porque tiene conexion con la materia de esta. Muchas cosas hay en ella que yo no entiendo, pero tú que eres médico sabrás la lengua de tus colegas.

CARTA DE UN MÉDICO DE LA PROVINCIA A UNO DE PARIS.

» En nuestro pueblo habia un enfermo
» que no dormia treinta y cinco dias hacia:
» su médico le recetó el opio, pero él no
» se podia resolver á tomarle, y ya tenia
» el vaso en la mano, y estaba mas indeciso
» que nunca. Al cabo dijo al médico: Se-
» ñor doctor, suplicó á Vd. que suspenda
» el remedio hasta mañana, porque yo
» conozco á un sugeto que no ejercita la
» medicina, pero que tiene en su casa inu-
» merable muchedumbre de antidotos con-
» tra la privacion de sueño; permita Vd.
» que le envie á llamar, y si esta noche no
» duermo le prometo que mañana tomaré
» ese remedio. Despedido el médico, mandó
» el enfermo descorrer las cortinas, y dijo
» á un lacayuelo; muchacho, anda, ve á
» casa del señor Anis, y dile que me venga
» á ver. Viene el señor Anis, y le dice el
» enfermo: amigo, yo me muero de no
» poder dormir. ¿No tendrá Vd. en su

» libreria la *Diferencia entre lo temporal*
» *y eterno*, ó algun otro libro de devocion
» compuesto por un reverendo padre je-
» suita, de que no se haya podido deshacer,
» porque á veces las medicinas mas añejas
» son las mas eficaces? En casa tengo para
» servir á Vd., respondió el librero, el
» *año cristiano* del padre Croiset en doce
» tomos; si Vd. gusta, se le enviaré, y
» deseo que le aproveche. Si quiere Vd las
» obras del reverendo padre Rodriguez,
» disponga de ellas; mas si me cree, aténgase al padre Croiset, que mediante la
» ayuda de Dios espero que sea mas eficaz
» un solo período suyo que cuatro páginas
» de la *Diferencia entre lo temporal y*
» *eterno*. Dicho esto se fue el señor Anis
» á buscar el específico á su tienda. Llega
» pues el *Año cristiano*, sacuden el polvo
» del pergamino, y empieza á leer un es-
» tudiantillo hijo del enfermo. Hizo luego
» efecto en el estudiante el soporífico, por-
» que á la segunda página ya no podia
» articular bien las palabras, y toda la
compañía

» compañía daba cabezadas, de allí á un
» instante todos empezaron á roncar, me-
» nos el enfermo, el cual despues de
» haber estado mas tiempo despierto, al
» fin se rindió tambien al sueño.

» Vino el médico al otro dia por la ma-
» ñana muy temprano, y preguntó si
» habia el enfermo tomado el opio, mas
» nadie le respondió; y la muger, la hija
» y el chico, no cabiendo en sí de con-
» tento, le enseñaban el padre Croiset.
» Pregunta que es aquello, y le dicen:
» viva el padre Croiset. Al instante que
» le lleven á encuadernar. ¿Quien lo di-
» jera? Quien lo creyera? milagro, mi-
» lagro. Mire Vd., señor doctor, mire el
» padre Croiset; ese libro es el que ha
» hecho que durmiera mi padre, y en
» seguida le contaron el suceso. Era el
» médico hombre de sutil ingenio, docto
» en los misterios cabalísticos, y en las pa-
» labras mágicas y conjuros de los espí-
» ritus, y despues de largas meditaciones
» se resolvió á mudar de método en sus

» dos grados metafísicos, y una distincion,
» escríbase todo en un pedazo de papel,
» dóblese, y átese con una cinta al cuello.

Miraculum chimicum de violenta fermentatione cum fumo, igne et flammâ.

Misce Quesnellianam infusionem, cum infusione Lallemaniana: fiat fermentatio cum magnâ vi, impetu et tonitru, acidis pugnantibus, et invicem penetrantibus alcalinos sales: fiet evaporatio ardentium spirituum: pone liquorem fermentatum in alambico, nihil inde extrahes, et nihil invenies, nisi caput mortuum.

Lenitivum.

Recipe Molinæ anodini chartas duas, Escobaris relaxativi página sex, Vasquii emollientis folium unum: infunde in aquæ communis libras quatuor, ad consumptionem dimidiæ partis: colentur et exprimantur; et in expressione dissolve Bauhii detersivi et Tamburini abluentis folia tria. Fiat clyster.

In chlorosin, quam vulgus pallidos-colores, aut febrim amatoriam appellat.

Recipe Aretini figuras quatuor, reverendi Thomæ Sanchii de matrimonio folia duo : infundantur in aquæ communis libras quinque. Fiat ptisana aperiens.

» Estas fueron las medicinas que usó » nuestro médico con imponderable fruto. » Por no ser muy costoso á sus enfermos » decia que no queria usar remedios raros, » y que casi no se encuentran, por ejem- » plo una epístola dedicatoria que no » haya hecho bostezar al lector, un pró- » logo corto, una pastoral compuesta por » un obispo, y una obra de un jansenista » criticada por otra jansenista, ó elogiada » por un jesuita. Sustentaba que seme- » jantes remedios solo servian para dar » pábulo á los embusteros, á quienes les » tenia una antipatía invencible ».

CARTA CXLIV.

USBEK á RICA

Pocos dias hace que hallé en una quinta dos sabios que aquí son muy célebres; y me parecieron de maravillosa índole. Valuada bien la conversacion del uno se reducia á esto: lo que he dicho es certísimo, porque lo digo yo. La del segundo significaba esto otro: lo que no he dicho es falso, porque no lo digo yo.

El primero no me disgustaba, porque no me importa que sea terco un hombre, pero sí me importa mucho que no sea un majadero. El primero defiende sus opiniones, que son su caudal propio; el otro combate las agenas, que son el caudal de todo el mundo.

¡Que mal que sirve la vanidad, amado Rica, á los que la tienen en mas cantidad que la necesaria para la conservacion de la naturaleza! Son gentes que quieren

causar maravilla, á puro infundir aborrecimiento, y afectando supremacía, ni siquiera consiguen igualarse con los demas.

Recibid, hombres modestos, el parabien mio. Vosotros sois el embelezo y la dulzura de la vida humana. Creeis que no poseeis nada, y yo os digo que todo lo poseeis. Pensais no desairar á nadie, y desairais á todo el mundo. Y cuando allá en mi imaginacion os cotejo con esos doctores magistrales que todo se lo saben, los derribo de su tribunal, y hago que se postren á vuestras plantas.

De Paris, á 22 de la luna de Chaban, 1720.

CARTA CXLV.

USBEK *á*.....

UN hombre de talento casi nunca es bien visto en las sociedades. Pocas gentes le gustan; se aburre con muchísimas personas

que se empeña en tener por toscas, es imposible que no dé á conocer que le incomodan, y así se grangea en ellos otros tantos enemigos. Cierto de agradar cuando quiera, no se cura muchas veces de ser agradable.

Es inclinado á la crítica, porque ve mas cosas que otro, y las discierne mejor.

Gasta casi siempre lo que tiene, porque para esto le sugiere su entendimiento mas medios que á otro. Le salen mal sus proyectos, porque arriesga mucho. Su vista que siempre alcanza mucho trecho le muestra objetos que están muy remotos, sin contar con que cuando concibe un plan, le hacen menos impresion las dificultades que proceden de la cosa, que los remedios que son de él, y que saca de su inteligencia propia.

Descuida las menudas circunstancias, de las cuales pende el logro de casi todos los negocios importantes.

Por lo contrario un hombre mediano procura aprovecharse de todo, conociendo que no puede dejar perder nada por sus negligencias.

Generalmente la aprobacion universal la consigue el hombre mediano. Todo el mundo se complace en dar á este, y quitar á aquel. Mientras que se ceba la envidia en el uno, y nada le perdona, lo suplimos todo en beneficio del otro, declarándose en su abono nuestra vanidad.

¿Y sí á tantos inconvenientes está sugeto el hombre de talento, que diremos de la suerte desdichada de los doctos? Siempre que pienso en ella me acuerdo de la carta de un docto á uno de mis amigos, que copio aquí:

» Muy señor mio: yo soy un hombre » que toda la noche la ocupo en observar » con anteojos de treinta pies, esos vastos » cuerpos que giran encima de nuestras » cabezas, y cuando me quiero desahogar » cojo mis microscopios, y contemplo un » arador ó una hormiga.

» No soy rico, y no tengo mas que una » pieza, donde no me atrevo á encender » lumbre, á causa de mi termómetro, que » se elevaria con el calor artificial. El hi-

» bierno pasado estuve á pique de morirme
» de frio, pero aunque mi termómetro que
» habia bajado mucho me advirtiese de
» que se me iban á helar las manos, no
» hice caso ninguno, y así tengo el consuelo
» de saber puntualmente las mas insensibles
» mudanzas de tiempo del año pasado.

» Soy poquísimo comunicativo, y no
» conozco ni uno siquiera de todos mis
» vecinos; pero hay un sugeto en Estocolmo,
» otro en Lipsia, y otro en Londres que
» no he visto en toda mi vida, y que sin
» duda nunca veré, con los cuales tengo
» una correspondencia tan tirada, que ja-
» mas dejo pasar correo sin escribirles. Mas
» aunque con nadie me trato en mi barrio,
» tengo en todo él tan mala reputacion que
» al cabo me veré forzado á mudarme.
» Cinco años ha que me llenó de imprope-
» rios una vecina, por haber disecado un
» perro que decia que era suyo: la muger
» de un carnicero que se hallaba presente
» se puso de su parte, y mientras que me
» echaba la una mil maldiciones, la otra

» me estropeaba á cantazos, á mi y al doc-
» tor.... que estaba conmigo, y que recibió
» una tremenda pedrada en el hueso fron-
» tal y occipital; por señas que de resultas
» ha padecido mucho su juicio. Desde en-
» tonces así que se va un perro á otra calle,
» luego fallan que me ha pasado á mí por
» las manos. Una buena vecina que habia
» perdido un gozquecillo, que decia que le
» queria mas que á sus hijos, se vino á
» desmayar el otro dia á mi cuarto, y no
» hallándole me citó á comparecer ante el
» magistrado. Creo que nunca me he de
» ver libre de la impertinente malicia de
» estas mugeres que me atolondran conti-
» nuamente con sus chillidos, predicándome
» el sermon de honras de cuantos automa-
» tos han muerto de diez años á esta parte,
» Quedo, *etc.* «

Antiguamente á todos los sabios los acusaban de mágicos, y no lo estraño. Cada uno decia para sí : yo tengo tanto talento natural como es posible. No obstante cierto docto me lleva ventajas; luego es fuerza

que tenga pacto con el diablo. Ahora que se desprecian semejantes acusaciones han tomado otro giro, y apenas puede un sabio evitar que le acusen de irreligion ó heregía. Poco importa que le absuelva el pueblo; la llaga se hizo, y nunca queda bien cicatrizada; siempre es la parte herida la mas flaca. Treinta años despues le dirá con mucha hipocresía un enemigo: no permita Dios que asegure yo ser cierto el cargo que á Vd. hacian; lo que sé es que se vió obligado á justificarse. De este modo su propia justificacion le viene á ser perjudicial.

Si escribe una historia, y tiene el ánimo elevado, y el corazon recto, le suscitan mil persecuciones. Irritarán contra él al magistrado por un acontecimiento sucedido mil años hace, y querrán que su pluma, si no es cautiva, sea venal. Con todo esto mas feliz es todavía que aquellos villanos seres que abandonan la verdad por una mezquina pension; que si se cuentan una por una sus imposturas todas,

las venden á menos de ochavo cada una; que destruyen la constitucion del imperio, disminuyen los derechos de un poder, y aumentan los del otro, dan á los príncipes, quitan á los pueblos, resuscitan fueros rancios, halagan las pasiones mas acreditadas en la época en que escriben, y los vicios de los que reinan, engañando la posteridad, tanto mas torpemente que menos medios tendrá para contradecir su testimonio.

Mas no paran los trabajos de un autor en sufrir todos los baldones de que he hablado, no paran en haber vivido en continuos temores acerca de la aceptacion de su obra; al cabo sale á la luz pública el libro que tanto qué hacer le ha dado, y le ocasiona enojos por todas partes. ¿Y como los ha de evitar? Era de una opinion, y la ha sustentado en sus escritos, sin saber que otro que vive doscientas leguas de su residencia habia llevado la contraria, y ya tenemos la guerra encendida.

Vaya aun si pudiera esperar estimacion. Pero no: cuando mas, le aprecian aquellos que se han aplicado al mismo género de ciencias que él. Un filósofo desprecia altamente á un hombre que tiene atestada la cabeza de hechos, y este le paga teniéndole por un loco que sueña adefesios. Mientras tanto los que profesan una arrogante ignorancia quisieran que se sepultara todo el linage humano en el olvido en que ellos se han de sumir.

Aquel á quien le falta una habilidad se desquita haciendo alarde de despreciarla, y removiendo este obstáculo que entre el mérito y él se encontraba, se halla á nivel con aquel cuyas tareas le asustan.

Finalmente los sabios es fuerza que se resignen á una reputacion equívoca, á privarse de los placeres y á perder la salud.

De Paris, á 26 de la luna de Chaban, 1720.

CARTA CXLVI.

USBEK *á* REDI, *á Venecia.*

MUCHOS tiempos hace que se ha dicho que el alma de un gran ministro era la buena fe.

Un mero particular puede disfrutar de la oscuridad en que vive, y solo con algunas personas se desacredita, conservando su disfraz con los demas, pero un ministro que peca contra la probidad tantos testigos y tantos jueces tiene cuantas son las gentes que gobierna.

Sí, me atrevo á decirlo, no es el mayor mal que puede hacer un ministro sin probidad deservir á su principe, y arruinar el pueblo; otro perjuicio ocasiona, mil veces en mi entender mas grave, que es el mal ejemplo que da.

Ya sabes que he viajado mucho por la India. Allí he visto una nacion naturalmente generosa, pervertida en un instante desde

el mas menudo individuo hasta el mas opulento, por solo el mal ejemplo de un ministro: he visto un pueblo entero, en quien se reputaban prendas ingenitas en todos tiempos la generosidad, la honradez, el candor y la buena fe, convertirse á deshora en el postrero de los pueblos, cundir la enfermedad, sin perdonar ni á los miembros mas sacrosantos; cometer infamias los sugetos mas virtuosos, y violar la justicia con el futil pretesto de que la habian violado con ellos; invocar leyes odiosas en amparo de las mas villanas acciones, y calificar de necesidad la sinrazon y la alevosía.

He visto desterrada la fe de los contratos, aniquilados los mas sagrados pactos, trastornadas todas las leyes de las familias. He visto deudores codiciosos, ufanos con una insolente pobreza, indignos instrumentos del furor de las leyes, y el rigor de los tiempos, fingir un pago en vez de efectuarle, y clavar el puñal en el pecho de sus bienhechores.

He visto otros mas infames todavía comprar

prar por casi nada, ó mas bien levantar del suelo hojas de robles, para sustituirlas á la sustancia de las viudas y los huérfanos.

He visto encenderse á deshora en los corazones una insaciable sed de riquezas. He visto formarse en un punto una detestable conjuracion para enriquecerse, no con un honroso trabajo y una generosa industria, sino por medio de la ruina del príncipe, del estado y de los ciudadanos.

He visto en aquellos desventurados tiempos acostarse un ciudadano honrado diciendo: hoy he dejado pereciendo una familia; mañana dejaré por puertas otra. Otro decia, voy con un hombre negro que lleva un tintero en la mano, y un hierro afilado en el bolsillo á asesinar á todos aquellos que han sido mis bienhechores. Ya veo, decia otro, que van viento en popa mis asuntos; verdad es que cuando fuí, tres dias ha, á efectuar un pago dejé llorando una familia entera, que acabé con la dote de dos doncellas honradas, y estorbé que dieran educacion á

un chico; el padre se morirá de pesadumbre, y la madre ya se ha muerto del sentimiento; mas no he hecho otra cosa que lo que me permite la ley.

¿Que delito mayor que el que un ministro comete estragando la moral de una nacion entera, avillanando los ánimos mas generosos, empañando el brillo de las dignidades, oscureciendo la propia virtud, y amancillando la mas ilustre prosapia con el universal desprecio? ¿Que dirá la posteridad, cuando se vea forzada á sonrojarse de la torpeza de sus padres? ¿Que dirá la generacion naciente cuando con el hierro de sus abuelos coteje el oro de aquellos á quien ha debido el ser? No dudo que arranquen los nobles de sus escudos de armas un grado indigno de nobleza que los deshonra, y que dejen la actual generacion sepultada en el hondo abismo de la nada, en que se ha precipitado ella propia.

De París, á 11 de la luna de Rahmazan, 1720.

CARTA CXLVII.

El principal eunuco á USBEK, *á Paris.*

A tal estado han venido á parar las cosas, que no es posible aguantar mas. Tus mugeres se han figurado que con tu ausencia tenian facultad para todo, y están sucediendo cosas tan horrorosas, que yo mismo tiemblo al contarte tan triste historia.

Algunos dias ha que yendo Celis á la mezquita se dejó caer el velo, y mostró á toda la gente la cara casi descubierta.

A Zachi la he encontrado acostada con una de sus esclavas; accion con tan graves penas vedada por las leyes del serrallo.

Por el mas raro acaso del mundo he interceptado una carta que te remito, pero no he podido averiguar para quien era.

Ayer noche encontraron los eunucos á un mancebo dentro del jardin del ser

rallo, y se les escapó saltando las tapias.

Añade á todo esto lo que no ha llegado á mi noticia; porque es cosa cierta que tus mugeres no te guardan fe. Espero tus órdenes, y hasta el punto que las reciba viviré en mortales zozobras; pero si no me das mando absoluto en tus mugeres de ninguna respondo, y cada dia tendrás noticias no menos funestas que hoy.

De tu serrallo de Ispahan, á 1 de la luna de Rhegeb, 1717.

CARTA CXLVIII.

USBEK *al primer eunuco, al serrallo de Ispahan.*

RECIBE con esta un poder absoluto en todo el serrallo; manda con las mismas facultades que yo propio; haz que te preceden el miedo y el terror; corre de aposento en aposento imponiendo penas y castigos; infunde en todo ese recinto la consternacion; anégale todo en llantos; haz pesquizas en todo el serrallo; empieza por los esclavos; no te detenga mi amor; comparezca todo ante tu tremendo tribu-

nal; pon de manifiesto los mas escondidos secretos; purifica ese lugar infame, y haz tornar á él la virtud desterrada, porque desde este instante me respondes con la vida de las mas leves culpas que en él se cometieren. Presumo que la carta que has interceptado era para Celis; examínalo con ojos de lince.

De . . . . . , á 11 de la luna de Zilhagé, 1718.

CARTA CXLIX.

NARSIT *á* USBEK, *á Paris.*

MAGNÍFICO Señor: el principal eunuco acaba de morir, y siendo yo el mas anciano de tus esclavos he sustituido su puesto, hasta que me hagas saber á quien te dignas escoger en su lugar.

Dos dias despues de su muerte me trajeron una carta tuya que le dirigias á él, y no he tenido la osadía de abrirla, que la he envuelto con respeto y la he guardado, hasta que me informes de tu sagrada voluntad.

La noche pasada á media noche me dió aviso un esclavo de que habia encontrado á un mancebo en el serrallo; yo me levanté, examiné lo que habia, y ví que era equivocacion suya.

Beso tus pies, sublime señor, y te ruego que te fies de mi zelo, de mi edad y mi esperiencia.

Del serrallo de Ispahan, á 6 de la luna de Gemadí, 1, 1718.

CARTA CL.

USBEK *á* NARSIT, *al serrallo de Ispahan.*

¡DESVENTURADO! ¡En tus manos tienes cartas que te dan órdenes prontas y violentas; la menor dilacion puede costarme todo mi sosiego, y te estás quieto con un vano pretesto! Están sucediendo cosas horrorosas; acaso la mitad de mis esclavos han merecido la muerte. Ahí te envio la carta que me escribió mi primer eunuco poco antes de morir. Si hubieras abierto el pliego que le dirigí habrias visto mis

sangrientos preceptos. Léelos sin tardanza esos preceptos, y morirás si no los cumplieres.

De . . . . , á 25 de la luna de Chaval, 1718.

CARTA CLI.

SOLIN *á* USBEK, *á Paris.*

Si mas tiempo estuviera sin romper el silencio, seria yo tan culpado como todos los delincuentes que en tu serrallo tienes.

Yo era confidente del principal eunuco, el mas leal de tus esclavos, y cuando se vió este á punto de muerte me mando llamar, y me digo así: yo me muero, y el único desconsuelo que al dejar esta vida llevo, es que mis postreras miradas han sido testigos de los delitos de las mugeres de mi amo. Líbrele el cielo de cuantas desdichas estoy previendo. ¡Y ojalá que despues de mi muerte venga mi sombra amenazadora á infundir temor á esas aleves, y á amonestarlas de su obligacion! Ahí están las llaves de este tremendo sitio; ve y llévaselas al mas

anciano de los negros. Pero si despues de mi muerte no zela á las mugeres con la vigilancia que se requiere, ten cuenta con dar aviso á tu amo. Concluidas estas razones espiró en mis brazos.

Poco tiempo antes de morir sé que te escribió dándote cuenta de la conducta de tus mugeres, y en el serrallo hay una carta tuya que las hubiera atemorizado á todas, si la hubieran abierto. La que despues has escrito la han cogido tres leguas de aquí. No sé en que consiste que todo sale mal. Entre tanto tus mugeres no guardan miramiento ninguno; desde que murió el primer eunuco á todo se propasan; Roxana es la única que no se ha olvidado de sus obligaciones, y vive con modestia. Cada dia se estragan mas las costumbres; el semblante de tus mugeres ya no retrata aquella severa y varonil virtud que antes; una no conocida alegría esparcida en estos sitios es á mi ver prueba irrefragable de escondidas satisfacciones. En las mas menudas cosas noto libertades hasta ahora ignoradas. Entre tus mismos esclavos reina cierta indolencia en

el desempeño de sus obligaciones y en la observancia de las reglas que me pasma, habiendo perdido aquel ferviente zelo de tu servicio que al parecer animaba antes todo el serrallo.

Ocho dias han estado tus mugeres en el campo, en una de tus quintas mas distantes y mas solas, y dicen que ha sido cohechado el esclavo que cuida de ella, que habia escondido la vsípera del dia que ellas llegaron á dos hombres en un hueco de piedra que hay en la pared del principal aposento, y que salian de su escondite por la noche, cuando nos habíamos retirado. El eunuco anciano que está ahora á nuestra cabeza es un tonto á quien le hacen creer todo cuanto quieren.

Un enojo vengativo me hierve en el pecho contra tanta villanía; y si por lo que en ello se interesa tu servicio permitiera el cielo que me creyeses capaz de gobernar, yo te doy mi palabra de que si no fuesen virtuosas tus mugeres serian fieles á lo menos.

Del serrallo de Ispahan, á 6 de la luna de Rebiab, 1, 1719.

CARTA CLII.

NARSIT *á* USBEK, *á Paris.*

ROXANA y Celis han querido ir al campo, y me ha parecido que no se lo debia negar. ¡Feliz Usbek! tus mugeres son fieles, vigilantes tus esclavos, y yo mando en sitios que parecen el albergue que ha escogido la virtud. Está cierto de que no sucederá en ellos cosa que no puedan contemplar tus ojos.

Una desdicha ha sucedido que me causa mucho pesar. Unos mercaderes armenios recien venidos á Ispahan traian una carta tuya para mí: yo envié un esclavo á buscarla, pero le han robado á la vuelta, y se ha perdido la carta. Escríbeme, magnífico señor, cuanto antes, que me figuro que en esta mudanza tendrás cosas importantes que encargarme.

Del serrallo de Fatima, á 6 *de la luna de Rebiab*, 1, 1719.

CARTA CLIII.

USBEK *á* SOLIN, *al serrallo de Ispahan.*

EL acero pongo en tu diestra, y fio de tí lo que mas en este mundo amo, que es mi venganza. Entra en tu nuevo cargo; pero sin entrañas humanas, sin compasion. A mis mugeres les escribo que te obedezcan ciegamente; confusas con tantos delitos se postrarán á tu vista. Menester es que te deba mi ventura y mi sosiego. Tórname mi serrallo cual yo le dejé: pero empieza expiándole; estermina á los culpados, y haz que tiemblen cuantos se propongan serlo. ¡Como va á recompensar tu amo tan señalados servicios! En tu mano está subir á un grado mas eminente que tu condicion, y gozar todas las recompensas que pudieras desear.

De Paris, á 4 de la luna de Chaban, 1719.

CARTA CLIV.

USBEK *á sus mugeres, al serrallo de Ispahan.*

CAIGA en medio de vosotras esta carta, como el rayo entre relámpagos y truenos. Vuestro primer eunuco es Solin, para castigaros, no para guardaros. Póstrese todo el serrallo ante él. Juzgará vuestras pasadas acciones, y en adelante hará que vivais bajo tan rigoroso yugo, que sino os arrepentis de haber perdido la virtud, os arrepintais á lo menos de haber perdido la libertad.

De Paris, á 4 de la luna de Chaban, 1719.

CARTA CLV.

USBEK *á* NESIR, *á Ispahan.*

¡BIENAVENTURADO aquel que sabiendo todo cuanto vale una vida serena y sosegada descansa el pecho en medio de su familia, sin ver mas pais que la tierra donde abrió los ojos á la luz del dia! Yo vivo en un

bárbaro clima, presente á cuanto me incomoda, ausente de cuanto me interesa. Sobrecogido de una hórrida melancolía, me abruma un peso inaguantable; me parece que me voy anonadando; y solo me encuentro á mí propio cuando se inflaman en mí los negros zelos, cuyos abortos son los terrores del ánimo, las sospechas, el odio, y los pesares.

Bien me conoces, Nesir, y lees en mi pecho como en el tuyo propio. Pues te moveria á compasion si supieras mi deplorable estado. A veces estoy esperando por espacio de seis meses nuevas del serrallo, contando todos los momentos que pasan, y haciéndolos mas largos mi impaciencia; y cuando va á venir el instante tan ansiado hay en mi pecho una repentina revolucion; me tiembla la mano al abrir la fatal carta; la zozobra que tan desesperado me tenia se me figura el estado mas feliz en que me pudiera encontrar, y recelo salir de ella por un golpe mas crudo para mí que mil muertes.

Mas aunque tan poderosos motivos me

hayan obligado á salir de mi patria, y aunque deba la vida á mi ausencia, no puedo aguantar mas, Nesir, este horrible destierro. Lo mismo me moriria de pesadumbre. Mil veces he instado á Rica á que dejase esta tierra estraña, pero á todas mis resoluciones se opone, y me retiene aquí con mil pretestos; no parece sino que se ha olvidado de su patria, ó mas antes que se ha olvidado de mí; tan poca mella le hacen mis quebrantos.

¡Cuan desventurado soy! Ansio por volver á mi patria, donde acaso seré todavía mas desdichado. Ha ¡¿que voy á hacer en ella? Presentar mi cabeza á mis enemigos. Ni para aquí, que entraré en el serrallo, donde tomaré residencia del funesto tiempo que he vivido ausente; ¿y si encuentro culpados, que será de mí? Si la imaginacion sola desde tan lejos me atormenta, que será cuando la avive mi presencia? ¿que será si tengo de ver, si tengo de oir lo que ni aun á imaginar me atrevo sin estremecerme? ¿que será en fin si los castigos que yo propio mande han de

ser eternos monumentos de mi desesperada confusion.

Me iré á encerrar dentro de paredes para mí mas tremendas que para las mugeres que en ellas se guardan; conmigo se albergarán todas mis sospechas; nada me encubrirán sus caricias; en mi lecho, en sus brazos solamente gozaré de mis recelos; y en el tiempo menos propicio para las reflexiones las harán mis zelos. Escoria indigna de la naturaleza humana, viles esclavos en cuyo corazon no pueden tener cabida los afectos del amor, si conocierais toda la desdicha de mi suerte, no os lamentaríais de la vuestra.

De Paris, á 4 de la luna de Chaban, 1719.

CARTA CLVI.

ROXANA *á* USBEK, *á Paris.*

En el serrallo reinan el horror, la noche y el espanto; le cerca un horroroso luto, y un tigre ejercita á cada instante toda su saña. Ha condenado al suplicio á dos eunu-

cos blancos, que solo su inocencia han confesado; ha vendido parte de nuestras esclavas, y nos ha obligado á cambiar entre nosotras las que nos han quedado. Zachí y Celis en la oscuridad de la noche han sido indignamente maltratadas en su aposento, y no ha temido el sacrílego poner en ellas sus viles manos. Nos tiene encerradas á cada una en su cuarto, y aunque solas, nos hace que vivamos bajo el velo no nos permite hablarnos; fuera delito escribirnos, los llantos es la única cosa que nos queda libre.

En el serrallo ha entrado una caterva de eunucos nuevos que no nos dejan de dia ni de noche, interrumpiendo sin cesar nuestro sueño con sus recelos verdaderos ó fingidos. Lo único que me consuela es que esto no puede durar mucho, y que tendrán fin mis penas con mi vida, que no será larga, crudo Usbek, ni te dejará lugar para que ceses de agraviarme.

Del serrallo de Ispahan á 2 de la luna de Maharran, 1720.

CARTA

CARTA CLVII.

ZACHI *á* USBEK, *á Paris.*

¡O cielos! un inhumano me ha afrentado hasta en el modo de castigarme, imponiéndome un castigo que asusta el pudor; un castigo que es el mas alto grado de la ignominia; un castigo que nos vuelve, digámoslo así, á la niñez.

Anonadado primero mi ánimo con la ignominia, apenas se empezaba á indignar, cuando me arrancó el dolor gritos en que resonaron las bóvedas de mis aposentos, y se me oyó pedir perdon al mas vil de todos los humanos, y reclamar su compasion, á proporcion que él se mostraba mas inexorable. Desde entonces su insolente y villana alma ha tomado dominio en la mia. Todas las desdichas me caen encima cuando le veo, cuando me mira, cuando me habla. Cuando estoy sola tengo á lo menos el consuelo de verter llantos, pero cuando se me pone él delante me

arrebata la rabia, conozco que esta es impotente, y me desespero mas y mas.

Este tigre tiene la avilantez de decirme que eres tú el autor de tanta inhumanidad; que quisiera quitarme mi amor, y profanar hasta los afectos de mi corazon. Cuando mienta el objeto de mi cariño, ni aun sé quejarme, y lo único que puedo es morir.

He sufrido tu ausencia, y conservado el amor con la fuerza de mi mismo amor. Mis noches, mis dias, mis momentos, todo ha sido tuyo. Ufana con mi propio amor, el tuyo me hacia respetar en estos sitios. Mas ahora..... No, no puedo aguantar la afrenta en que vivo sumida. Si soy inocente vuelve para amarme; si soy culpada, para que espire á tus plantas.

Del serrallo de Ispahan, á 2 de la luna de Maharran, 1720.

CARTA CLVIII.

CELIS *á* USBEK, *á Paris.*

¡A mil leguas de distancia de mí me juzgas culpada, y á mil leguas de mí me castigas!

Si un eunuco despiadado pone en mí sus villanas manos, ejecuta tus órdenes; el tirano es quien me agravia, y no el instrumento de la tiranía.

A tu antojo puedes seguir maltratándome, que está sereno mi pecho desde que no te puede amar. Tu alma se torna vil, y te haces cruel. Está cierto de que no eres feliz. A Dios.

Del serrallo de Ispahan, á 2 de la luna de Maharran, 1720.

CARTA CLIX.

SOLIM *á* USBEK, *á París.*

MAGNÍFICO señor: me compadezco de mí y de tí, que nunca se vió un siervo fiel en la horrible desesperacion en que yo me encuentro. Lee el triste cuento de tus desgracias y las mias, que te escribo temblando.

Por todos los profetas del cielo te juro que desde que me fiaste tus mugeres las he custodiado vigilándolas de dia y noche, sin suspender un solo instante el curso de mis zozobras. Dí principio á mi ministerio con castigos; y cuando estos han cesado, no he abandonado mi natural austeridad.

¿Mas que digo? ¿A que viene jactarme de una fidelidad que de nada ha servido? Olvídate de todos mis pasados servicios; trátame como á un aleve, y castígame de cuantos delitos no he podido estorbar.

Roxana, la altiva Roxana.... ¡O cielos! ¡De quien se ha de fiar uno! Tenias tú

sospechas de Celis, y hacias entera confianza de Roxana; pero era la severidad de su virtud una horrenda impostura, era el disfraz de su alevosía. La he hallado en brazos de un mancebo, que así que se vió descubierto se lanzó contra mí, y me dió dos puñaladas: á los gritos acudieron tus eunucos y le cercaron; él se defendió largo rato, hirió á muchos de ellos, y queria volver al aposento de Roxana, para morir, decia, á su vista; pero al fin embestido por tantos cayó muerto á nuestros pies.

No sé, sublime señor, si aguarde tus severos preceptos. En mis manos has encomendado tu venganza, y no debo dilatarla.

Del serrallo de Ispahan, á 8 de la luna de Rebiab, 1, 1720.

CARTA CLX.

SOLIN *á* USBEK, *á Paris.*

YA me he resuelto; ya van á desaparecer tus agravios, y voy á castigar. Ya siento en mí un júbilo secreto; tu alma y la mia se

van á calmar, que vamos á estirpar el delito, y á atemorizar hasta la inocencia.

¡O vosotras que pareceis destinadas á no conocer ni vuestros gustos sensuales, y á enojaros hasta con vuestros propios deseos, eternas víctimas del pudor y la verguenza, ojalá pudiera yo introduciros todas de tropel en este desgraciado serrallo, para que os asombrarais de los rios de sangre que en él van á correr por mi mano!

Del serrallo de Ispahan, á 8 de la luna de Rebiab, 1, 1720.

CARTA CLXI.

ROXANA *á* USBEK, *á París.*

Sí, te he engañado, he cohechado á tus eunucos; me he burlado de tus zelos, y tu horroroso serrallo le he sabido convertir en una mansion de gustos y contentos.

Voy á morir; va á correr la ponzoña por mis venas: ¿y que he de hacer cuando no existe ya el único hombre que me hacia

amar la vida? Muero, sí, pero va mi sombra bien acompañada, que acabo de enviar al otro mundo á los sacrílegos satélites tuyos que han vertido la sangre mas pura del orbe entero.

¿Como te presumias que fuese yo tan crédula que me creyese en el mundo solo para adorar tus antojos, y que pensara que mientras que te entregas tú á todos tus gustos tenias facultad para frustrar todos mis deseos? No; si he podido vivir en cautiverio, he sido siempre libre; tus leyes las he reformado segun las leyes naturales, y continuo mi ánimo ha conservado su independencia

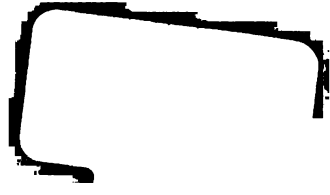
Todavía me debieras dar las gracias por el sacrificio que te hice, por haberme abajado hasta fingir que te guardaba fe, por haber con cobardía escondido dentro de mi pecho lo que hubiera debido manifestar á la tierra entera; finalmente por haber profanado la virtud, consintiendo en que calificaran de tal mi sujecion á tus manías.

Te pasmabas de no ver en mí los arreba-

tos del amor; pues si me hubieras conocido bien habrias visto toda la vehemencia del aborrecimiento: pero por mucho espacio de tiempo has tenido la jactancia de creer, que se avasallaba un corazon como el mio: ambos éramos felices; tú por creer que me engañabas, y yo por engañarte.

Sin duda que te parece nuevo este estilo. ¿Podrá ser que despues de haberte yo causado mil tormentos, te fuerce á que te maraville mi valor? Pero esto se acabó: el veneno me consume, me abandonan las fuerzas, y se me cae la pluma de las manos; hasta el odio con que te miro le siento desmayar: me muero.

Del serrallo de Ispahan, á 8 de la luna de Rebiab, 1, 1720.

FIN.

JUL 1 1 1930